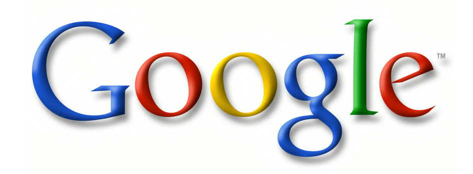
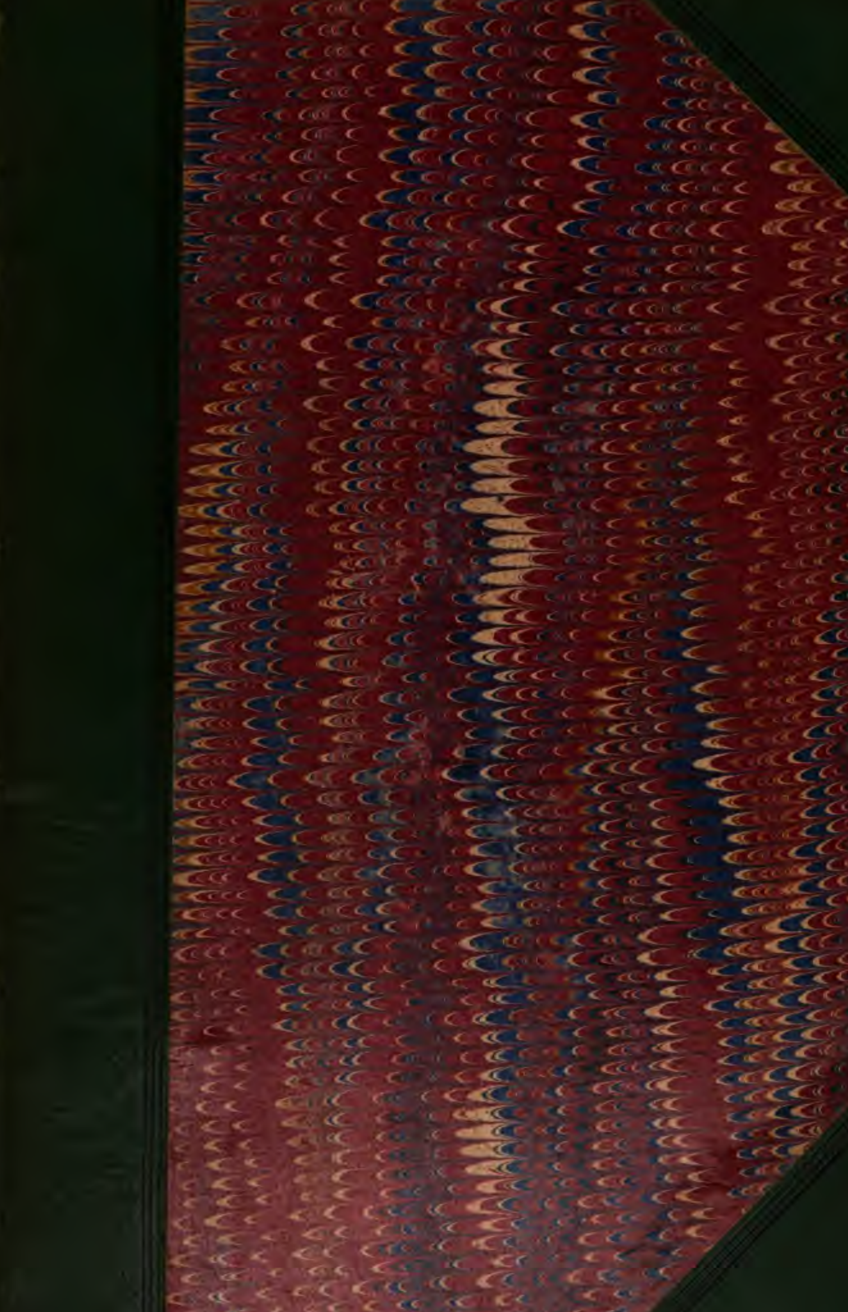





DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.





HISTORIA DE UN CORAZON

RICARDO

II

HISTORIA DE UN CORAZON

RICARDO

POR

EMILIO CASTELAR

TOMO SEGUNDO

2

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1877

IMP. DE T. FORTANET.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA FELICIDAD.

Desde la noche del baile Ricardo experimentó su corazon y lo observó profundamente; y de estas observaciones y estas experiencias dedujo, no por silogismos, por sentimientos, una inflexible consecuencia; que su vida dependia completamente de la vida de Elena. Sobre todas sus vocaciones se levantaba ésta en pocas palabras resumida: amar y ser amado. Sin que su gran corazon se disminuyera un punto, sin que le faltaran aquellos impulsos generosos y aquellos movimientos heróicos á su naturaleza congénitos, comprendia que el nuevo afecto nacido en

él, elevaba todo cuanto era y todo cuanto hacía en este mundo á culto religioso por una sola persona, á cuyos piés ofrecia como sagrada ofrenda todas sus virtudes. Hasta aquellos dias caminó á ciegas por el mundo sin tener á quien consagrar sus pensamientos ni de quien recibir inspiraciones. Desde entónces, todo ensueño poético de su alma tenía una Musa, que lo idealizara, todo combate por el bien tenía una dama que lo bendijera. Su alma habia sido hasta aquel momento vasto cielo iluminado por una luz sin calor. Desde esta trasformacion la pasion de las pasiones pone en todo su sér y en todos sus actos ese fuego vivaz suyo que es el fuego creador de la vida. Pero ¿iba ó no á ser correspondido? Esta pregunta le conturbaba en términos que destruia todos sus proyectos y disipaba todos sus ensueños de felicidad. Modesto por excelencia, no encontraba en sí méritos bastantes á despertar una pasion. Si se miraba al espejo, como suelen los enamorados, encontrábase vulgar; si

se miraba á la conciencia, encontrábase sin ninguna de esas cualidades amables que inspiran fácil amor. Encerrado en ciertas esferas de la vida donde sólo reinára una serenísima virtud mezclada á un profundo dolor, quizá no tenía ninguna de las prendas que dan á la juventud todo su encanto. Cuando tal idea le asaltaba, hubiera dado su existencia por ser uno de estos jóvenes á la moda, de sociedad, hábil en los ejercicios del canto y del baile, instruido en los secretos de los salones, elegante en su vestir y en sus maneras, capaz de encadenar con una sola mirada aquella hermosa jóven, la cual sin duda alguna en los viajes habia adquirido esa ligereza que da el cambio de escenario, de tratos, de costumbres y de vida en la contínua renovacion de un contínuo movimiento. El inocente no se comprendia á sí mismo, y por consecuencia no comprendia tampoco que su varonil hermosura, sus ojos llenos de inspiraciones, su frente elevada en cuyos espacios se elevaba como un

sol luminoso la inteligencia, su gran corazon revelado en frecuentes actos heróicos y hasta sublimes, la comunicativa elocuencia de sus palabras, el calor irradiante de sus ideas bastaban para inspirar una gran pasion de esas que llenan toda una existencia, que sobreviven á la accion demoledora del tiempo y á los cambios y á las trasformaciones del mundo, que se creen por su virtud y por su fuerza inaccesibles á la misma muerte.

En tales dudas, en tal incertidumbre, lo que verdaderamente le fijaba en una idea era el convencimiento de su pasion por Elena, única mujer á cuyo lado queria vivir y morir, única mujer en cuya alma encontraba la mitad de su alma. Penetrado de esta conviccion se reconvenia á sí mismo por no haberse ya cerciorado de si era ó no correspondido. Él no necesitaba hablar, nó. Harto habian hablado sus ojos. Lo que necesitaba era saber si le correspondia Elena, saber si experimentaba á su lado aquella felicidad que da

á sus elegidos el amor y que tanto se parece á la bienaventuranza. Y él mismo que, en cuanto se trataba de socorrer y salvar á un infeliz, lanzábase en su auxilio sin mirar los peligros, naufragando mil veces con los náufragos de la vida; en cuanto de sí mismo se trataba, no tenía tanto ánimo y no osaba abordar á las playas donde veia su paz y su ventura. Tal estado le condenaba á un perpétuo combate. Mas al cabo de cierto tiempo comprendió cómo en esta incertidumbre se encontraba daño mayor que en la certeza de una negativa y en la realidad de una desgracia. Y como quien toma resolucion verdaderamente incontrastable, decidió presentarse ante Elena y decirle con toda lisura, con toda llaneza, que no podia vivir sin su amor, y que el hogar sin ella era verdaderamente un sepulcro y sin ella el corazon un cadáver. Admitido en casa de los condes de la Floresta con toda franqueza encontrándose mil veces sola á Elena, habiendo hablado tanto con miradas y con suspiros nece-

sitaba hablar clara y concretamente, saber si le estaba reservada en la voluntad de aquella mujer la vida ó si le estaba reservada la muerte. Parecíale que muchas veces le miraba tambien, que respondia á sus suspiros con suspiros, que hablaba en términos á pirmera vista ambiguos y en realidad clarísimos; pero apénas se asía á tal creencia, cuando le asaltaba el temor de que aquellas observaciones suyas fueran pareceres sin base ó ilusiones y engendros del deseo. Así es que, pasados pocos dias del baile, tras una noche de insomnio, despues de mil dudas y de un largo exámen de conciencia, se decidió á ir, á presentarse, á decirle á Elena toda su pasion y á preguntarle si esta pasion encontraba eco en su pecho y le impulsaba á pasar unida á él en eterno amor toda la existencia; pues de una palabra suya dependia el enlace de sus nombres, y de sus destinos, y de sus vidas como ya se habian enlazado y confundido sus almas.

Vistióse con todo esmero como quien va á una

fiesta y se miró mil veces al espejo. Anduvo mucho de un lado á otro como quien estudia y ensaya un papel. Habló en voz alta diciendo frases que de seguro no podria repetir en el momento para que las preparaba y proferia. Fué á despedirse de su madre como siempre; pero con ternura tan porfiada y tan extraña, que indicaba una crisis decisiva en su vida y uno de esos momentos en que cambia de rumbos y de horizontes el alma.

Por fin se encaminó al palacio del marqués de la Tafalera, donde habitaba Elena con su padre, á la sazon ausente, y con sus padrinos los condes de la Floresta. Habia mandado poner el coche, y cuando le vió, lo hizo retirar á fin de tener más tiempo y caminar más despacio. Entró en la casa de su amada y le pasaron al jardin. Su primer deseo fué encontrar sola á Elena; pero cuando se acercó al cenador, donde solia verla, se alegró de que estuviese la condesa. Saludó á ambas amigas con su natural afabi-

lidad; más al fijar la vista en Elena, se puso colorado como una muchacha á quien le dicen un requiebro. Elena tenía en las manos una redecilla de seda que se aumentaba á ojos vistas entre sus dedos: al lado una jaula donde aleteaba y gorjeaba pintado jilguerillo que parecia pedir caricias á su ama; en frente un libro de poesías abierto sobre un velador de mármol y en cuyas páginas acababan de caer algunas hojas de las flores que tapizaban el poético cenador. Ricardo se sentó y empezó á hablar de cosas indiferentes hasta ver si la condesa se marchaba con cualquier pretexto, y podia hacer su declaracion y dirigir su pregunta con toda libertad. Pero, en cuanto hizo la condesa ademan de irse, rogóle Ricardo que se quedára y le habló de asuntos varios, para fijar su atencion y detenerla más tiempo. Así que la condesa parecia decidida á quedarse, comenzaba de nuevo el jóven á sentir natural intranquilidad y á desear su necesaria ausencia. Por fin, llamada al

interior del palacio por la voz ágria de su tio el marqués, fuese la señora y se quedaron los dos jóvenes enteramente solos. Ricardo de buen grado se hubiera ido tambien. A la deseada soledad siguió un extraño silencio. Elena fijaba la vista en su redecilla como quien teme que una mirada haga traicion á todos sus sentimientos, y los revele de súbito. Ricardo apartaba las hojas de las flores caidas sobre las hojas del libro y leia algunos versos sin saber qué leia. Acariciaba luégo al pajarillo, como para decirle que en sus gorjeos, cantára á su ama el amor de que estaba poseida el alma de su tímido amante.

Levantábase y volvia á sentarse con una inquietud que denotaba bien la inquietud de todo su sér. Al fin rompió el silencio y dijo esta palabra:

—Elena.

El bello nombre de la mujer amada habia sido pronunciado con tanto afecto que indicaba el estado de alma en que se encontraba Ricardo.

Elena lo comprendió muy bien y ocultó lo que habia comprendido diciendo con una incomparable naturalidad.

—Gracias á Dios. Ya habló V. Temia que, al irse mi madrina, se hubiera llevado consigo la voz y la palabra de mi buen amigo.

Esta frase de Elena abria á Ricardo el camino para desahogar la pasion que le ahogaba. Pero persistente en su timidez no se dió por entendido, y dijo:

— Elena, debe ser muy hermoso el fijar la vida y preservarla de los diarios combates. Hay en ella desiertos de hielo y tempestades de fuego. Ni en tanto frio, ni en fuego tan voraz se encuentra la felicidad. Para subir al cielo necesitamos volar desde un estrecho nido.

— El cielo, donde las almas se encuentran y se unen y no tienen temor alguno á verse divididas por dudas, ni separadas por el espacio; ¡debe ser muy hermoso!

—¿No es verdad, Elena, que hallarse siem-

pre al lado del sér querido, no ver sino sus ojos, no respirar sino su aliento, no oir sino su voz, será necesariamente la mayor entre las dichas posibles? La separacion, siquiera sea por un minuto, equivale á la muerte. En cada instante de ausencia hay una eternidad de dolores. El mundo parece vacío, el corazon desierto cuando la fatalidad nos obliga á privarnos de aquella luz que ilumina la inteligencia y vivifica el corazon, de la mirada que nos envia el rayo benéfico de su bendito amor. Cielos, donde la eternidad reina; cielos donde no penetra la muerte; cielos donde no hay separacion posible, si las almas se trasparentan todas en el eden; si unas á otras en la inmensidad se ven perpétuamente; no debiais llamarse cielos sino otra palabra más propia y más expresiva del bien supremo que en vuestro seno se encuentra, debiais llamaros felicidad.

—Bien habla V. del amor. Pero no es la palabra la prueba mayor del sentimiento.

— La palabra es la revelacion por excelencia del espíritu. Cuando Dios ha querido manifestarse á los hombres, se ha llamado á sí mismo Verbo. Realmente yo ni encuentro ni puedo encontrar otro resplandor más vivo de las ideas que el resplandor de la palabra.

—Admitido. Mas las palabras de V. sólo dicen generalidades, Ricardo, ideas sin enlace; comentarios de una oscuridad espesísima puestos á sentimientos no bien definidos ni explicados.

— Y á decir verdad, ¿no entiende V., Elena, todo cuanto le he querido decir desde que la conozco?

— A decir verdad, no.

— ¿Y me ha oido V. suspirar?

— Sí.

— ¿Y me ha oido V. gemir?

— Sí.

— ¿Y me ha oido V. vagar en alas de mis palabras por el cielo de mis esperanzas?

— Sí, Ricardo.

—¿Y no ha adivinado V. cuánto queria decirle?

En esto apareció la condesa y su tio el marqués, departiendo en ese tono, ora de disputa y ora de sermon, que daba el buen viejo á todas sus conversaciones. La materia de que trataban debia ser interesantísima por la viveza con que discutian, y peligrosa por el empeño que la condesa mostraba en ocultarla á los dos jóvenes. El buen marqués no hizo caso de las advertencias de su sobrina y les sometió resueltamente á Elena y Ricardo el tema de aquella controversia.

—Decíamos...

—No haga V. caso de lo que dice mi tio.

Le advirtió á Ricardo la condesa encendida como una amapola.

—Decíamos que los tiempos presentes, no son al amor tan propicios como eran nuestros tiempos.

—Ya ven Vds. que la conversacion no cor-

respondia ciertamente á una mujer casada y á un viejo ochenton.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Preguntó el viejo.

—Porque las conversaciones de amor se deben quedar para los jóvenes.

—Pues no faltaba otra cosa. Lo único que hace amable la vida es esa pasion esparcida por Dios desde el principio al fin de los tiempos y desde la primera á la última de todas las cosas. Esa palomilla que pasa por los aires, ó busca su pareja, ó sus polluelos ó su nido. El sol tiene sus tierras como el sultan tiene sus sultanas. El planeta tiene su luna como el artista su musa. Esa mariposa si vuela busca amor. Esa flor si abre su caliz, es porque quiere que el amor se deslice en su corola. Amar es vivir. Lo único que, despues de esta vida nos queda en el mundo, la paveza única que luce despues de apagados todos nuestros sentimientos; el recuerdo único que resta despues de extinguida nuestra

memoria, es la satisfaccion de haber amado y de haber sido amado.

— Tiene razon el marqués.

Dijo Ricardo.

— Y tanto como la tengo. Y decia que en mi tiempo no se oponian obstáculos insuperables, como hoy, á los enamorados. En cuanto alguno entraba en una casa...

— Tio, no hablábamos de eso, hablábamos. dijo la condesa, de ciertos afectos...

— No, señor. Te ruego, querida sobrina, que no seas embustera. Hablábamos de cómo se pedia la mano de una muchacha en otro tiempo y cómo se pide ahora. Hablábamos de cómo requeríamos nosotros de amores á las jóvenes y cómo se las requiere en esta época. Hablábamos de la manera más lícita y más conducente á preparar y facilitar un matrimonio cuyos anuncios asoman por todas partes. De eso hablábamos.

La condesa se ponia de mil colores á cada pa-

labra de su tio, y la pobre Elena, tan directamente aludida, no sabía qué hacer ni qué decir. Ya estiraba su red hasta romperla, ya vertia el agua de la jaula, ya hojeaba las páginas de su libro con tal desasosiego, que se le caia dos ó tres veces á tierra y dos ó tres veces obligaba á Ricardo á bajarse para recogerlo, cuando el marqués decia una de sus reflexiones más cándidas y más inoportunas.

—Como, decia el marqués arrebatado ya por su propia garrulería y sin ver el tormento que deba á la condesa y á Elena: como; el amor es toda la vida, es más que la vida, es la esperanza de la inmortalidad. Fuera de esta pasion vive el alma como el cuerpo fuera del aire, en la asfixia. Y hay que ocultarlo como un crímen. Y hay que envolverlo en miles de reticencias. Pues yo detesto, cual sucedió á toda la gente de mi siglo, la hipocresía; yo prefiero pasar por malo siendo bueno á pasar por bueno siendo malo. Yo conjuro á los jóvenes que están plenamente en su

derecho de amar y que gozan de la edad del amor, á no perder el tiempo y á vivir y gozar con todo su corazon; si yo tuviera una hija ó ahijada ó sobrina que casar, y la viera rondada y requerida y enamorada, seguidamente daria el quién vive á su galan, seguidamente. Yo estoy á mal, muy á mal con la gente moza de ahora.

Tras amar muy poco, diluye esa cantidad mínima de amor en tantos suspiros, cartas, medias palabras, disertaciones, filosofías que prueban la inanía de sus pasiones y la falsía de su pecho. Nosotros no alzábamos los ojos para mirar á nadie á la cara. Obligados á rezar el rosario todos los dias, metidos en casa al anochecer, puestos en el potro de las declinaciones y de los diptongos, celados por nuestros padres, sin poder fumar un cigarro ni decir un requiebro, con la mitad de los cabellos en las manos de nuestra mamá y la mitad de las posaderas entre las disciplinas de nuestros maestros, el dia ménos pensado, cuan-

do más distraidos parecíamos y más ajenos al amor, de un revuelo nos encontrábamos casados, y así que nos casábamos á los siete meses ya apercibíamos la cuna y los trapitos de cristianar, y á los nueve meses cumplidos ya teníamos un muchacho que lloraba como pudiera mugir un becerro. Pero ahora ¡ay! ahora es todo lo contrario. Exámen de la mujer que por novia se escoge; luégo de examinada, largos dias de suspiros y equívocos y embelecos; despues amores más largos que una eternidad; al fin casamiento tardío y sin felicidad, y sin el complemento y la alegría de la vida, sin hijos. Que todos los demonios se lleven á una generacion tan tímida para aquello que más necesario es á la vida y más conducente á la felicidad, para el bien supremo, para el amor. Nosotros éramos de otra pasta bien diversa de la pastaflora que hoy se usa. Nosotros éramos hombres en toda la extension de la palabra. Antes que sufrir esas largas dilaciones hoy en uso nos hubiéramos

roto la cabeza y nos hubiéramos dejado los sesos en la ventana ó en la reja de nuestra novia.

Elena estuvo á punto de desmayarse, y solamente la animó un poco la imperturbable atencion prestada por Ricardo, que ni siquiera pestañeaba, á tan largo discurso. En cuanto á la condesa, se hizo sangre en los labios de tanto morderlos para reprimir las palabras que de ellos brotaban espontáneamente contra las imprudencias de su tio. Al fin, no sabiendo cómo cortar conversacion de esta suerte peligrosa, anunció no sé cuántas visitas imaginarias y se llevó al buen viejo poco ménos que por fuerza.

—Diserta todo el dia.

Exclamó Elena.

—Disertaciones llenas de gracia.

—Poco oportunas sin embargo. Habla siempre, segun la idea que le salta en las mientes, chochea.

—Y cuando habla del amor es siempre elocuente.

—Como que ha sido muy enamoradizo, segun le dicen á todas horas mis padrinos.

—No creo que haya sido tan enamoradizo. Si hubiera sentido muchas pasiones y mariposeado por la vida y puesto los ojos en multitud de mujeres y sentido hoy afecto por ésta y mañana por la otra, no se expresara á sus años con ese fuego cuando habla del amor y de sus goces más puros.

—¿No es verdad que llega hasta la elocuencia?

—Es verdad; el amor llena toda la vida. Cuando se ama no hay ni puede haber miedo al hastío.

—¡Ah!

—¿Qué son todos los goces en comparacion del amor? La gloria un poco de ruido; las ambiciones otro poco de hinchazon. Despues que habeis visto la tierra y presenciado todos sus

espectáculos, las corrientes del Niágara, las pirámides del Desierto, las islas del Mediterráneo, las ruinas del suelo helénico, las musas del pueblo italiano, por mucho culto á las artes que tengais y á la naturaleza, no sentís en su contemplacion el éxtasis que sentís junto al objeto de vuestros amores, que os trasporta fuera del mundo y os da en sus caricias todo un cielo.

—Muy elocuentemente habla V. del amor.

—Será verdad que hablo con elocuencia, pero tambien es verdad que lo siento con vigor. Si yo pudiera decir los insomnios que sufro, las amarguras que se mezclan á mi vida, el dolor que me traspasa el pecho cuando temo no ser correspondido, ¿qué me pasará en ese triste caso? Yo no lo sé, porque no quiero pararme á pensarlo; yo solamente puedo decir una cosa, que de ese amor vivo, y que sin ese amor no podria vivir un minuto. La imágen de la mujer querida está grabada en mi corazon, en mi mente,

en la retina de mis ojos. Si quiero pensar, pienso en ella; si imaginar, solamente á ella la imagino; si escribir, pongo su nombre; si sentir, la siento en todos los latidos de mi pecho; si dormir, la veo en sueños como si de ella, de mi amada, fuera una sombra el alma. Así, deseo saber si me ama, para vivir en eterna felicidad, ó si me aborrece para despedirme de toda ventura y enterrarme en una desesperacion más triste que el sepulcro. En fin, Elena, á mi antigua timidez ha sucedido un valor sin límites. He venido esta tarde resuelto completamente á decidir mis destinos, á resolver el problema de mi vida. Elena, V. no ha querido comprenderme, V. no ha querido adivinar que el asunto de todos mis pensamientos es usted, que es el objeto de todos mis desvelos, V. la inspiracion de mis inspiraciones, V. la vida de mi vida, V. el amor de mis amores. Yo la amo á V., yo le ofrezco mi nombre, mi fortuna, mi casa, una madre en mi madre, mi vida junto á

su vida en este mundo, mi alma junto á su alma en la eternidad. Sin V. no podria vivir.

—Ni yo sin V. tampoco, Ricardo.

—Será verdad. ¡Oh! no quiero saber más. Usted corresponde á mi amor? ¿V. me ama como la amo yo.

—Yo le amo á V., yo le amaré toda mi vida.

Ricardo cogió entre sus manos la diestra de Elena y se la llevó al corazon que latía con una fuerza extraordinaria. Lágrimas de felicidad se asomaron á los ojos de ambos amantes. El temor que de no comprendense tenian estaba vencido. La vida desde aquel momento se aparecia á sus ojos circuida con la espléndida aureola de una interminable felicidad; se comprendian y se amaban.

CAPÍTULO II.

UN CONSEJO DE FAMILIA.

Miéntras pasaba la anterior escena departian la condesa y su tio con varias señoras y señores que fueron de visita. La conversacion allí no tenía los peligros que en presencia de Ricardo, y el viejo se despachaba á su gusto sin temor ninguno á las reconvenciones y á las advertencias. Enamorado de sus primeros años, no se podia hablar de ningun asunto que él no relacionase con los recuerdos de su memoria y con los afectos de su pasada vida. Una señorita habló del teatro y de lo fastidioso que era en verano cuando todo Madrid está en baños, y las buenas com-

pañías en vacaciones, y los cómicos de la legua sólo presentes ó los titiriteros del Circo de Price, para ofrecer por todo espectáculo saltos siempre, iguales ó decoraciones y comparsas bastantes á distraer la vista unos minutos y dejar el corazon sumido en la mayor indiferencia. En cuanto oyó estas observaciones dijo el marqués lo siguiente:

—En mi tiempo el teatro era una escuela de moral. Para vender chucherías por sus gradas se necesitaba que, aguadores, barquilleros y demás gente de la misma harina, llevaran su certificado de buena conducta, prévio exámen de Doctrina cristiana ante el cura párroco. Yo era un mosquetero de primera, es decir, un asistente á casi todas las representaciones ruidosas. Como que una vez me llevaron á la cárcel por haber penetrado en el vestuario de la primera dama, crímen prohibido en todas las ordenanzas y castigado con penas acerbísimas. ¿Y qué habia de hacer? Nos ponian de

buenas á primeras un liston de media vara en el proscenio para que desde las lunetas no viéramos los piés de las comediantas, y, á decir verdad, me gustaba mucho verlas todo el cuerpo. Yo era chorizo, yo odiaba de muerte á los polacos hasta pasar otra noche en la cárcel por haber arrojado á la cabeza del jefe de nuestros enemigos un pepino de á libra que le derribó la peluca y á su pecho un tomate de seis onzas que le puso como nuevas las chorreras. Entónces cada representacion equivalia á una batalla, y el interés se encontraba más en el patio que en las tablas, y todo era jolgorio, rebullicio, estruendo, placer y baraunda.

—Y que no hablarian Vds. poco de esas batallas en las gradas de San Felipe el Real.

Le observó una señora.

—¡San Felipe el Real! No me hable V. de ese sitio porque me pongo furioso, al ver que lo ha derribado la prosáica niveladora piqueta de este tiempo y ha sustituido sus arquitectónicas líneas

y su magestuosa rotonda con ese armatoste de casa de vecindad que se llama la casa del Maragato, rematada por un mirador semejante á preñada y grotesca chimenea. ¡Cuánto más hermosa era la iglesia de San Felipe, la iglesuela misma del Buen Suceso, donde íbamos á ver salir las petimetras de misa, que esos caserones en herradura, pintados todos de color de yema de huevo é insufribles á la vista por su uniforme monotonia! Entónces relucian los sombreros de tres picos, las medias de seda, las capas de grana, los encajes de Irlanda, los botones de acero, las chupas bordadas de mil colores, las basquiñas de damasco, las mantillas de blonda, las peinetas de concha, las hebillas de oro, los relojes con sus círculos y sus agujas de diamantes. Entónces, despues de ayudar á misa con la mayor devocion, de darle el agua bendita á nuestra cortejo con el más vivo amor, de concederle á Pajarito media hora de audiencia para que nos arreglara la cabeza, nos íbamos á leer las mentiras de la

Gaceta y á escudriñar la vida y milagros de toda la corte y de todos los artesanos. ¡Felices aquellos tiempos en que habia calesas y manolas. Desgraciados los tiempos presentes en que solo hay aburridos y aburrimientos!

Cuando más engolfado estaba el buen marqués en tales disertaciones apareció Elena. Su palidez era tal que todos los concurrentes la advirtieron y le preguntaron si estaba enferma. Pero Elena se sonrió con tal placidez que indicó bien claramente como si estaba conmovida su conmocion provenia de placenteras emociones. La madrina y el marqués, solícitos por la felicidad de la niña, y conocedores de la crisis suprema que atravesaba en aquellos momentos, hubieran querido interrogarla adivinando alguna nueva fase en sus relaciones con Ricardo, pero les impidió toda pregunta la más vulgar prudencia y se callaron hasta que despidieron la visita. Aún no bajaba ésta la escalera cuando volvíase el viejo frotando las manos hácia el sitio donde

habia quedado Elena pensativa y le dirigia á boca de jarro esta pregunta:

—¿Se ha declarado?

—Sí.

—Gracias á Dios. Boda tendremos. No hay cosa que me guste en el mundo como una boda.

—Calle V., tio, dijo la condesa; que ha estado V. á punto de descomponerlo todo con sus temerarias palabras.

—¡Descomponer! Si no suelto el tiro de mis indirectas no se declara ni en cien años. No he visto un muchacho ni más pulcro ni más pudoroso, ni más reservado, ni más tímido. Bueno hubiera sido para correr una estudiantina con nosotros. Le declarábamos el atrevido pensamiento á todas aquellas que no queríamos y que nos importaban un ardite. Imagina qué haríamos con las que nos importaban y de veras queríamos. Conde, conde. Que llamen al señor conde.

Éste apareció en seguida á los gritos del

viejo, impaciente por dar á todo el mundo la buena nueva.

—¿Qué hay?

—Gran noticia.

—Veamos.

—La más feliz que podíamos esperar.

—Despache V.

—Si estoy loco de contento.

—Acabe V. por los clavos de Cristo.

—Ricardo ha declarado su pasion á Elena.

—Buen partido.

—Toma si lo es, dijo la condesa; figura interesante, juventud florida, inteligencia extraordinaria, corazon de ángel y fortuna de príncipe, aunque un poco quebrantada por sus larguezas, que corregirá una esposa próvida y económica. Vamos, no hay que dudarlo, es todo un buen partido.

—Dime, ¿y le ha costado mucho la declaracion?

Preguntó á Elena el viejo.

—Aun despues de haberse ido V., se perdió en sus generalidades de siempre.

—Pero tú...

—Yo, seguí las instrucciones de mi madrina.

—Justo, dijo el viejo; para esto de cazar pájaros no hay liga como los consejos de una mujer experimentada.

—Y al fin...

Añadió la condesa un poco impaciente.

—Al fin toda su timidez se trocó en valor.

—Justo, observó el marqués; y lanzaria una declaracion...

—Elocuentísima.

Dijo Elena interrumpiéndole.

—¿Y tú le digiste que sí inmediatamente?

Añadió el conde.

—Pues no, dijo el Marqués; pues no, se iria con repulgos de empanada y escrúpulos de monja.

—Quizá debí detenerme; pero no pude. ¡Lo deseaba tanto!

—Hiciste bien; observó el viejo. Bueno es el amor para diplomacias.

—Él me quiere, yo le quiero. Pues no hay más que hablar.

—Justamente.

—Acaso hubiera convenido, observó el conde, aguardar á tú papá.

—Y ¿por qué?

Dijo el viejo.

—Para formalizar el asunto es necesario tu papá.

Observó la condesa á las exclamaciones de su tio.

—Para formalizar el asunto, sí, como son necesarios tambien el escribano y el cura, replicó el marqués. Mas, para decirse uno á otro que se querian, así necesitaban del papá como del preste Juan de las Indias.

—¿Se habrá ido contento?

Preguntó el conde.

—No sabía lo que le pasaba. Salió del cenador

tropezando con todo cuanto encontraba al paso. Atravesó el vestíbulo fuera de sí. Llegó á la calle sin sombrero, y cuando volvió á buscarlo estuvo á punto de ponerse más en ridículo que al salir con la frente al sol; porque se encasquetó un sombrero con escarapela perteneciente á uno de los lacayos. Estaba loco.

—Lo siento por el pobre Jaime García.

Dijo la condesa.

—Es verdad.

Añadió Elena suspirando.

—¿Qué ha pasado con Jaime García?

Preguntó el conde.

—¿No sabes que se enamoró perdidamente de la chica?

Dijo la condesa respondiendo con una pregunta á otra pregunta.

—No sabía tal cosa.

—Pues le declaró su pasion, ménos tímido que Ricardo.

—¿Y Elena?

—Naturalmente; Elena, prendada ya de Ricardo, le contestó con una negativa muy dulcificada, pero muy redonda.

—Mucho quiero á Ricardo, dijo el viejo marqués; pero no dejo de querer á Jaime. Es un muchacho de excelentes prendas. Cree mucho, cosa rara en nuestro tiempo. A mí francamente no me importa que la fe cambie de objeto con tal que exista. La virtud de creer se parece á la virtud de admirar, en que engendra grandes cosas y grandes ideas. Jaime cree en las libertades modernas y por consiguiente ama como cree, con verdadero fervor.

—Luégo, es valiente como el Cid.

Dijo el conde.

—Sin rival.

Añadió la condesa.

—Y ha probado su valor en mil ocasiones. Morirá con indiferencia por dar fe de sus ideas. Combate como un héroe antiguo, y cuando ha concluido de combatir, cuida de sus propios

enemigos como una hermana de la Caridad moderna. En fin, es lástima que no haya otra Elena en el mundo para premiar á ese mozo.

—Yo temí, dijo la condesa, que el premio se lo llevára Jaime y no Ricardo, por la sencilla razon de que los valientes vencen á los tímidos. Y como, en los primeros instantes del desarrollo de esta pasion estudié á Elena con el cuidado con que podria estudiarla una madre, la ví muchas veces muerta y perpleja. ¿No es verdad?

—Yo diré á V...

—Habla, mujer, le dijo á Elena el marqués; habla. Todos tomamos cartas en el asunto ménos la verdadera interesada. Y los sentimientos no se explican ni se conciben por más talento que se tenga, sino experimentándolos en nosotros mismos.

—Tiene V. razon, querido tio; que hable Elena. No le oí jamás á nadie explicar los sentimientos como ella los explica. Tiene en esto una

erudicion bien impropia de sus años. No habla como una jóven enamorada, habla como un libro viejo.

Dijo el conde.

—La misma observacion hice yo siempre con puntas y ribetes de crítica.

Añadió el marqués.

—Vaya. Si hablan Vds. así, créanlo, no digo una sola palabra, ni una sola.

—No te enfades, Elena; tienes todas las perfecciones juntas, á las cuales, como no ha de haber en este mundo cosa alguna que sea acabada y perfecta, se une este defecto, sí, este defecto de degenerar un poco en erudita y sábia. Si hablaras un poco más afectadamente y pusieras entre frase y frase algun dicho escolástico, citando el autor ó texto de donde los tomabas, pasarias muy fácilmente por una cumplida marisabidilla de antaño.

—Puesto que Vds. se rien de mí, repito que no diré una sola palabra.

—Vamos, no te enfadés, hija mia.

Dijo el conde.

—Ya se ve, se ha criado una entre literatos, oyendo disertaciones contínuas y diserto sin quererlo y hasta sin pensarlo, por un hábito que no está en nuestra naturaleza y que ha crecido y se ha arraigádo en la costumbre.

—Tienes razon, y no hay para qué excusarte con esta ó la otra razon, ni con este ó el otro motivo. Corrige tus defectos, pero sé fundamentalmente como eres. No hay remedio, por más que filosofen los filósofos y moralicen los moralistas, no hay remedio. El carácter humano es lo más incorregible que existe en la creacion. Muda de accidentes y de modificaciones, pero queda uno en esencia y siempre fundamentalmente parecido á sí mismo.

—Pero con tantas disertaciones no habeis dejado á Elena explicar sus sentimientos.

—Sí, estuve perpleja. Creí durante muchos dias que Ricardo no me amaba y que me amaba

Jaime. Y el amor se alimenta de la esperanza como la religion de la fe. Nada nos aleja tanto del amor como no tener la seguridad de una completa correspondencia. Y nuestras pasiones empiezan por ser agradecimiento, siguen por ser amistad, concluyen por ser amor. Mi corazon siempre se inclinó con preferencia á Ricardo, pero nunca creyó que Ricardo se inclinaba á mí. Dicen Vds. que sé mucho y yo sostengo que no sé ni una sola palabra de amor. Yo debí conocer en el balbucear contínuo de Ricardo, en su misma incertidumbre, en la preocupacion que encerraba su palabra y que acusaba su gesto, en toda su persona, el amor con que me amaba. Luego declaro que á pesar de esa erudicion prematura con que gratuitamente Vds. me enaltecen yo no entiendo una palabra de amor.

—Vamos, se explica esta muchacha como un doctor. ¡Lástima grande que ponga tantas ideas en sus sentimientos! Así como la sobrada erudicion mata al génio, las sobradas reflexiones ma-

tan el amor. Yo tengo otra doctrina más cómoda y mucho más natural. Le ama porque sí. ¿Les parece á Vds. poco? Se prefiere un amante á otro porque se le prefiere. ¿Quieren Vds. más filosofía? Pues ahí está la que el amor pide, lo que el amor consiente. El alma ama como brilla la estrella, como canta el ruiseñor, como susurra el arroyo, como compone el músico, y como versifica el poeta, porque sí, porque no puede pasar por otro punto, porque le da la real gana, y se ha concluido, como dirian las castañeras picadas. El arte por el arte, y por el amor el amor.

—Luégo no quieren que una diserte. Papá está todo el dia filosofando y diciendo preciosidades de ingenio. Mi padrino le acompaña y añade alguna reflexion nueva. Mi madrina jamás deja caer los libros de las manos. Y luégo hemos venido á casa del marqués en este culto Madrid donde oimos una disertacion por minuto. Nuestras casas han sido bibliotecas; nuestras

ocupaciones contínuas el discurrir y disertar. Yo no tengo la culpa de que me hayan enseñado ántes el hilo de un argumento que el hilo de un ovillo. La culpa será de todos Vds.

— Tienes razon, dijo el conde, y tu padre ha tomado siempre por tema principal de sus disertaciones contínuas el sentimiento. Como es tan reservado no hemos sabido nunca qué le ha pasado en la vida; sus relatos se han reducido á decirnos que le aquejó de antiguo una pasion desgraciada. Aquí paz y despues gloria. Por mucho cuidado que hayamos tenido de tí no hemos podido preservarte de que te contagies con las ideas que has respirado como si verdaderamente fueran tu única atmósfera; y te aficionarás á disertar sobre los grandes afectos ántes aún de haberles experimentado y sentido.

—Ya es hora de que pensemos en anunciar á Antonio el caso presente. Ya es hora de que vaya entendiendo y alcanzando cómo ha de quedarse al fin y á la postre sin su hija, la cual.

por una sábia ley divina de la Naturaleza, ha de seguir á su marido.

Dijo el marqués.

—Verdaderamente es hora.

Añadió el conde.

—Para esto ninguno de nosotros tan competente como la misma Elena.

Observó la condesa.

—Sí, hoy mismo debe salir la carta.

Dijo el conde con imperio.

—Pero tomad precauciones, añadió el marqués. No le emboqueis de buenas á primeras el hecho. No se lo digais así de sopeton.

—Además, se incomodaria creyendo que la historia era antigua y que se la habíamos ocultado á sabiendas.

Observó el conde.

—Haré lo que Vds. quieran.

—Lo mejor es una carta, así, de cierta vaguedad, indicando que has sentido emociones, las cuales acaso exigen su auxilio y su consejo.

No le digas nunca, sobre todo, el nombre de la persona preferida. Es necesario ocultarle lo intenso de la pasion, lo próximo de tu matrimonio y el nombre de tu amado hasta que venga, y pueda poco á poco acostumbrarse, Elena, á la idea de perderte, idea que apena á tu padrino y que apenará mucho más á tu padre.

—Tienes razon, dijo la condesa á su marido. Precávete un tanto contra la pésima impresion que puede producirle este nuevo caso. Si de manos á boca le dices el nombre de tu marido y averigua su nacionalidad americana se opondrá resueltamente á tu matrimonio. Mil veces me ha dicho que desea para su hija un marido español y no de ninguna otra parte. Mil veces me ha dicho que no quiere para tí esposo del continente americano y mucho ménos de los Estados-Unidos. Mil veces ha dicho que en España existe, más que en ninguna otra parte, idea verdadera de la familia y calor en los sentimientos, y afecto tierno en los cónyuges, y cariño para todos

los indivdiuos de la familia y amor de la familia entre sí. Así, para vencer su resuelta repugnancia á todo yerno americano precisa dos cosas: primera, que vea el amor de Elena á Ricardo; segunda, que las buenas prendas de éste le sean conocidas y le infundan toda la profundísima admiracion que merecen. En pocas palabras ruégote encarecidamente, Elena, que indiques á tu padre las nuevas fases de tu vida; pero ocultándole sigilosamente el nombre y el orígen de tu amado. Que venga advertido en buen hora; mas que no venga preparado. La advertencia se necesita; y la preparacion resultará luego que hayamos puesto en ella todo nuestro empeño. No olvides ninguna de estas circunstancias indispensables, y pon manos á la obra de advertir á tu padre y de procurar tu felicidad, que al cabo es tambien la felicidad de toda esta familia. Ve, hija mia, ve á escribir tu carta, preliminar necesario á todo cuanto ideamos, y que dará muy pronto la ventura

completa. Nadie siente como yo tu separacion de este hogar; pero nadie comprende como yo que no pueden burlarse las leyes de la Naturaleza ni contradecirse las prescripciones irrevocables del destino. Ve, hija mia, ve á escribir tu carta.

Elena dejó el salon donde estaba reunida la familia y se encerró en su cuarto á trazar la carta y cumplir las órdenes de sus padrinos. Miéntras tanto, el marqués de la Tafalera, que nunca soltaba la palabra, se perdió en largo laberinto de frases, inspiradas todas ellas por la chochez habitual á sus años, por los recuerdos de sus mocedades que revoloteaban de contínuo sobre su mollera algo perturbada. Dolíale mucho no haber penetrado en casa de Ricardo y conocido y escudriñado todos sus rincones para cerciorarse por sí mismo de cuánto bien podia ofrecer á Elena su casamiento, y cuántas ventajas procurarle su nuevo hogar.

—Esta maldita costumbre de no hacer visitas,

concluirá por romper todos los lazos sociales y por destruir esta sociedad. Las gentes no se conocen unas á otras. Si viviéramos en mis tiempos, así como se daban Reales órdenes, prohibiendo el excesivo número de platos en las comidas ó el excesivo lujo en el vestir, hubiéranse dado prohibiendo esas tarjetas, segun las cuales basta un pedazo de carton á expresar los mayores afectos y áun á sustituirlos. Íbanse en aquellos dias los caballeros muy peripuestos y petimetres de casa en casa; rezaban el rosario con las familias amigas, pidiendo á Dios así por todas las necesidades como por todos los necesitados; y luégo, en torno de un tapete verde, á la luz de un velon colosal, con espaciosa tarima por taburete y un brasero de cisco por calentador, hablaban de todas las cosas posibles con una franqueza y una honestidad de que ahora en este tiempo seco y árido no podemos tener ni aproximada idea. Así el trato unia las familias y la union se completaba luégo por el amor que

tan fácilmente prende en la gente moza. Ahora á todos nos separa la idea política, la idea religiosa, y más que todo la tarjeta, el carton, ese expediente de la pereza, ese sustituto de la antigua visita afectuosa y por lo mismo social. Si yo tuviese, yo, viejo verde, aunque viejo ochenton, la debida entrada en casa de un amigo como Ricardo y el debido trato con su madre y familia, podria estar mucho más seguro de la suerte reservada á nuestra Elena en el nuevo estado que todos á una le preparamos. Pero vaya V. á saber cosa alguna; con estas ceremonias todo lo dificultan, y en esta separacion de familias que á todos nos aislan y en este achaque de las tarjetas que han reemplazado á las antiguas y estrechas y cariñosas relaciones, y que han destruido uno de los afectos más intímos y más puros, el más necesario quizás á las almas delicadas, el purísimo afecto de la amistad.

En esto apareció Elena con su carta que leyó solemnemente á la familia, atenta toda á

los menores perfiles del estilo y á las más ténues inflexiones de la voz.

«Papá mio: te quiero con todo mi corazon, te quiero con toda mi alma. Aunque sé cuánto te gusta Andalucía, cómo te recrean desde las ondas del Mediterráneo hasta los cristales de Sierra-Nevada, desearia verte volver muy pronto, porque de veras te necesito. Arrancarte á tus peregrinaciones me es dolorosísimo. Paréceme que contemplo tu asombro en la Mezquita, tus pasos entre los rosales de Córdoba, tu éxtasis en la Catedral de Sevilla, tu gozo al recoger la luz cernida por los alicatados de la Alhambra y respirar el fresco aire que sube de la vega de Granada. Papá mio, me cuesta mucho arrancarte á todos estos goces del alma que endulzan un tanto tus profundas tristezas. Pero no puedo pasar por otro punto sin faltarte á tí, lo cual no me perdonarian ni Dios ni mi conciencia. Tú me has dicho mil veces, y yo así lo he visto, que no eres uno de esos padres ri-

díeulos empeñados en que sus hijos no sientan lo mismo que ellos han sentido á su edad. Tú me has dicho que léjos de aspirar á un respeto reservado y silencioso, el cual pusiera entre tu inteligencia y mi corazon muros infranqueables, aspirabas á una amistad sencilla y tierna que te permitiese conocer todos los pliegues y repliegues del corazon de tu Elena y gozar toda su confianza. Tú me has anunciado que, siendo ineludible la naturaleza, habrian de despertarse en mí afectos cuyo despertamiento querias conocer el primero para dirigirlos al bien y conservarlos en la más pura virtud. No estaba cierta de mí misma, no sabía lo que por mí pasaba y he callado. Creí una de tantas amistades pasajeras lo que en realidad es otro sentimiento mayor. Ahora que lo veo, ahora que lo conozco, ahora te digo en verdad, te digo de rodillas, con las manos plegadas en tu presencia, y los ojos puestos en tus ojos, cual si delante de Dios fuera á presentarme: ¡ay! amo y soy amada y este

amor purísimo necesita la primera y la más fecunda de todas las bendiciones, sí, necesita la bendicion de mi padre. No quiero decirte nada, sino que tu hija, tu Elena, tu ángel, como tú la llamas, no procederá jamás á cosa alguna sin tu consentimiento, y que su primera felicidad, aquella que antepone á todo en el mundo, es sujetarse y someterse á tu obediencia. Te amo con toda mi alma.»

—Perfectamente.

Dijo la condesa.

—Has expresado con fidelidad nuestra idea.

Añadió el conde.

—Vamos, estas muchachas de ahora levantan figuras, dijo el marqués. A ninguna de las marisabidillas de mi tiempo se le hubiera ocurrido una carta así, que siendo lo más natural del mundo, parece arrancada á una novela.

Y entre estas y otras reflexiones, la carta corrió á su destino y fué á dar, cosa que es nece-

sario decir cuando del correo español se trata, á manos de Antonio, el cual se dolió desde luégo mucho de que el amor, tan pronto y tan á deshora sobrevenido, pudiese privarle de su hija.

CAPÍTULO III.

UN ANIVERSARIO.

Estaba pocos dias despues de la anterior escena Carolina en su gabinete. Como las fuentes manan agua, manaban lágrimas sus ojos. Que conservára en su dolor y en su llanto contínuos la vista era un milagro de la divina Providencia, como es otro milagro de la prevision divina que ciertos animalejos marinos perdidos en los más negros abismos del Océano, tengan ojos bastante poderosos á recoger la luz absorbida por las aguas y formarse un dia para sí en las espesas tinieblas. Apénas asomaba el alba y ya abria Carolina las ventanas de su habitacion despues

de haber pasado la noche entera en pugna con sus insomnios. El dia, que tan alegremente brilla para los felices, llegaba á su alma con el siniestro resplandor de una antorcha funeraria. Y en efecto, dia tristísimo. Era el aniversario del nacimiento de aquella niña idolatrada que sólo vino al mundo para demostrar el adulterio de su madre, y que le arrebató la implacable crueldad del mismo hombre de cuyo amor naciera, amor en sus goces pasajero como los delirios de una noche, y en sus tristezas perdurable como las llamas del infierno.

Su imaginacion exaltada y su memoria fidelísima le pintaban con una exactitud funesta los incidentes vários de semejante trance: el casamiento sin amor, causa de las causas; la separacion de su marido, peligro de los peligros; la inteligencia y el sentimiento de su mulato Antonio, tentacion de las tentaciones; la escena del incendio, incentivo de los incentivos; la noche del pasajero placer, culpa de las culpas; y la

mañana del horrible despertar, remordimiento de los remordimientos. Despues pasaba por su imaginacion la vuelta del esposo ausente, la tarde del parto terrible, la demostracion de su irremediable deshonra, la locura de aquél que le diera su nombre, el robo de la niña arrancada para siempre á las entrañas de su infeliz madre, desde entónces sumida en dolores inenarrables y presa de ponzoñosas angustias.

Como queriendo atormentarse más cruelmente sacó los trapos de cristianar que habia ella misma aderezado para su niña. Estaba allí el pañal que la envolvió por vez primera; allí la capa blanca que debió servir para llevarla á la iglesia; allí las papalinillas que cubrieron su angelical cabecita. Carolina tocó cada uno de estos objetos con arrebato; los arrimó á su pecho con exaltacion; los llenó de besos con frenesí; los empapó de lágrimas con verdadero dolor. Todo ello, que debia ser en amores legítimos; bajo el techo de una casa consagrada por la sociedad, por la ley,

por la opinion; dentro de una familia amante y afectuosa, manantial de santas delicias, se convirtió por la irreparable culpa de un momento en la más acerba de las penas que pueden ¡ay! sentirse y llorarse en esta triste tierra cubierta de tantas tinieblas y de tantos dolores erizado. En tal situacion tendia los brazos como si hablara con algunos séres extraños y se entregaba á desahogos de palabra, dichos en la soledad, y que de haber sido por álguien escuchados ú oidos, la acusaran de rematadísima locura. Mujeres, decia, mujeres que veis mi honda tristeza y que no adivinais su recóndita causa. Antes de tropezar, suicidaos mil veces. Os presentareis más limpias al tribunal de Dios y más limpias á los ojos del mundo, suicidas que adúlteras. Sobre todo, no tendreis en vuestra alma, como un hierro candente enrojecido en las llamas del infierno, la mirada torva y escudriñadora de vuestra conciencia. Contra esto no hay defensa. La vida se vuelve ponzoñosa. La sangre, que por

las venas discurre, quema como plomo derretido. El sueño no repara las fuerzas ni procura descanso, porque resulta al cabo una sirte de ensueños cuyos extremecimientos concluyen por destruir el cerebro y destrozaros uno á uno todos los nervios agitados en el más terrible desórden. Cada hora es una invocacion desesperada á la muerte. En cada aspiracion de vuestro pecho se recoge una nueva angustia. No hay defensa, no puede haberla contra esta pena interior, íntima, profundísima, reconcentrada en las entrañas para atormentarnos á todas horas y todos los dias con sus horrorosos tormentos. El mundo entero os martiriza porque el mundo entero os reconviene. En la presencia de un semejante vuestro, veis un juez que llama al verdugo, sí, al verdugo de vuestros remordimientos, los cuales, á cada minuto os atormentan y jamás os matan, porque daros la muerte sería teneros compasion y piedad. Mujeres, oïdme. Sed puras como el alma que aceptásteis de Dios; puras como

la luz primera que recogísteis en vuestra retina.

Y despues de haber dicho todas estas palabras que rayaban casi en exaltadísimo delirio, caia como exánime, exhausto el corazon de tanto sentir, vacía la cabeza de tanto llorar, encendidos los ojos como dos carbones ardientes, sobre un sillon donde se revolcaba y se deshacia en extremecimientos parecidos á los que produce el más fuerte ataque de epilépsia. ¡Pobre madre! su hija hubiera sido la compañera de su vida, la dulzura de sus penas, la luz de sus ojos, la compensacion á tantos dolores sufridos, la esperanza de toda su existencia atormentada, el ángel de luz que Dios habia mandado á sus tinieblas palpables, y que le hubiera sonreido en sus dolores eternos. Haberla sentido en sus entrañas, visto con sus ojos, estrechado contra su corazon, puestó en su seno y recogido en su regazo para despues perderla por siempre, era un dolor á cuyos extremecimientos se desesperaba aquella inconsolable madre.

—Dios mio, decia, cuando la fatiga la postraba hasta el aniquilamiento completo de sus fuerzas; Dios mio, yo recibiria como tu visita santísima la muerte. Yo creeria que, al matarme, te habias apiadado al fin de esta mujer infeliz. Si á través del estruendo que producen tantas pasiones alteradas, como braman y rebraman en el corazon humano; si á través de los mundos innumerables que ruedan en lo infinito, llegan hasta tí los lamentos de esta pobre náufraga que en mares de lágrimas se ahoga y que se acoge como á su último asidero á la esperanza de una muerte próxima, prívala de esta luz que abrasa el globo de sus ojos y de este aire que aviva la llama de sus dolores y de este mundo donde todo le recuerda su culpa y su castigo. Arroja la ceguera eterna sobre mi vista empañada ya por las lágrimas; el eterno hielo sobre mis rígidos miembros entumecidos por un frio, precursor de la última hora. Aniquílame de suerte que conmigo mueran mi me-

moria y mi conciencia y mi corazon, porque si hubieras de conservármelos aún allá arriba, delante de tí, en tus cielos eternos, entraria conmigo la sombra del crímen consumado y conmigo el dolor de haber en una noche perdido á mi hija. Pero, al fin, sea cualquiera mi destino, arráncame á este mundo por piedad, que no puedo vivir más en su seno. Desarmen tu justicia mis dolores sin límites y laven mi culpa estas lágrimas sin tasa. Suceda lo que quiera, mátame, Dios mio, mátame. El beso de la muerte será tan dulce á mis labios como pudiera ser dulce el beso de una madre. Yo necesito, Señor, la muerte en mi desdicha y la espero de tu inagotable misericordia.

Despues de estas palabras se callaba con profundísimo silencio y se ponia á pensar en su hija con religioso recogimiento. Brotó de su amor, vino á sus brazos una niña hermosísima, hija de la culpa, pero inmaculada como un ángel. Débil, necesitaba de la fuerza de su madre;

sujeta á mil enfermedades, de su cuidado, semejante á la divina Providencia; sin pensamiento y sin palabra, de que su madre le enseñase á mirar al cielo, como el ave enseña á volar á sus hijuelos, y le murmurase la primera oracion en los oidos, como el ave ensaya á sus hijuelos en los primeros y más dulces gorjeos. Las mujeres necesitan de sus hijas para volver á la infancia y recobrar en ellas la inocencia. Este pensamiento era el que mas atenaceaba á Carolina. Yo, decia para sí, yo hubiera completamente redimido mi culpa consagrando la vida á su cuidado. El que la arrebató á mis brazos, despues de haberme tristemente perdido, me arrebató tambien todo medio de redencion y toda esperanza de salud. Yo hubiera de nuevo recibido la primera inocencia con los juegos de mi hija. Yo le hubiera dado una familia de muñecas y cosídole un equipo entero y puéstole una casita con todo el ajuar necesario, donde se ensayára á ser madre y á desempeñar el divino

ministerio que luégo debia ser la ocupacion total y entera de su vida. ¡Con qué éxtasis la hubiera visto coger su muñeco, abrigarlo del frio, vestirlo dos ó tres veces por dia, mecerlo en sus brazos con una cancion á media voz, dormirlo en su seno, y á sus pechos lactarlo, reproduciendo y remedando, más bien por presentimientos que por recuerdos, todos los actos derivados de las supremas vocaciones que inspira á la tierna alma de una niña en sus misteriosos designios la misteriosa Naturaleza!

Los dos hermanos reunidos me hubieran presentado y resumido la vida entera: la ternura ella y él la fuerza; ella la poesía y él la razon; ella la caridad y el valor él; ella el arte y él la ciencia; ella el amor concentrado que ha puesto el Criador en la diosa de la familia, miéntras él tendria aquellos amores, ménos intensos, más difusos, más esparcidos, más vários que necesita el hombre, para ser, además del sosten de su casa el sosten de su patria; parte de la fa-

milia y parte de la humanidad; ménos dulce y tierno, pero más universal y más complejo. Y en ambos hubiera yo vivido; y en ambos hubiera descansado de mis penas; y en ambos hubiera visto resumido y compendiado todo el Universo.

Mi hija se ha llevado consigo hasta los cuidados que yo debia á mi hijo. El dolor no ha permitido que yo velara junto á él como hubiera velado de tener la plena y absoluta posesion de mí misma, teniendo por lo ménos á mis dos hijos. Ángel mio, ángel mio ¿que te hiciste? ¿Dónde te ocultaste á mis ojos? ¿Cómo has contraido este corazon que necesitaba dilatarse en tu seno? Mis compañeras hubieran sido tus muñecas. En recortarte y componerte un vestido consumiera el tiempo que ahora consumo en pensar inútilmente cómo serias, ángel mio, cómo habrias crecido, cómo jugado, cómo puesto tus cinco sentidos en los pasatiempos primeros de la infancia, cómo amado á esta madre. Hija

mia de mi corazon, me retuerzo de dolor y no puedo aliviar mis penas. Te llamo y me parece oir todavía tu primer lloro al nacer y el lloro último que se deslizó por mis oidos. Si estuvieras muerta, al fin, tendria yo un sitio donde ir á verte, un sitio donde hallarte, un sitio donde poner una corona, un recuerdo donde verter una lágrima, donde á lo ménos esperar que nuestros huesos se mezclarian y se confundirian nuestras cenizas por toda una eternidad. Hija, hija mia. ¿Dónde estás? ¿Dónde te ha ocultado á mis ojos la implacable fatalidad empeñada en perseguir á tu madre porque ha sido muy criminal, muy criminal, muy criminal?

Y una carcajada epiléptica respondia á estas desgarradoras observaciones.

Y tras la carcajada decia:

Como, al mismo tiempo que la ejercitaba en los juegos propios de su edad, le hubiera enseñado los divinos misterios de la religion y las efusiones por las cuales se disipa como nube de

inciento el alma humana en lo infinito, ¡cuántas veces, al caer la tarde y brillar la primera estrella, y oir la campana llamando á la oracion, hubiera plegado sus manecitas y unido su voz al inmenso coro de todas las cosas creadas para pedirle á Dios que la preservara de las desgracias caidas sobre su madre y que diera á su alma la inmaculada pureza á la cual jamás llega el barro de este mundo! Aquí conservo su cuna vacía, la cuna en cuyo breve espacio depositaba yo aquel cuerpecito, escudo entre la cólera de Dios y la culpa de mi alma; aquí aquellos cendales, aquellas mantillas que parecen conservar todavía el calor de su vida. Hija, hija mia, tu madre te engendró en el crímen, te parió en el remordimiento, y te perdió para su castigo. Desde que volaste y te fuiste de mi lado no miro una flor, una de aquellas flores en cuyos pétalos se guardan enjambres invisibles de ideas, porque sus esencias reservadas por mí para tí en los ensueños y en las esperanzas de esta vida

hoy me envenenarian el alma; no visito un jardin porque recuerdo aquel por donde entró el raptor y salió mi dicha; no voy á paseo alguno pues en cuanto aparecen jugando los niños ó pasan con sus madres algunas jóvenes pierdo el sentido y caigo en frenético delirio. Hasta los animalillos despiertan los dolores del alma. Si veo volar en Abril mariposa delicadísima sobre las macetas, pienso cómo la perseguirias tú. Si llega en invierno, cuando la nieve cubre los tejados, una avecilla hambrienta, me imagino cómo desmigajarias para alimentarla tú, la miga del pan. Si el gato mismo se espereza á mis piés, al amor de la lumbre, en el hogar, me figuro cómo le acariciarias y le recogerias en tus faldas. Todo cuanto pasa en torno mio, todo me recuerda tu nombre y mi desgracia, tu imágen divina y la tristeza en que me encuentro y la soledad y la desolacion de mi alma.

Una enfermedad me costó hace tiempo cierto accidente bien natural y sencillo. Fuí á misa y

me encontré con las niñas que celebraban su primera comunion. Los trajes blancos que denotaban la blancura de sus almas; las guirnaldas de blancas rosas prendidas á los cabellos virginales; el velo que las envolvia en sus gasas trasparentes y que dibujaba toda la delicadeza de sus formas; la nube de incienso en que iban como envueltas; los acentos del órgano que acariciaban sus oidos y que abrian sus almas á la comunicacion mística con Dios; el coro producido por aquellas voces tan puras como las oraciones mismas que exhalaban; el arrobamiento con que las miraban y las oian sus madres de rodillas ante los altares; la Vírgen María en el ara con su corona de estrellas en las sienes y su media luna á los piés, abriendo con sus manos el manto celeste, como para excitarlas á que se guarecieran y abrigaran en sus cerúleos pliegues contra las tormentas del mundo; la figura del sacerdote vestido con su capa pluvial, los ojos en arrobamiento, el cáliz de oro en la mano

derecha y en la izquierda la hostia consagrada; todo cuanto mis ojos veian evocó tu dulce recuerdo y me sumió en una tristeza tan amarga que perdí por algunos dias mi razon y estuve á punto tambien de perder la vida.

Cómo te hubiera hecho yo deletrear las primeras nociones que nuestra alma necesita para habitar en el Universo. Cómo hubiera procurado que las primeras letras robustecieran tu fe y el sentimiento moral indispensable á la virtud y á sus rudos combates. Qué celo hubiera yo tenido porque las primeras lecturas prolongaran tu inocencia largo tiempo y te tuvieran como encantada en el paraíso de la vida. De cuántas precauciones hubiera yo rodeado tu juventud, de cuántos muros tu corazon á fin de que nunca la serpiente del mal se deslizara en tu conciencia, llena como un vaso bendito de divinas aromas. Yo hubiera adivinado en la tierra el reptil ponzoñoso que podia envenenarte; en el horizonte la nube que podia formarse y empañar tu

pureza ó sacudir con una chispa eléctrica tus nervios; en las flores ó en los arbustos las espinas que podian punzarte; en las ilusiones el desengaño que podia herirte; en las esperanzas el desencanto que podia dolerte; en el amor el hombre único que Dios habia predestinado á tu felicidad sobre el mundo.

Entónces yo fuera á la sociedad; arrojara léjos de mí los lutos de la viudez; y expiara el primer carmin de la pasion en tus mejillas; el primer fuego del amor en tus ojos; el primer latido de la nueva vida en tu corazon; el primer asomo del deseo en tu pecho; el primer dolor y la primera tristeza en tus desgracias; el primer aleteo del alma que te llevaba á posarte sobre otro corazon y á preferir otro hogar. Y hubieras ido por el mundo con tu madre al lado como ángel de la guarda; con la virtud en torno tuyo, como atmósfera necesaria á tu alma; con la felicidad enfrente de tí, como término al largo viaje de la vida y premio á todas tus acciones. ¿Qué te

habrá sucedido? ¿Qué mujer despiadada te habrá dado su pecho sin haberte dado su vida? ¿Quién habrá cuidado de preservarte cuando la tempestad de la primera pasion haya venido á sacudir las ramas en flor del arbusto de tu vida? ¿Quién te habrá cogido las manos y te las habrá plegado para enseñarte á pedir á Dios la fortaleza que vanamente buscaríamos en los combates de la tierra? ¿Qué mano te habrá servido de venda para cerrar tus ojos á las tristes realidades de la vida, y qué voz te habrá advertido del peligro á la orilla del abismo? ¡Que me devuelvan á mi hija! ¡Que un momento me la enseñen aunque vea detrás de aquel momento dibujarse siniestramente la muerte! Hija mia, hija mia. ¿Cómo el aire mismo no se apiadará de mí, y no llevará hasta tus oidos la voz de tu madre?

—Madre mia.

Oyó Carolina cuando murmuraba casi interiormente estas palabras

—Mi hijo, mi Ricardo.

—Madre.

—Entra, hijo mio.

—Me pareció que sollozaba V.

—No.

—Creí oirlo distintamente.

—Sería quizá que me he dormido un poco en el sillon y me ha dado una pesadilla.

—Como llora V. tanto y con tanta frecuencia, no me extrañaba, aunque sí me sobrecogia.

—La viudez...

—Madre, yo he visto muchas viudas que han conservado la más piadosa memoria de sus maridos, que no han pensado en volver á casarse, que han sufrido mucho durante largos años, pero que al cabo se han conformado con su triste suerte y adquirido una resignacion que quitaba á su dolor esa contínua desesperacion, madre mia, en que V. á sí misma se devora.

—Que quieres; eso va en temperamentos.

—¡La soledad de esta casa!

—Ricardo.

—Madre mia.

—Vamos, sé con tu madre franco.

—Lo seré.

—Habla.

—Madre, madre mia.

—Habla.

—Una pasion, el amor...

—Lo adiviné hace algunos dias.

—Mi felicidad, mi vida entera pende por completo de ese amor.

—Dios lo bendiga.

—Bendígalo V., madre mia, y Dios lo bendecirá.

—Hijo mio, yo te bendigo siempre, yo pido á Dios bendiga á la mujer que tú hayas elegido.

—Esa bendicion sale de lo más profundo de vuestra alma y llegará á lo más profundo del cielo.

—Óyeme, Ricardo, óyeme.

—Hable V., madre, que yo le escucho como si escuchara á Dios mismo.

—¿Has sondeado tu corazon?

—Lo he sondeado.

—¿Has comprendido que no puede ser feliz sino con esa mujer?

—Lo he comprendido, lo siento, lo conozco. Fuera de ese amor, léjos de esa mujer, la vida me es imposible.

—Pues bien; desde el punto en que tienes esa conviccion, es necesario obedecerla. Desde el punto en que tienes ese gran sentimiento es necesario seguirlo.

—Dios la bendiga V.

—Pero comprende mi cuidado. ¿Estás seguro de que sólo obedeces al amor?

—Sólo al amor.

—Mira, Ricardo, estudia profundamente eso.

—Me estudio á mí mismo con la atencion que exige esta suprema crisis.

—¿Qué edad tiene tu novia?

—Hoy mismo cumple diez y siete años.

—¿Hoy? ¿Diez y siete años? ¡Que casualidad!

—¿Qué dice V.?

—Nada, nada. No me atrevo á preguntarte si es hermosa porque no la amarias si no te lo pareciera. Pero lo que verdaderamente te pregunto es si la amas.

—La amo.

—¿Tú no has sentido inclinacion por ninguna otra mujer?

—Por ninguna otra.

—¿De suerte que no puedo comparar ese afecto con ningun otro afecto?

—Con ninguno.

—¿Es una pasion?

—Pasion exaltada.

—¿Te acuerdas de ella á todas horas?

—A todas horas.

—¿Sueñas con ella?

—Sueño.

—Cuando no la ves, ¿deseas con ánsia volver á verla?

—Con ánsia indecible.

—Cuando la ves ¿no te apartarias de su lado?

—Solamente para venir á ver á V., madre mia.

—¿No concibes la vida sin su afecto?

—No.

—¿Darias por ella todas las glorias y todas las riquezas?

—Las daria.

—¿Ninguna ambicion te mueve más que la de estar á su lado?

—Ninguna.

—Perdona, pues, hijo mio, perdona este largo interrogatorio, perdónalo. El matrimonio con amor, es la felicidad de las felicidades; el matrimonio sin amor, es la desdicha de las desdichas.

—Pues si el amor ha de constituir la felicidad del matrimonio, yo seré completamente feliz.

—Dios te bendiga, hijo mio, como te bendice tu madre.

—Pues bien, le tengo que rogarle una cosa.

—¿Que vaya á pedir su mano?

—Sí, madre mia.

—Iré cuando quieras y como quieras. Pero permíteme añadir mis informes á los tuyos.

—Lo que V. quiera, madre mia.

—Y en cuanto los tenga, te acompañaré. Sólo necesito saber de tí que la amas y saber de ella que es virtuosa. No pregunto ni el nombre que lleva, ni la posicion que tiene, ni la fortuna; me basta con que su virtud te honre y tu amor te haga feliz.

—Madre mia, tendrás una hija.

Y se fué Ricardo. Pero al oir esta palabra Carolina, tuvo que llevarse la mano al corazon, y se desplomó en una silla como si la hubiera herido de muerte aquella fatal palabra.

CAPÍTULO IV.

PROYECTOS DE COLOR DE ROSA.

Vencidos los obstáculos que la timidez de Ricardo y la discrecion de Elena opusieron á la felicidad de ambos, cuanto más se conocian, más profundamente se amaban. La disposicion de aquellos dos séres á lanzarse el uno en brazos del otro, tenía tal fuerza irresistible, que, al cumplirse y realizarse por fuerza, se encontraron ambos en el cielo y vivieron por algunos dias en esos felices instantes en que ni se siente siquiera el peso de la vida. Todo sonreia en torno suyo á causa de que interiormente sonreian sus almas henchidas de las más vivas esperanzas. ¡Cuán

hermoso el mundo iluminado por el amor! El cielo inmenso brilla con esplendor ántes no visto, y parece que en sus arreboles vuelan génios benéficos, ángeles de luz y de bendicion, los cuales traen de Dios mismo promesas de vida, que afirman el goce perpétuo de tanta y tan incomunicable ventura. El alba y la tarde; el crepúsculo matutino con sus tintas blancas y el crepúsculo último con sus tintas rojas; la estrella que brilla sobre el ocaso y la estrella que brilla sobre el oriente; la luz mortecina de la luna con toda su tristeza y la luz vívida del sol con todos sus ardores; el mar en calma ó el mar en tormenta podrán produciros afectos de dulce melancolía ó afectos de exaltado placer, pero siempre sonreirán bellos y amorosísimos á vuestros ojos cuando los tiña el reflejo de vuestra propia felicidad.

Para el que lleva en sí mismo su dicha, el paisaje más vulgar parece el paisaje más hermoso: triste cabaña en uniforme prado; inter-

minable llanura sin vegetacion y áun sin ondulaciones, aldeas terrosas, molinos de viento desvencijados, campanarios vulgares, como todos nadan en el éter proviniente de la dicha interior, tienen arreboles prestados por los ojos, cuyos globos ilumina la irradiacion de un alma enamorada y correspondida, de un alma feliz. Para persuadiros de esto, visitad con el corazon despedazado por el desengaño los mismos sitios recorridos ántes con el corazon lleno, henchido de amor. Las azules ondas del Mediterráneo os parecerán tristes y plomizas; las palmas que vibran y los naranjales que huelen como ofrendas puestas sobre abandonada sepultura. El sitio más bello os dejará indiferente y frio. Las ruinas magestuosas de Poesthum; las escultóricas córtes de las islas parthenopeas parecidas á sirenas del mar tirreno; la campiña de Valencia ó de Milan; las vegas de Granada ó de Múrcia, nada dirán á vuestro pensamiento, como si las hubiera despojado de toda hermosura, prestándoles

su propia desolacion y soledad la inmensa tristeza de vuestra alma.

Elena y Ricardo encontrábanse pues en ese estado, en que todo parece hermoso, porque todo se tiñe de la hermosura prestada á las cosas por la interior felicidad. Si en aquel cenador, donde tantas veces luchó su pasion con su timidez se veian, quedábanse como absortos, como arrobados en su mútua contemplacion. Una alondra que piase saliendo al cielo desde el nido; una mariposa que cerniese sus alas de mil colores sobre humilde flor; una estrella cuya luz centellease como pestañean los ojos enamorados; una luciérnaga que se perdiese en el fresco césped semejándose á un fragmento de aereolito; cualquier objeto ó sér que en otro tiempo hubieran visto indiferentes, les llamaba la atencion y les daba socorrido tema para disertar sobre su felicidad íntima y sobre las relaciones de esta felicidad con la vida y el alma universal, que alimenta la llama del universal amor.

Ricardo habia adquirido un optimismo idéntico al de su amigo Federico. Parecíale nuestro prosáico Madrid la más hermosa entre las ciudades de Europa y América; nuestro alineado Retiro con sus vulgarísimos estanques un jardin más bello que los jardines de Armida; el estado político del mundo digno de lástima entónces lo mismo que ahora, á causa de vernos los séres racionales sujetos á matarnos por el capricho ó la voluntariedad del hombre, ese estado contra el cual protestara en tantas ocasiones, inmejorable, perfecto; el mundo lleno de séres felices, como si quisiera absorberlo todo en el egoismo de su propia felicidad. El sonido de una guitarra de ciego en la noche; el eco de una cancion cualquiera; la mirada que en otro tiempo recogiera indiferente; el zumbido de los insectos, el gorjeo de las aves, las armonías de las esferas; los sentimientos del corazon humano todo le sumergia en el éstasis inspirado por la contemplacion de su bienaventuranza. No veia

las fuerzas de destruccion que hay ocultas en el seno de la Naturaleza; la guerra á muerte que se tienen declarada unos séres á otros séres en el combate gigantesco por la vida; la infinidad de males abortados contra todos los humanos por su irremediable limitacion; ni siquiera el espectáculo de las calamidades sociales tan propia para dispertar en su pecho aquel amor al sacrificio y aquella ardiente caridad, resortes de su carácter; el amor le habia dado un excesivo deseo de vivir para gozar de aquella inmensa dicha de ser amado, la mayor dicha dada al hombre en este nuestro planeta.

No vivia más que para su amor. A la hora en que podian recibir los condes, poco despues del almuerzo, ya estaba en la casa. Bien es verdad que Elena se habia puesto un relojito antiguo al cinto, y miraba toda la mañana su minutero de diamantes con impaciencia y lo mostraba á Ricardo con tristeza, cuando Ricardo habia llegado dos ó tres minutos más tarde de la una, dos

ó tres minutos en que la enamorada niña corria mil veces á la puerta del comedor y mil veces se asomaba al balcon, á pesar de las indirectas de la condesa refrenadas por el buen humor y la viveza de su viejo tio, el cual gozaba en ver las inquietudes, los recelos y las expansiones del amor. Desde la una á las siete de la tarde no se apartaba Ricardo ni un punto de su amada. Por regla general pasaban estas horas en el jardin donde la condesa pintaba ó leia y Elena se ocupaba en las labores propias de su sexo y de su edad. La contemplacion estática y silenciosa era toda la vida de aquellos dos séres enamorados. Para interrumpirla y variarla un poco, para no dar pretextos á bromas del tio, solía Ricardo leer algunas páginas; pero al cabo de cierto tiempo, como ignoraba lo mismo que leia, puestos el pensamiento y los ojos en otra parte, dejaba el libro sin que Elena advirtiese aquella interrupcion. Para probar cuanta era la mútua pasion que los dos amantes se inspiraban, baste

decir que, interrumpidas solamente por las conveniencias sociales sus visitas, y pasando Ricardo junto á Elena la tarde toda hasta la hora de comer, la velada hasta la media noche, luégo le escribia, y como tiraba la carta al correo de la tarde, cuando salia de su casa por la mañana para ir á casa de Elena, ésta la recibia muchas veces, muchísimas, estando él presente. Tales muestras de mútuo afecto servian para atizar el fuego de la pasion cada dia más intensa, pasion que acabó por ser el alma de ambos jóvenes. Así, cuando alguna que otra vez, se iba la condesa y se quedaban los dos amantes solos, su conversacion se reducia á hablar el uno del otro y los dos de las perspectivas de vida en que debian ambos á dos apoyarse mútuamente y complacerse y unirse de tal suerte y con tanta intimidad, que sus dos personas formasen una sola con una sola alma empleada en gustar y avivar aquella interminable felicidad.

—Yo creo, Elena, que de no verte á tí, jamás

hubiera amado á ninguna mujer. ¿Y tú, si no me hubieras conocido á mí?

—Te diré. Las mujeres necesitamos mucho más el amor que vosotros los hombres, y como lo necesitamos más, solemos buscarlo con mayor anhelo, y nos engañamos creyendo haberlo encontrado en nosotras ó fuera de nosotras cuando realmente todavía no existe. Yo no creo que hubiera podido en el mundo amar á otro sér, sino á tí, Ricardo.

—Nuestras almas estaban predestinadas una á otra.

—Por eso laten nuestros dos corazones de tal manera que parecen uno solo.

—Imposible comprender la vida sin tí. Más fácil me sería comprender el Universo sin el sol.

—Por eso debemos confundir nuestras vidas como están nuestras almas.

—No me pareceria hogar, Elena, el hogar en que no estuvieses tú. No me pareceria mundo el mundo en que tu no estuvieses. Yo me

desconoceria á mí mismo, si separase mi alma de tu alma. Creo que si muriera ántes que tú, y cuando tu te murieras, no te enterraban á mi lado, habia de levantarse mi cadáver por sí mismo para buscar el tuyo y unir nuestros huesos en una sepultura y bajo una misma tierra, pues separados, no podrian dormir en paz el sueño de la muerte. Paseábame hace algunas tardes por la catedral de Toledo. Estaba enteramente sola. El coro se hallaba ocupado por el cabildo que cantaba vísperas; pero en el templo no habia más persona que yo, perdido en sus naves y estático en la contemplacion de sus bóvedas. La luz cernida por los vidrios de colores jaspeaba con los matices del íris las losas del pavimento; los acentos del órgano, las salmodias de los sacerdotes, el aroma del incienso llenaban de misticismo mi alma como de misterios divinos el aire; las aureolas de los santos y las alas doradas de los ángeles nadaban todos en el éter como si las iluminára el sol de la glo-

ria. Entré en la capilla del condestable y ví los sepulcros de mármol en los cuales reposan dos esposos como si estuvieran todavía en su alcoba y en su lecho de matrimonio. Así, dije yo, así quiero dormir el sueño de la muerte al lado de mi amada.

—¿Por qué hablas de la muerte cuando todo nos invita á la vida? Para séres tan jóvenes como nosotros y tan felices, la muerte está muy léjos; y apénas se descubre entre los celajes de nuestras ilusiones y apénas se cree en ella entre la vida de nuestras esperanzas. Mira como todo vive en torno nuestro. Las aguas se destrenzan por todas partes en arroyos. Las palomas, que bajan á beber en su linfa, arrullan. Los nidos están todavía calientes de sobrellevar los pajarillos que los llenaban con sus cuerpecitos y los santificaban con sus amores. Todo vive y todo ama al rededor nuestro. La muerte misma tan temida es una ficcion de los sentidos, porque todo cuanto muere, se trasforma y resucita.

Yo he aprendido en las elocuentes palabras de mi padre desde las nociones necesarias para conocer lo infinitamente pequeño hasta las nociones necesarias para conocer lo infinitamente grande. Y he visto la trasformacion universal así en las larvas de los insectos, como en los aereolitos de los cielos. No me hables, pues, de la muerte; háblame de esta vida nuestra tan feliz de la cual viviremos los dos eternamente. Háblame de esta alma toda tuya, y á cuyo disco no pueden llegar, no llegarán jamás los vapores de la muerte. Háblame de la inmortalidad que necesariamente nos ha de sonreir áun despues de la muerte y nos ha de encontrar entregados á nuestros perpétuos amores. Con séres tan felices como nosotros nada tiene que ver, Ricardo mio, la muerte.

—Es verdad, tienes razon. Debemos pensar en la vida. Hemos de tener una casita aquí, en España, que sino es nuestra patria, es la patria de nuestra raza, una casita oculta entre el follaje

de jardin silencioso. Allí, en la casita, hemos de fabricar nuestro nido, que parezca como apartado del mundo. En este nido ha de haber todo lo necesario para nosotros, para el esparcimiento de nuestras almas. Tu saloncito será el museo. Allí tendrás un cuadro de Rafael, precioso como todas las obras del gran artista, que parece hijo de Grecia, una sacra familia, cuya vista nos sostenga y nos conforte á nosotros, fundadores de otra familia, la cual quisiéramos tambien divinizar con nuestras virtudes. Unas estatuitas antiguas, tan puras y tan bellas como todas las obras clásicas, elevarán constantemente en tu alma la idea de la hermosura, y resplandecerán entre las cortinas de flores que nuestro jardin nos preste, hermanando el Arte con la Naturaleza. Al pié de un magnífico piano de Erard tendrás un arpa de cuyas cuerdas saques notas que caigan sobre el corazon y lo embelesen, embelleciendo con armonías ese mundo del sentimiento en que vamos á encon-

trar el paraíso. Luégo vendrá mi biblioteca llena de los mejores libros publicados en todas las lenguas, depósito de cuanto el hombre sabe sobre lo finito y lo infinito. Allí, entre la biblioteca y el jardin, en comercio contínuo con el arte ó con la ciencia adorándonos perpétuamente, estáticos en nuestra mútua contemplacion, llegarémos á olvidar hasta el mundo que nos rodea y á reconcentrarnos en nuestra felicidad, que será eterna. Mi santa madre nos bendecirá de contínuo y presidirá la casa con sus próvidos cuidados.

—¡Tu madre! ¡Cuánto deseo conocer á tu madre! ¡Qué impaciencia tengo por verla! Como no he conocido madre, paréceme que en ella el cielo me la depara y me la envia, y que, al encontrarme bajo su amparo contigo y á tu lado voy á tener como una segunda infancia y voy á volverme tan niña como si saliera de la cuna.

—Lo mismo, Elena, lo mismo me sucede á mí con tu padre. Cuento por minutos el tiempo

que falta para verlo. Te has criado sin madre tú; yo me he criado sin padre. Nuestra educacion ha sido necesariamente, y por esta causa, una educacion imperfectísima; tu padre será mi padre, como mi madre tu madre. Y al mismo tiempo que el amor, sentiremos, encontrándonos cada cual personas de nuestro sexo con quienes comunicar el afecto más tierno y más sencillo, pero no ménos necesario á la vida, el afecto de una profunda y verdadera amistad.

—No he visto en ninguna parte á tu madre.

—Yo solamente le ví la noche de San Juan, la noche en que por la vez primera te apareciste á mí para no separarte jamás de mi corazon y de mi memoria, solamente en aquella ocasion ví de léjos á tu padre.

—Lo hubieras visto mil veces, de estar aquí, puesto que me acompaña siempre y yo he deseado mucho ver Madrid y lo he recorrido en todas direcciones. Pero le dió el capricho de irse á viajar solo por la poética Andalucía, cuyo

calor en esta calurosa estacion, en este calurosísimo clima, temia por mí, y hé ahí la causa de su ausencia. Pero á tu madre jamás la he visto contigo y me has dicho que no podria verla en ninguna parte.

—Te he dicho la verdad. Mi madre no sale de casa. Amó con frenesí á mi padre y arrastra los lutos de una austerísima viudez. Muchos años hace que murió su esposo; nunca la he visto sonreirse. Su dolor tiene hoy la misma intensidad que tenía en los primeros años de su triste estado, y llora, y solloza como si estuviéramos en el dia mismo en que mi padre se volvió loco ó en que pasó de ésta á la otra vida.

—Sábete que mi padre me habla á todas horas de mi madre. Me dice que la perdí á los pocos dias de nacer. Me dice que ruegue á Dios largamente por ella. Y cuando habla de todo esto, su dolor toma, no esa intensidad que el dolor de tu madre, la cual sería al cabo impropia de su sexo, sino tan grande y recóndita concentracion, que

le abrasa el corazon y las entrañas. No le veo una lágrima; pero sí veo que los ojos están próximos á salírsele de las órbitas cuando evoca estos recuerdos. No le oigo un sollozo; pero sí le oigo palabras entrecortadas que me aterran por su vaga incoherencia y que me demuestran como, pensando mucho sobre sus dolores, podria llegar de arrebato en arrebato á una completa locura. Así es que nunca le hablo de estas tragedias, cuyo relato profundamente vela en el silencio y profundamente respeto como cumple á la sumision y debida por conviccion y por cariño á mi bondadoso padre.

—Hemos vuelto á las tristezas, Elena, que me echabas en cara hace muy poco. Difíciles son de curar estos corazones heridos por desgracias irreparables. Pero nuestros cuidados podrán de alguna manera curar sus aprensiones y nuestros besos cicatrizar sus heridas. Pondremos tantas flores en su camino que acaben uno y otro por no advertir los abrojos cuyas agudas

penas les taladran las sienes. Viviremos para ellos y para nosotros.

—Hemos de derramar el bien, Ricardo, por donde quiera que dirijamos nuestros pasos.

—Sí, sí. Mi naturaleza expansiva, deseosa de curar males á cuyo remedio no alcanza muchas veces la voluntad individual, se ha reconcentrado durante estos dias de una ventura desconocida ántes en el egoismo de la felicidad. Pero así que esta ventura, por medio de la costumbre sea cóngenita con nosotros, entrará á formar parte de nuestra naturaleza. Y no debemos entónces perder el tiempo en la muda y estéril contemplacion de nuestra bienaventuranza, cuando nos rodean ¡ay! tantas desventuras y tantos desventurados. En estos dias últimos, la alegría de mi alma, la novedad de mi situacion, el fuego de mi amor me llevaban al triste olvido de los que padecen y de los que lloran. Tú me los recuerdas, y con ellos me recuerdas tambien la vocacion de mi vida. Además de un matri-

monio, vamos á fundar una hermandad. Y esta hermandad, imbuida en los más puros sentimientos, podrá consagrarse á obras caritativas despues de haberse consagrado á la familia y al hogar. Bajaremos á los abismos de nuestras sociedades modernas tan llenas de males y de desgracias. Subiremos á las bohardillas donde habita la miseria. Nos inclinaremos sobre el lecho del moribundo y nos postraremos sobre la tumba del muerto. Aquí derramaremos un socorro, allá una limosna, acullá una palabra de consuelo, más léjos una lágrima de compasion, y con esas lágrimas compondremos una corona más hermosa y más duradera que la corona de los reyes, y con diamantes más luminosos, porque en las lágrimas de compasion que el feliz derrama por el desgraciado y en las lágrimas de agradecimiento con que el desgraciado riega las manos caritativas de los felices, de los generosos, de los próvidos; en ese rocío más fecundo que el rocío de la mañana, se descompone una luz más

refulgente, que la luz del sol; se descompone la increada luz de la divinidad. Y habremos cumplido un impulso de nuestra naturaleza realizandó el bien solamente por ser bien. Y habremos sembrado larga cosecha de bienes para nuestros hijos, que heredarán, sin duda, los sentimientos de sus padres.

—Vamos á ser felices, muy felices, Ricardo mio.

—Y algunas veces nos acordaremos de nosotrosmismos. Y para dar treguas á nuestros grandes trabajos y variedad á nuestra vida, iremos...

—De viaje por Europa. ¿No es verdad?

—Seguramente.

—Hasta en eso nos parecemos, en el amor á los viajes.

—Nos parecemos en tantas cosas...

—Es cierto.

—Mira. Mi madrina dice que tenemos así como aire de familia, y que si no fueran nues-

tros orígenes tan diversos, nuestros países tan apartados, hasta nuestras razas tan distintas podria decirse que éramos parientes; más que parientes, hermanos.

—En mi filosofía se explica eso; se explica, por una razon bien extraña y singular, pero convincente y persuasiva, al ménos, para mí. Las almas se disponen, se arreglan, se cincelan los cuerpos con sujecion á su naturaleza inmaterial. Desprendidas del éter, cuando tocan al barro de este mundo, lo pulen como suele el buen alfarero pulir el vaso. Ese cristal que reverbera la luz y que parece por su brillo un astro, fué en otro tiempo grosera tierra. Estos huesos nuestros, tan semejantes á los minerales, se disponen como una obra de arte al recibir en sus frias moléculas el calor divino de las almas. Las nuestras eran ya la una para la otra desde la eternidad. Y descendiendo, al través de los planetas, á este bajo mundo, y separándose en esa carrera, cada una se ha creado un cuerpo al tra-

vés de cuya mortal envoltura pudiese conocer á la otra. Y por eso, desde que nos hemos visto, hemos suspirado, yo por tí, por mí tú. Estábamos enamorados desde la eternidad.

—Y nos parecemos en nuestras inclinaciones y en nuestros gustos. Te placen los viajes como á mí; y las artes como á tí me placen.

—En los viajes y en las artes he tenido los mejores goces de mi vida. No olvidaré nunca las sublimes tristezas que han sobrecogido á mi alma, cuando he contemplado bajo los cipreses de San Onofre, cerca de la celda donde murió el Tasso, allá á lo léjos, la campiña romana sembrada de sepulcros, envuelta en los vapores mortales de las lagunas pontinas y en las sombras inmortales de sus misterios y de sus recuerdos, necrópolis sublime de generaciones de dioses. Los monumentos destrozados se tendian á mis piés en aquel Josafát de la antigua historia, y á mi izquierda surgía la colosal rotonda de San Pedro, dorada por los últimos rayos

del sol y semejante á un planeta aproximándose á nuestra tierra. Y de allí, como si pasáramos de las sombras al dia, íbamos á los campos parthenópeos, á las orillas de mármol donde espira la onda que todavía lleva en su seno la nereida, cuya corona se descubre de dia en la espuma férvida del oleaje, y de noche en la fosforescencia de las estelas. Por todas estas regiones, reunidos los dos, veríamos los espectáculos de la naturaleza y del arte bajo todos sus aspectos, porque tu sentimiento y tu adivinacion de mujer alcanzarian misterios estéticos ocultos á mis ojos.

—Pero, mira Ricardo, en lo primero que debemos pensar es en nuestra casa.

—Es verdad, en nuestra casa, en nuestro nido de amores.

—No olvides que la casa ha de ser el santuario donde encerremos nuestros dos corazones y practiquemos el culto á la familia.

—Ya te dije cómo será, y te lo repito ahora.

Tendremos la biblioteca donde yo reuna los libros; el museo donde tú reunas los objetos de arte; el jardin que nos dé una breve muestra de la inmensa Naturaleza; el gabinete de física y química donde podamos recrearnos en el estudio y en las experimentaciones científicas.

—Y te olvidas de que necesitamos tambien, para que la vida entera se contenga en aquél reducido mundo, un oratorio donde podamos consagrar á Dios nuestras acciones todas del dia y pedirle de rodillas lo que más necesitan los mortales en el hondo abismo que habitan; su proteccion, nunca negada á todos cuantos la piden y la necesitan.

—Tendremos cuanto tú dispongas. En mi casa serás como una diosa.

—Y tú en mi corazon dominarás perpétuamente con la tiranía del amor.

—¿Me amas? Elena.

—No podrá decírtelo jamás mi palabra.

—¿Te acuerdas de mí?

—Cuando te ausentas es cuando más presente estás á mi lado por el vigor de representacion que hay en mi fantasía, y la fidelidad á tu recuerdo de mi memoria; tu imágen se ha grabado en el fondo de mi alma y forma parte integrante de mi vida.

—Yo te prometo, Elena, que este amor no se disminuirá en mi pecho. Los años no harán más que aumentarlo, dándole la solidez que da el tiempo así á los afectos como á las cosas. El recuerdo de estos dias de felicidad quedará consagrado como un culto, como una religion de mi vida. Ya nada puede separarnos, ni la muerte misma, porque creemos en Dios y esperamos en la inmortalidad. Te amo y me amas: hé ahí nuestra vida.

Y así continuaron los dos novios discurriendo sin tasa ni medida sobre su inagotable pasion y la eternidad de su ventura.

CAPÍTULO V.

OTRO RENDIDO AMADOR.

—No te pongas triste.

Decia el marqués de la Tafalera á Elena, que leia y releia una carta con evidente tristeza.

—¡Pues no he de ponerme triste!

—Ya habrás leido cien veces la dichosa carta.

—No puedo apartarla de mi pensamiento ni de mis ojos.

—Tate; vuelta al tormento.

—¡Pero si me parece papá tan contrariado!...

—Ya lo verás regocijado en cuanto venga y conozca al yerno.

—Hasta de su venida recelo y de la entrevista.

—Pueril temor.

—¡Ay!

—El novio no puede ser más aceptable.

—Me ha dicho mi madrina...

—¿Qué? Veamos.

—Que mi padre nó quiere para mí un marido americano.

—Pues lo tragará por fuerza.

—Tiene una tenacidad incomprensible.

—No le hagas caso.

—Eso es más fácil de decir que de hacer.

—Chica, en queriendo la dama y el pretendiente, no importa que no quiera la demás gente; decíamos nosotros en nuestro tiempo.

—¡Cuánto me va á sermonear!

—¿Es dado á sermones?

—Muchísimo.

—Pues te compadezco.

—Naturalmente, su universo está en mi corazon.

—¡Cómo ha de ser! La naturaleza es infali-

ble, es incontrastable, es fatal en todos sus decretos y en todas sus leyes. Y la naturaleza le arranca ese universo.

—No puedo yo mandar sobre mi corazon.

—Justamente. ¡Y sermonear por eso! Yo, desde que los frailes se acabaron y se perdieron los sermones al aire libre, dichos á grito herido, en plazuela ó calle, sobre púlpito movible, entre una inmensa muchedumbre que daba alaridos, como si la pincharan, no he vuelto á oir sermon alguno, pues nada me da mayores mareos ni con más fuerza me atormenta.

—Tengo hasta miedo de que papá vuelva. Tantos son mis recelos.

—Pues mira, vendrá muy satisfecho. Para que retoce la alegría en el cuerpo, y le bailen á uno sin querer las piernas, y los ojos chispeen cual si los encendieran todas las pasiones juntas, no hay cosa como ver bailar á la luz del cielo andaluz, al borde de una mesa oliendo á manzanilla, sobre la tierra caldeada, entre el

pespunteo de la guitarra, y á la cadencia del cántico, unas boleras por las mozas de calidad y de rumbo que encierran sus piés en zapatito de raso y adornan sus cabezas con rosas y claveles, trasportándole á uno al sétimo cielo, con balances semejantes al flexible meneo de la caña mecida por las auras, y elipses y parábolas semejantes al curso de las estrellas por la inmensidad del espacio. Si tú fueras capaz de comprender cómo en mi tiempo bailaban la Prado y la Caramba, sentirias infinito haber nacido en edad tan mal aventurada como ésta que no comprende esa clase de espectáculos y no engendra esa clase de sílfides.

Miéntras el marqués y Elena departian de esta suerte, llegaba la condesa de la Floresta con otra carta en la mano escrita por Antonio. Lo mismo que la dirigida á su hija, tenía por objeto único el próximo enlace y la consiguiente série de reflexiones, que suceso de esta magnitud en la vida podia inspirar á padre tan bueno y

tan amante. Escrita la carta á Elena en el momento de recibir la primera noticia, revelaba el malhumor consiguiente al amago de una inmediata separacion. Escrita la carta á la condesa mucho más tarde, revelaba cierta reflexion sobreponiéndose al ciego sentimiento. Y como revelara esto, convenia en que, si el novio era merecedor de prenda tan querida y tan hermosa como su hija, no encontraba razon para negarle una ventura merecida y oponerse por irreflexivo sentimiento á lo que demandaban de consuno la sociedad y la naturaleza. Dolíale mucho ver ese pedazo del corazon apartado de su pecho; pero, desde el dia en que le sonriera en la cuna, presentia este fatal momento y lo contaba como triste fecha impuesta necesariamente á la vida por las leyes ineludibles del Universo. Lo único que deseaba era cerciorarse por sí mismo de que el jóven preferido queria á Elena hasta el punto de poder sustituir con ventaja el cuidado providencial de su padre.

—¿No te lo decia yo?

Exclamó el marqués, todo regocijado, dirigiéndose á Elena.

—Me volveis el alma al cuerpo.

—¿Tan triste estabas?

Preguntó la condesa.

—La carta á mí parecia dictada por una desesperacion invencible.

—Naturalmente, era como el primer extremecimiento de un corazon lacerado.

—Pobre padre mio ¡cuán bueno es!

—Ahora hay que prepararlo al caso supremo, á la notificacion de que va á tener un yerno americano.

—¡Vaya! exclamó el marqués. No es mala manía. Al demonio no se le ocurre otra locura igual. Tener una hija casadera y descartar todo un continente de la opcion á su mano, paréceme donosísima cosa.

—¡Qué quiere V., tio! Cada cual tiene en este pícaro mundo su respectiva aprension. Hay

quien se desmaya al oler una rosa, quién se enfurece al oir una melodía, quién vomita al gustar un confite. Antonio es americano de nacimiento y no quiere marido de América para su hija. Ponedle puertas al campo y límites á los humanos caprichos.

— Puede darse todavía por malcontento y hacerse de pencas cuando en este tiempo de las desvinculaciones y de la desamortizacion universal, dijo Tafalera, ha encontrado nada ménos que todo un mayorazgo, heredero único de rica hacienda, con talento además de riqueza, con hermosura además de talento, sin padre ni ayo que administren por él ó por él hablen, tan sabio que parece un doctor en todas las ciencias y tan rendido que parece un esclavo de Elena.

—¡Qué quiere V., señor tio! Así es el mundo. No hay cosa grande que no encuentre por necesidad grandes dificultades. Todo lo tenemos arreglado, todo vencido. Solamente nos falta su-

perar esa dificultad de la manía de Antonio, que ligera á la simple vista, puede complicarse gravemente por falta de precaucion ó por sobra de confianza.

—Es verdad; toma todas las precauciones imaginables, ya que en el mundo existen seres tan raros como ese padre capaz de vedar al amor de su hija nada ménos que los habitantes de todo un mundo.

En estas y otras conversaciones volvieron tio y sobrina á la casa quedándose en el jardin Elena sola, que ora hojeaba un libro sin fijarse en nada, ora releia su carta sin poder sacudir sus supersticiones, ora acariciaba los pajarillos de las cercanas jaulas maquinalmente, absortà en dos objetos capitales; en el recuerdo de Ricardo y en el temor á las supersticiones de Antonio. Cuando más absorta estaba en esta contemplacion, oyó ruido de ramas, y al volver la cabeza para averiguar quién las agitaba, se encontró con Jaime,

suspenso, estático, cual si no pudiera decir una palabra, ni dar un paso, fascinado por Elena.

—Caballero Jaime.

Dijo la jóven con su natural desembarazo.

—¡Elena!

Exclamó Jaime, dando á este nombre una indefinible acentuacion de cariño.

—Adelántese V.; siéntese.

—Buscaba á sus señores padrinos y al marqués en el jardin.

Dijo el buen Jaime como demostrando que su presencia pedia alguna excusa.

—Ya vendrán ó les llamaremos. Entre tanto, descanse V., y tome asiento.

Jaime dió dos ó tres pasos volviendo á quedarse como petrificado. Él, tan valiente, capaz de luchar solo con todo un ejército, temblaba como la hoja del árbol, se enrojecia como la doncella más pudorosa en presencia de la hermosísima jóven.

—Vamos, le vuelvo á rogar que tome asiento y no creo que me desaire.

—De ninguna manera. Palabras de V. equivalen á mandatos para mí.

Y Jaime se sentó, pero con tal atolondramiento, que derribó un velador, y pisó el traje de Elena, y se enredó en varias cuerdas tendidas por el suelo, volviendo á ponerse colorado como las rojas flores abiertas sobre su cabeza en las enredaderas del cenador.

Despues de sentado no sabía qué decir. Sus grandes ojos se abrian para recoger los rayos de luz descendidos de las pupilas de Elena, y sus labios se cerraban herméticamente sin poder proferir ni una sola palabra. La jóven, conociendo todo lo embarazoso de aquella situacion, y deseando despejarla, rompió el silencio y preguntó:

—¿Cómo tiene V. la herida?

—Bien.

Dijo secamente Jaime.

—¿No le molesta en los cambios de tiempo?

—Suele molestarme. Pero no le presto atencion alguna como si las molestias atacaran un cuerpo extraño.

—Fuerte es V...

—No, Elena; dolores más graves y más profundos quitan toda intensidad á ese ligero dolor.

—El amor á la libertad perdida, el deseo frustrado de una redencion social inmediata, las derrotas del pueblo.

Jaime, al oir estas palabras, meneó tristemente la cabeza.

—Yo creí que solamente las desgracias sociales alcanzaban hasta el grande corazon que late en el ancho pecho de V.

—En otro tiempo yo creí lo mismo.

—Mas ¿ahora?

—Ahora creo lo contrario.

—Explíquese V.

—Creo que, egoista como todos los seres,

aspiro con mayor vehemencia á mi propia felicidad que á la felicidad comun.

—Comprendo, comprendo.

—¿De veras, Elena?

—Comprendo que el amor á una mujer ha penetrado donde ántes sólo dominaba el amor á la humanidad.

—¡Qué quiere V., así somos! Imaginábame superior al resto de los mortales, inaccesible á ningun amor que no fuera el amor á la libertad, y no contaba con que la naturaleza pudiera crear seres tan perfectos como...

—Vamos, hablemos de otra cosa, dijo Elena comprendiendo por el recuerdo de las antiguas declaraciones como Jaime iba á intentar otras nuevas.

—Ya le he dicho á V. una vez que la amaba, y lo repito y lo repetiré cien veces, porque lo siento siempre.

—¡Jaime!

Exclamó Elena como reprendiéndole severamente con la voz y con el gesto.

—¡Elena!

Dijo Jaime en tono de amarguísima reconvencion.

—Me ha faltado V.

—¿Yo?

Preguntó Jaime con verdadera extrañeza.

—V. sabía que...

—Yo solamente sé que amo y no soy amado.

—Nunca pude llegar á figurarme...

—Que inspirara V. una pasion, que abrasase un alma, que sus ojos llegan hasta un corazon cerrado á todo amor. Pues se desconocia V. á sí misma, desconocia la virtud de esa mirada, el encanto de esa palabra, la magia y el hechizo de toda su persona.

—Jaime, no podemos continuar de esta suerte.

—Elena, le he dicho una vez y ahora le he revelado de nuevo todo cuanto pasaba en mi conciencia.

—Jaime, no tenía motivo alguno para creer que fuera yo el objeto de ese misterio. Si lo hubiera tenido jamás le preguntára ni una sola palabra.

—Pero, Elena, V. no ha mirado á mis ojos mucho más reveladores de todo cuanto pasaba en mi ánimo que mis propios labios.

—Jaime, como una vez me hizo las mismas declaraciones y las rechacé para siempre, creíale despues de mi negativa enamorado solamente de su idea.

—El amor á mi idea no excluia otra pasion ménos sublime, si se quiere, pero más imperiosa.

—Y no puedo explicarme cómo habiendo guardado hasta aquí absoluta reserva, me dirige V. de nuevo palabras de ese género tan inesperadas y tan extrañas.

—Muchos misterios hay en el mundo y en el alma. Pero ninguno tan impenetrable como el misterio de la determinacion de nuestras ac-

ciones. Vaya V. á saber el motivo que impulsa á una accion, ó la serie encadenada de motivos á cuyo último eslabon un hecho se encuentra. En vano me esforzaria por averiguar á dónde va, á qué fuente, á qué ola, á qué rocío el vapor acuoso salido de mi aliento, y en vano me esforzaria por saber qué causa moral ó física me determinó á la reserva ayer y hoy á la franqueza. Lo único decible es que habia salido con ánimo de ver á V., pero sin ánimo de decirle una palabra más sobre mis íntimos sentimientos. Su pregunta ha provocado mi respuesta, y ahora lo sabe ya todo. La libertad queda siempre la pasion primera de mi alma. Pero como esta pasion, léjos de excluir la que V. me inspira, la sostiene, la alienta, la aviva, los dos amores se confunden y se identifican absolutamente en mi sér abrasado por este voraz fuego.

—Jaime, concluyamos para no volver á hablar de semejante asunto á ambos embarazoso. Yo le agradezco á V. mucho ese afecto, á pesar de

su exaltacion, á la cual no he dado ningun pábulo. Mentiria si no le digese que tengo á V. en una grande estimacion. Aunque yo me resistiera, la impondria á mi voluntad el honor que en todas sus acciones resplandece. Pero mentiria, tambien si le digera que me inspira una pasion correspondiente á la que V. dice experimentar por mí. Jaime, mi corazon no es ya libre. Por consecuencia oir las palabras de V. podria pasar ayer por ligereza, pero hoy se elevaria á verdadero crímen. No hablemos más de esto ni una palabra. Voy á llamar á los padrinos y al tio para decirles que está V. en el jardin y que necesita verlos. Adios, Jaime.

—Adios.

Y dijo éste agarrándose á uno de los barrotes del cenador para no caerse á impulsos del sentimiento que le causaba esta inapelable despedida.

CAPÍTULO VI.

REVELACIONES.

Ricardo habia reunido sus amigos más íntimos y más queridos á comer, con ánimo de decirles el próximo cambio en su vida y la resolucion de su casamiento. Aunque todos cuantos le trataban le querian realmente, los tres amigos del alma, aquéllos que preferia entre todos, eran el liberal Jaime, el pesimista Federico y el optimista Arturo, los cuales reunian á la rica variedad de sus ideas, inapreciable riqueza tambien de afectos y de sentimientos. Ricardo habia mandado poner la mesa en sus habitaciones particulares á fin de que la

algazara del reducido festin y la alegría de los jóvenes convidados no perturbaran el dolor solemne y monótono de su madre. La conversacion tenía el aspecto general de todas aquellas conversaciones entre los consabidos amigos, el aspecto filosófico. Mas veíase que tomaba en ella poca, muy poca parte Jaime, abrumado por una profundísima tristeza que en vano pretendia disimular.

—Ya no hay sobre ciertos puntos esenciales motivo alguno de duda, exclamaba Federico. Nuestro cuerpo no es un universo aparte á quien le basta para vivir su propio organismo: por la respiracion, por los alimentos, por las combustiones de la sangre, por la absorcion de las moléculas pertenece nuestro cuerpo, como cualquiera de las grandes manifestaciones de la vida, á la química universal, á sus universales acciones y reacciones; nuestras fuerzas no dependen solamente de los músculos del cuerpo humano, dependen tambien de la gra-

vitacion que rige así á los átomos como á las moles y de las atracciones que emplean unos mundos sobre otros mundos y unos soles sobre otros soles. Por eso digo y sostengo que el pensamiento no es otra cosa sino una combustion del cerebro, y la voluntad no es otra cosa sino un impulso de las fuerzas cósmicas.

—¡Qué ideas! Dijo Arturo. Imposible sacarlas de tamaña cabeza que por lo dura debe pertenecer al reino mineral. Con esas afirmaciones has destruido la individualidad del alma y el libre albedrío. Nuestro pensamiento es el flúido eléctrico que corre por los nervios poco más ó ménos, como la aurora boreal, cuya rosada luz en el cielo azul perturba la aguja magnética junto al timon del barco. Nuestra voluntad es un aspecto de la mecánica celeste. Ya no hay libertad, y por consiguiente la conciencia queda reducida á uno de esos circulillos rojos que vemos en todas partes cuando miramos demasiado al sol; los tribunales á una conjuracion tene-

brosa contra la naturaleza humana tan necesariamente condenada á sus movimientos como cualquier aereolito perdido en el espacio; la responsabilidad exigida al hombre por el sentido comun á una tremenda supersticion, á una palpable injusticia. El ladron roba y el asesino mata como la piedra cae. No puede haber castigo para el hombre como no le hay para la teja que de un tejado se desprende y te parte la cabeza. No cedo á ninguna de tus ideas, Federico, pero mucho ménos á la que niega lo más esencial en mi vida, á la que niega mi libertad.

—¡Buena libertad! Vete del planeta á que estás encadenado como el preso á su cárcel y échate á volar por esos mundos y esos espacios que entrevés con los ojos y ambicionas con el deseo y con el pensamiento. Sal de esta atmósfera pesada y baja; por poco que te eleves, la respiracion te faltará á tu pecho, la sangre brotará por todos tus poros, y al cabo de algunos minutos te agitarás en la asfixia, hasta que-

darte rígido, inmóvil, muerto, como fuera del agua los peces. Luégo rompe si puedes, desorganiza tu organismo, tu cuerpo. Interrumpe la comunicacion de los nervios con el cerebro, de los hilos telegráficos con la pila eléctrica, y verás á qué llegan tus sensaciones y tus pensamientos. Consigue interrumpir la respiracion ó detener la circulacion de la sangre. Logra que una mujer no despierte en tí los instintos del sexo, que una melodía no te halague, que un cañonazo no te atruene, que una palabra elocuente no te cautive, que una accion inmoral no subleve tu conciencia. Esclavo del universo que habitas, esclavo del planeta á donde estás atado, esclavo de la atmósfera que respiras, esclavo del organismo que te encadena, esclavo del instinto que te domina, esclavo de la pasion que te avasalla, esclavo de la idea que á la inteligencia se impone, esclavo de los motivos que determinan tu voluntad, esclavo de la naturaleza eterna y de la complexion propia, bajo el

peso de todos estos fatalismos abrumadores, que por una serie de combinaciones, semejantes á las que te hacen llevar sobre la mollera una columna de aire más pesada que las columnas ciclopeas, erigidas sobre la frente de las esfinges de Asia, gritas con todos tus pulmones: ¡viva la libertad! y te crees indudablemente libre.

—Jaime, ¿no respondes nada?

Le preguntó Ricardo, al ver maltratada así la nocion de las nociones, la nocion de libertad.

—No habia oido nada.

—¿Cómo? replicó Ricardo asombrado, negaban el principio moral por excelencia, negaban el principio de libertad, y tan sordo tú que no atendias á ese atentado á tus creencias más profundas.

—Hay momentos de la vida en que estamos fuera de nosotros mismos, Ricardo, momentos de incontrastable tristeza.

—Dínos, pues, por qué te encuentras tú en uno de esos momentos.

—No puedo, no debo, no quiero decir nada.

—Te desconozco.

—Y yo á mí mismo.

—Hace dias que te veo presa de un dolor ajeno completamente á tu estóico carácter y contrario á todas tus convicciones acerca de la vida.

—A mi carácter puede ser, á mis convicciones, no. En mis convicciones entra que la vida es una pena perpétua.

—¿Veis cómo al cabo cae en mi doctrina? Exclamó Federico.

—Una pena perpétua, la vida, dijo Ricardo al oir esta afirmacion; una pena perpétua para tí, para el mártir de la libertad que defiendes como único medio de realizar la virtud; para el cantor del progreso cuya realidad ves en toda la humana historia. Díme, Jaime, ¿qué vapor ha salido de tu corazon hasta oscurecer y nublar tu clara inteligencia? El sentimiento se ha sobrepuesto á la razon y la ha turbado.

Jaime tenía tal repugnancia á hablar, que levantó hombros y manos y meneó la cabeza con lánguida indiferencia, como para indicar cuánto le contrariaba ocuparse en aquel asunto á deshora suscitado.

—Efectivamente, dijo Arturo; yo mil veces eché de ver desde hace algun tiempo que la alegría, el amor á la vida aumentaba en el ánimo de Ricardo, á medida que disminuia en el ánimo de Jaime.

—Vamos, dijo Federico, el paño fúnebre que ha puesto Dios sobre todos los objetos, alcanza tambien á tus ojos que hasta aquí irradiaban la felicidad más perfecta. Por fin comprende Jaime que este mundo es el peor de los mundos, y el hombre el más infeliz de todos los animales.

—No porfíes, Federico, no porfíes. En vano querrás arrancar el corazon de Jaime á sus sentimientos y la razon á sus ideas. Podrá una pena más ó ménos grave perturbarlo, pero no

puede destruir su inteligencia y su vida. Ricardo, otras veces tan triste ahora está alegre; Jaime, otras veces tan alegre, ahora está triste. El accidente de un dia no decide de la vida que fluye y fluirá en todos los tiempos. Jaime volverá de su tristeza y verá el mundo como lo ha visto siempre, más empapado cada dia en el espíritu y el espíritu cada dia más luminoso.

—Pero ya que no sepamos las causas de la tristeza de Jaime, sabremos las causas de la alegría de Ricardo. Habla, habla, y te escuchamos.

Dijo Federico.

—Amigos mios, me caso.

Respondió Ricardo.

—Haces bien, dijo Jaime, animándose á la revelacion de Ricardo. Haces perfectamente. Este mundo es un campo de batalla empapado en sangre, cubierto de cadáveres, lleno de ruinas, donde solamente hay un puerto de refugio, una llama que avive los seres, una luz que los dirija, una armonía que se eleve sobre todas las con-

tradicciones, el amor, el bendito amor. Mira en el cielo cómo va el planeta seguido de su luna; mira en el mar cómo va la ballena acompañada de su pareja; contempla en la alta torre las enamoradas cigüeñas sobre su nido leñoso y en el aire las pareadas alondras y en el bosque las tórtolas; y díme luégo si no aman desde el gusanillo de luz perdido en una hoja cercana al arroyo hasta el serafin que bate sus alas en presencia del Eterno. Ama, Ricardo, ama en buen hora: que la única felicidad de la vida es el amor.

—Pero, vamos, sépase ya el objeto de esa pasion; revélanos cuál será la eterna compañera de tu vida.

Dijo Federico dirigiéndose á Ricardo.

—Todos la conoceis.

Respondió Ricardo.

—Razon mayor para que todos estemos impacientes.

—Pues bien, ya no guardo más tiempo mi secreto.

—Albricias completas.

Exclamó Arturo.

Es la jóven americana á quien todos admirais, la hermosísima Elena, la ahijada de los condes de la Floresta.

—Hermosa en verdad.

Dijo Federico.

—Incomparable.

Añadió Arturo.

—Que sea enhorabuena.

Dijeron á una Federico y Arturo.

—Ya ves, añadió éste, cómo todos aquellos propósitos de soledad, cómo todas aquellas aspiraciones á una especie de vida monástica sin más objeto que la predicacion de la verdad y el cumplimiento del bien, pasaron como una leve sombra. El corazon humano tiene horror invencible á la soledad, y necesita encontrar en el amor su indispensable complemento.

—Dios quiera, sin embargo, dijo Federico, que no tenga ocasion de arrepentirse. En todas

esas flores de la vida hay muchas espinas. ¡Cuántas veces te acercas al rosal y en vez de la ninfa con que sueña la poesía, encuentras en sus olientes hojas la venenosa víbora!

Miéntras hablaban así los jóvenes, deslumbrados por la noticia, enjugábase el sudor Jaime horriblemente dolorido. Cada una de aquellas palabras le taladraban el corazon y las sienes. Así unas veces se llevaba la mano á la frente como si quisiera alejar una idea terrible, y otras veces al pecho como si quisiera oprimirlo para evitar un suspiro, revelador de su pasion. Por fin, miéntras que Ricardo, Federico y Arturo departian sobre la felicidad del amor, sobre la fuerza de los instintos que lo inspiran, sobre las tendencias á la fundacion del hogar y al establecimiento de la familia, sobre todas las ideas que pueden abordarse en tema semejante, Jaime se levantaba, pedía su gaban, y tomando del brazo á Ricardo, le impelia hácia la habitacion vecina.

—¿Qué me quieres?

Le preguntó éste.

—¡Ricardo!

Dijo solemnemente Jaime.

—¡Qué voz! ¡Qué gesto!

—Ricardo, mentirian mis labios si te felicitasen á despecho de mi corazon.

—Como, Jaime, ¿tú, tú no me felicitas? ¿Qué has encontrado en Elena?

—Mucha hermosura, mucho corazon, mucha inteligencia.

—Entónces, ¿qué?

—Ricardo, ¿no lo has comprendido?

—No.

—Pues, mira, yo la amo tambien. Yo tambien no puedo vivir sin ella.

—Tú, tú...

Dijo Ricardo fuera de sí.

Pero Jaime, sin escuchar más palabra, se salió de la habitacion y se fué precipitadamente á la calle.

CAPÍTULO VII.

EL REGRESO DE ANTONIO.

Grande, extraordinaria alegría en casa del marqués de la Tafalera. Antonio acababa de llegar por el tren de la mañana desde la hermosa Andalucía. La familia entera se hallaba de pié muy temprano para recibir y agasajar al recien venido. En la espaciosa estancia que servía de comedor al palacio, en torno de la mesa ocupada por las jícaras de chocolate y los vasos de agua fresca, hablaba la familia entera del viaje, como preliminar necesario á otra conversacion más solemne, la relativa al matrimonio de Elena. Ésta tomó la precaucion de

decir á Ricardo que no fuera al palacio hasta no obtener la necesaria autorizacion de su padre. Así el suegro no conocia ni de nombre ni de vista al futuro yerno. Vuelto de su deliciosa expedicion por este asunto, conforme la hora de controvertirlo y tratarlo se acercaba, resistíase Antonio, reconcentrado como en afecto único, en el amor paternal que le inspiraba su preciosísima hija. Por consiguiente no debe maravillarnos que la conversacion de la boda se retrasase y se redujese todo el diálogo de Antonio, Elena, el marqués de la Tafalera y los condes de la Floresta á las impresiones del reciente viaje.

—Tus cartas, decia la condesa, nos han suficientemente instruido en tus juicios. Encuentras Andalucía incomparable, ¿no es verdad?

—Te diré. No tiene las altas cordilleras de Italia, ni el caudal de los rios que van de los Alpes al Mediterráneo, ni la multitud de ciudades donde todas las artes del dibujo han hecho

sus principales milagros y han dejado sus incomparables monumentos. Pero en cambio, es de una poesía indecible. Yo no he contemplado noches como aquellas noches de la bahía de Cádiz en que parecen buscarse las estrellas con miradas de amor. Yo no he respirado en ninguna parte aire como el balsámico que se respira en Sevilla, cuando las primeras sombras de la tarde caen sobre el azahar. Yo jamás he visto ponerse el sol como lo he visto desde los miradores del Generalife, tras las montañas de Loja, tiñendo con color de oro fundido las abruptas crestas de la Alpujarra y con color de rosa pálida las rotondas y agujas de la Sierra Nevada. Yo no he visto ni en Asia el Oriente como en la mezquita de Córdoba ó en las grutas de mil colores que forman los alicatados de la Alhambra. Yo no olvidaré el crepúsculo de Almería, en que, sentado al pié de una palmera, á la orilla del mar azul cuyas ondas morian melancólicamente en la playa de doradas arenas,

la gitana con el sello de su antigua grandeza y de su esclavitud extrañamente mezclados, tal como debia ser Cleopatra vencida, levantaba los brazos y la cabeza al cielo, y acompañada por el són de las propias castañuelas, por el vito ó la soledad, por el pespunteo de esas cuerdas de guitarra que gimen y lloran, bailaba un baile semejante á las sagradas danzas que en honor de sus dioses ofrecian los antiguos pueblos y los antiguos tiempos.

—Chico, todo eso me parece melancólico, dijo el marqués, y por lo mismo contrario á la alegría que retoza en el cuerpo cuando recorre las tierras andaluzas. Para conocer Andalucía es preferible una visita al freidero de pescadilla en Cádiz, ó al bodegon de los montañeses en el Puerto, donde rocías con vino viejo las frescas bocas de la isla, á una visita á la catedral de Sevilla y á la Alhambra de Granada. Más que una pintura de Murillo te industria en la vida y en sus secretos una serrana con su media roja,

su zapato blanco, su zagalejo verde, su toca de tùl entre cuyos pliegues se agrupan con tanto arte las flores, y su relicario de oro cayendo sobre la curva y el dibujo de sus redondos pechos. Ver desfilar los siglos desde la capilla del zancarron ó desde la torre de la sultana es muy filosófico, pero no tan propio como ver desfilar el gitano de anchos pantalones y largas melenas; el contrabandista, caballero sobre su alazan que parece engendrado por los vientos del desierto; los chalanes con sus látigos en la mano, su cuchillo en la faja, su mentira en el labio; los toreros con sus largas trenzas cayendo sobre la chaquetilla de raso en cuyos bolsillos campean los pañuelos de pita ó seda; el majo á caballo con más cascabeles que una feria y la maja á su grupa, enseñando unos pinreles más breves que un suspiro, y lanzando de los ojos, que brillan como soles entre las sombras de las mantillas, unos rayos á cuya lumbre se encienden hasta las frias piedras y se avivan y resucitan los muertos.

—Verdaderamente, dijo la condesa; el tio se anima al recuerdo de los placeres de su juventud y á la evocacion de los países que ha visitado en su larga vida.

—Calla, chica, son unos sosos, unos desgalichaos los andaluces de estos dias, metidos á políticos, para lo cual sirven como yo para gran turco. Andaluz perfecto aquel Manolito Gazquez de mi tiempo, sastre, velonero, majo de todas las cuadrillas y de todas las cofradías, tan célebre que el sultan le encargó los clavos con que está adornada la puerta otomana y el Papa saltó de gusto en la Santa Sede misma al oirle tocar el piporro por las capillas de San Pedro y los cardenales se arremangaron los hábitos para bailar un bolero acompañado por su guitarra y dieron cien dias de indulgencia á toda moza que danzase con él un zapateado, vertiginoso como el placer, y á todo católico que comiese un gazpacho de sus manos más fresco que los rocíos del alba.

—Yo he alcanzado todavía, dijo Antonio, en mi último viaje, alguna parte de esas delicias. A la orilla del Guadalquivir, á la vista de la Giralda y la Torre del Oro, en Triana, junto á olorosos limoneros, en cuyas ramas campeaban con el blanco azahar de esta primavera los amarillos frutos del pasado estío, he visto el viejo guitarrista sentado sobre silla de pino y esparto; tañendo la guitarra que ora gemía como una melodiosa endecha, ora tronaba como una tempestad de encendidas pasiones; y á su lado, inmóvil y absorto como un santon árabe, el cantaor que entonaba la larga y cadenciosa caña como un prolongado sollozo, acompañando á una elegía de tristeza y de amor; y en frente la bailadora cuyos brevísimos piés apénas tocan al suelo, con la cabeza echada atras como para contemplar lo invisible, los ojos estáticos, los airosos brazos á lo alto, las sonoras castañuelas entre los dedos, jaleada por los dichos y refranes y equívocos de los majos cuyas palmas

chocándose, y cuyos gritos subiendo sobre todo rumor, semejantes á los gritos de una caravana en el Desierto, daban al baile mezcla tan extraña de gusto refinadísimo y de aire primitivo y salvaje que inspiraban un completo embeleso.

—Al oiros hablar así, dijo el conde, cualquiera diria que en vez de haber visitado aquellas regiones de la vida y del amor os habiais metido en algun cementerio. Tristeza, pena, sollozo, canto melancólico, elegíaco, ¿qué Andalucía es esa? Nosotros le llamábamos á las muchachas perlas, cuerpos buenos, salerosas. Nosotros echábamos los sombreros á los piés de las bailarinas con un regocijo infinito. Nosotros íbamos del baile de candil, á la taberna, de la taberna donde nos amanecia al derribo de Tablada, del derribo á los toros, de los toros á pelar la pava, y nuestra vida era una fiesta contínua. Mas vosotros vais á Andalucía como pudieráis ir á una Tebaida. No me hableis pues de ese viaje ascético porque me da verdadera

grima. Los románticos de ahora, como los místicos de otros tiempos, concluirian con sus tristezas y sus desventuras y sus sollozos y sus lloros y sus desesperaciones y todos sus sentimientos por despoblar la tierra.

—Naturalmente, querido tio, observó el conde, Antonio llevaba sobre sí otras ideas que las ideas de vuestro tiempo.

—Y sobre todo, dijo el tio, guiñando el ojo á Elena; llevaba sobre su alma cierta asesina carta, escrita por una mano de ángel, anunciándole que las hijas de los hombres caen bajo la comun ley del universal amor.

Elena, al oir esta salida del viejo marqués, se puso colorada como la grana, y no sabiendo qué hacer, levantóse y salió de la estancia, corriendo toda azorada, al ver cómo la conversacion daba en su verdadero y único centro de gravedad.

—¿Con que no hay remedio?

Preguntó Antonio melancólicamente.

—No hay ninguno.

Le contestó la condesa.

—¿Con que va á separarse de nosotros?

—Para siempre.

—Dejadle á un padre este desahogo, dejadle que llore su desgracia.

Y Antonio se cubrió el rostro con las manos; y lloró amargamente la decision de su hija.

—Pero, señor, exclamó el viejo marqués, no sé como sois. Yo me vuelvo loco. Asustaríame en verdad pertenecer á este tiempo, llamarme jóven ahora. Qué quieres, ¿que tu hija se quede para vestir imágenes? Pues bravo negocio. ¿Que se vaya contigo á una Tebaida? Pues bien se conservaria y propagaria de esa suerte la especie humana. ¿Que no se case nunca? Malo un solteron, pero peor, mucho peor, una solterona. ¿De qué puedes quejarte? El jóven es buen mozo, robusto, de un carácter bondadosísimo, aficionado á las artes y á las ciencias, cumplido caballero, espartano en virtud, exal-

tado de amor á Elena, rico como un Creso; ¿y todavía lloras? Pues, Antonio, te aseguro que si recorres Andalucía como un cartujo y recibes la felicidad como si fuera una inmensa desgracia, debes ponerte inmediatamente en cura porque sólo estás para habitar un manicomio.

—Pero señor marqués, dijo Antonio un tanto amostazado; V. no tiene hijos y por consiguiente V. no puede saber los sentimientos propios del corazon de un padre.

—No tengo yo hijos. Sobre eso habria mucho qué hablar; yo he sido tan...

—Vamos, tio, exclamó la condesa, dejémonos de esas peligrosas conversaciones.

—¿Vosotras me asegurais que el novio de mi hija tiene todas esas cualidades por el tio descritas y cuyo conjunto atribuyo al afan casamentero que le aqueja?

—Hablemos formalmente, dijo el conde; hablemos como cumple á un asunto de esta naturaleza.

—¿La familia?

Preguntó Antonio.

—De la primer distincion.

—¿Cuántas personas la componen?

—Dos solamente: madre é hijo.

—¿La madre es viuda?

—Viuda.

—¿Virtudes?

—De primer órden.

—Yo me he enterado perfectamente, dijo la condesa, como tú puedes suponer. La madre es una señora de austerísima virtud, consagrada á llorar á su esposo, consagracion que cumple como un culto, pues desde los dias primeros de su viudez puede decirse que su luto es como un sudario y su vida como una anticipacion de la muerte.

—¿Y el muchacho?

—Es un santo.

Dijo el conde.

—Ese calificativo no me gusta. Paréceme que

encierra algo así de encogido, de escrupuloso, de poco natural.

—No lo creas. Pertenece á la sociedad moderna por sus ideas, por la amplitud de su inteligencia, por la variedad de sus conocimientos, por la mezcla de un valor sobrehumano con una tierna delicadeza femenil.

—De la posicion no hablo.

—Tienes razon. Elena no necesita de nada ni de nadie, porque tiene toda nuestra riqueza. Pero la posicion de su novio es indudable, porque posee una de las primeras fortunas de...

—¿De dónde? Preguntó con viveza Antonio.

—De...

—Ya estamos en la dificultad. Exclamó el marqués.

—Vamos. Me ocultais algo.

—¿Qué hemos de ocultar? Preguntó la condesa.

—Pues si nada ocultais, ¿por qué no decirme de una vez, y sin rodeos, de dónde proviene la fortuna de mi yerno?

—Hombre... Seamos claros. Proviene de América.

—¡Cielos!

—¿Qué? Dijo el marqués.

—Presagio mal. Respondió Antonio.

—¿Por qué? Le preguntó la condesa.

—¿Por qué? No sabré decirlo. Una supersticion. Pero nunca quise marido americano para mi hija.

—Pues mira, ya no tiene remedio, observó el viejo marqués.

—Y si no casas á Elena con su novio ten por seguro que le cuesta la vida.

—Pues á ese precio no quiero oponerme. No hago ninguna observacion. Consiento. Presentadme al dichoso mortal.

—Nos ha dicho, que no se presentará á tí sino despues que haya venido su madre, y le hayas otorgado á ella la mano de tu hija.

—Pero, ¿por qué? Pregunto ahora á mi vez. En todo esto hay algo de ridículo. Voy á consentir, sin ver siquiera al novio.

—No sería la primera vez, exclamó Tafalera; todos los reyes se casan así.

—No me convence el ejemplo.

—No te apures por cosa tan trivial. Inmediatamente despues que hayas hablado con su madre, podrás hablar con el hijo, ó simultáneamente. No darás tu permiso, no sin haberle visto ántes.

—Pero, ¿qué quieres? Observó el conde. Un hijo tan bueno tendria escrúpulo de acercarse á tí, sin que ántes se acercase y te hablara su madre.

—Todo sea por Dios. Exclamó Antonio con cierta resignacion.

—Mañana verás á la madre y verás al hijo.

—Llamad á Elena.

Ésta entró al llamamiento de su padre, y se arrojó á sus piés, hecha un mar de lágrimas.

—Hija mia. Exclamó Antonio, acogiéndola entre sus brazos y llorando con ella.

—Si de esa manera celebrais las bodas, dijo

el marqués, ¿cómo celebrareis los entierros?

—Hija mia, tu padre consiente en tu matrimonio.

—Padre mio, dijo Elena, sin poder añadir una palabra, como abrumada por el peso de tanta felicidad.

—¿Qué no haría por tí, por la ventura de su hija, este tu padre?

—¡Dios bendiga á mi padre. Dios le dé toda la felicidad que merece!

Y padre é hija abrazados trajeron en torno suyo al marqués de la Tafalera, que besaba con trasportes la mano de la niña, y á los condes que alternativamente saludaban á Elena y á Antonio, formando un grupo, en el cual sonreia la felicidad más completa.

CAPÍTULO VIII.

EL ENCUENTRO.

Era la mañana del deseado dia en que Carolina iba á ver al padre de Elena para formalizar y concluir la boda. Ricardo no habia podido dormir en toda la noche. El paso de un estado á otro estado de la vida llenaba su alma de pensamientos graves, y movía su voluntad á firmes propósitos de allegar una ventura sin límites, robustecida por la práctica contínua de las más excelentes virtudes. Ya se veia en su casa, tranquila y solemne como un templo; con su mujer amorosa y virtuosísima, como madre de familia; rodeado de sus hijuelos, bellos cual los

ángeles; consiguiendo el alivio á las penas de su madre con la compañía de la recien llegada hija, y con el advenimiento de sus queridos netezuelos; dedicado despues de cumplir todos sus deberes domésticos, á curar al enfermo, á socorrer al pobre, á consolar al afligido, á difundir por todas partes, como el sol del empíreo, los rayos de su lumbre, la felicidad en que vivia su alma.

Esta vida nuestra tiene tales condiciones que solamente ve la felicidad en los celajes engañosos de la esperanza. Los bienes más preciados y más apreciables, como el respirar fácilmente, el vivir en plena salud, el tener lozana mocedad, apénas se comprenden y se estiman, sino cuando flaquean ó se pierden. Al llegar á la madurez de nuestra vida, en los dias cercanos á la ancianidad, cuando volvemos los ojos á una infancia consumida en juegos inútiles, y á una juventud disipada en ilusiones y esperanzas sin realizacion posible sobre la tierra, nos dole-

mos y decimos tristemente, que si volviéramos á comenzar la vida, á tener el goce de todas sus delicias, la emplearíamos mejor, cuando, de seguro, si tal renacimiento pudiese verificarse, caeríamos en los mismos errores, y nos disiparíamos en las mismas pasiones que ahora lamentamos. Triste suerte la nuestra: no conocer los bienes sino cuando nos los han arrebatado los males; no apreciar la salud y la ventura sino cuando las han herido de muerte la enfermedad y la desgracia.

No podia haber en el mundo persona más feliz que Ricardo en aquel dia preparatorio de su boda. Florecia en su vida la juventud más bella y más lozana. En un cuerpo sin defectos, latía un alma sin sombras y sin remordimientos. La independencia de su posicion le aseguraba contra las asechanzas de aquellos disgustos que más molestan y más empequeñecen la vida. Si volvia la vista á lo pasado, encontrábalo lleno de las estelas de sus buenas obras, seme-

jantes á un surco luminoso en los espacios. Si penetraba en las profundidades de su alma, veíalas cargadas de ideas como el cielo de mundos. Una pasion, la de hacer bien, la de mejorar á sus semejantes le dominaba por completo. El amor habia nacido en él á su tiempo oportuno, le habia llenado el alma de goces, le habia puesto al comienzo de una senda floridísima, le habia dado una felicidad sin límites. Hermosa y virtuosísima jóven, dechado de gracias, dotada de una superior inteligencia, le aguardaba con los brazos abiertos, para darle en todos los goces del amor legítimo satisfacciones á la voluntad, placeres á los sentidos, delicias al pensamiento, dichas inacabables al corazon. Hasta la sombra única que cubria aquel cielo iba pronto á desvanecerse, el dolor de Carolina, aliviado naturalmente por los nuevos aspectos que tomaba el hogar y los nuevos seres que surgian en el seno de la familia. Así, todo le alentaba en el cielo y en la tierra, desde la idea

hasta el sentimiento, desde el corazon hasta la conciencia. El átomo de materia que entraba por las celdillas de su cuerpo, parecia enrojecido en la lumbre del universal amor. La idea que se despertaba en su cerebro, parecia como uno de los ángeles que se despertaron y surgieron allá en la luz increada ántes del nacimiento de los mundos. Y, sin embargo, esta vida nuestra tiene tantos abismos, que bajo tales dichas abria sus fauces la más horrible desdicha. Desde tamañas alturas iba el infeliz á rodar muy pronto en los abismos. Su situacion en aquella hora solemne semejaba á la situacion de la avecilla que se deja su nido tranquilo en el árbol, y atraida por la gozosa luz y por el aire celeste, se eleva, y se eleva cantando sus amores, batiendo sus alas, respirando por cada una de sus plumas, encendida la sangre, rebosante la vida, perfumado todo su cuerpo con los aromas del bosque, y no ve que allá arriba, en lo alto, en lo infinito, donde sólo debia estar Dios y el

bien, extiende sus anchísimas alas y traza sus infernales círculos el águila que ce desprende sobre ella como una sombra letal, y la coge entre sus garras, y le destroza las carnes, le sorbe la sangre y la devora en un instante, pasándola de los espasmos de la vida á las tinieblas de la muerte. Yo siempre me acordaré de un dia de primavera que vagábamos por los bosques de Riofrio, en compañía de varios cazadores. Una pareja de gamos, lustrosísima, ágil, jóven, nerviosa, corria por los prados, se acercaba á los arroyos, subia la cabeza á la rama de los árboles y la bajaba sobre las yerbas del campo, se removia y saltaba en todas direcciones, alegre y juguetona, como si les rebosara en el cuerpo la exuberancia de la vida. Y aleve cazador, de rodillas tras una encina, entre aquella fiesta de la vida, en que zumbaban las abejas y mugian los bueyes y revoloteaban las mariposas y abrian sus cálices las flores y cantaba el coro de las avecillas, apercibia una asechanza

de muerte, oculto y emboscado. El tiro partió, y el gamo rodó, lanzando un gemido tan triste, y despidiendo de sus ojos una mirada tan melancólica, henchida de reconvenciones tan elocuentes, que más de un cazador juró no volver á cazar en su vida, y tuvo un dia entero de torcedores y de remordimientos. La vida humana se alimenta de la muerte, y las humanas artes se inspiran en el dolor y en la desgracia.

El pobre Ricardo se levantó aquella mañana con una alegría que acaso iba á ser la última alegría de su vida. En aquel gozo cuidó de su persona con mayor esmero que otras veces. Aunque apénas durmiera, habia sido aquel insomnio por una causa tan placentera, que léjos de darle aspecto de cansancio, parecia animarlo más con la multitud de ideas condensadas sobre su conciencia. Carolina se animó tambien, y acompañó gustosísima á su hijo á la casa de los condes de la Floresta, ya que en esta visita se encontraba como resumida toda la felicidad de

Ricardo. A las dos de la tarde salieron en el mejor coche de la casa aquellos dos seres que no presentian las desgracias amontonadas sobre sus cabezas. Ricardo iba vestido con particular esmero, que no excluia cierta dejadez, con la cual aumentaba su natural elegancia. Carolina vestia de riguroso luto. Los pliegues de su traje, de merino negro, ceñíanse estrechamente al cuerpo. Los largos cendales de su velo caian de la cabeza á los piés como un sudario. Espesa gasa le cubria el rostro, pero á través de esa gasa relucian sus ojos, y trasparentábase el blanco mate de sus pálidas mejillas. Aunque el dolor la hiriera y la acosara tanto, arrancándole toda la serenidad que realza á la juventud, su hermosura se conserva todavía superior á las heridas abiertas por sus penas y á las injurias del tiempo. El deseo que su corazon de madre sentía en aquel momento supremo, animaba sus ojos y coloreaba su rostro con reflejos indecibles de juventud y de gracia. Por un cuarto

de hora parecia distinta de la mujer dolorida que conocemos, como triste estátua funeraria, sobre cuyo frio mármol hubiera caido un rayo del calor universal de la vida.

Madre é hijo llegaron al palacio, en cuyas escaleras solamente se veian los criados y los lacayos de gran librea, como cumplia á la jubilosa fiesta. Ningun individuo de la familia se atrevió á salir al paso hasta que el padre y la madre no hubieran solemnemente convenido en la bondad de aquel matrimonio y señalado de antemano el dia en que debia verificarse. De consiguiente, Antonio y Carolina se iban á encontrar cara á cara despues de tantos años de apartamiento, para saber que su mútuo abandono, su falta mútua, no solamente habia labrado la propia infelicidad, sino tambien la infelicidad de sus inocentes hijos castigados con un castigo terrible. Ricardo dió el brazo á su madre para subir la escalera y la introdujo hasta el salon donde debia aguardar la presencia de Antonio, yéndose

en seguida con el resto de la familia á otra estancia donde aguardaban el conocido y esperado fin de la ceremoniosa entrevista, reducida ya por tácito consentimiento de todos á mera fórmula de cortesía. Aún no habia salido Ricardo del salon cuando se presento Antonio é hizo una gran reverencia á Carolina. Ésta, que permanecia velada, no fijó la vista en el hombre que entraba medio velado á su vez por las sombras de la estancia, cuyos balcones entornados solamente cernian una luz muy pálida. Así es que entre las reverencias de rúbrica, el crepúsculo de la sala y el velo de Carolina, no se reconocieron al pronto. Pero Carolina levantó su velo á fin de facilitar la conversacion, y un grito agudo, horrible, semejante al de un náufrago que se hunde en el mar, al de un desgraciado que recibe una puñalada en mitad del corazon, al de un supersticioso que cree ver un alma aparecida, un grito indescifrable, llenó los espacios de la estancia. «Antonio» dijo Carolina, «Carolina»

dijo Antonio, y ni uno ni otro sabía lo que por ellos pasaba en este momento más doloroso y más trágico que toda una eternidad de penas en el eterno infierno.

CAPÍTULO IX.

ESPERANZA Y DESESPERACION.

Miéntras Carolina y Antonio se veian tras tanto tiempo y experimentaban con esta entrevista nuevas desgracias en su propia vida y en la vida de sus hijos, sonreian éstos como si instintivamente su dicha se reanimara sobre su ocaso. La estancia, donde estaban, era una espaciosa galería sobre el jardin, adornada de estátuas y de cuadros, con cortinajes de aromáticas flores, con cascadas de cristalina agua y sobre cuyos extremos saltaban y gorjeaban en pajareras de alambres doradas innumerables avecillas. Los condes de la Floresta y su tio el

marqués se habian ido á un extremo de la galería para aguardar el momento en que Antonio iba á presentarles Carolina, miéntras los novios, al otro extremo, se entregaban á las ilusiones propias de su pasion. Todo sonreía en aquel sitio sin que cayera una sombra de la tristeza de muerte, cuyas espesas nubes á más andar avanzaban. El sol, penetrando entre las ramas, trazaba caprichosos arabescos de luz y de sombras; el cielo, que á través de los enverjados y las enramadas se alcanzaba, lucía con ese color celeste claro que parece templado por una ligera gasa blanca; la obras de arte resplandecian con mágicos resplandores en el ether; el gorjeo de las avecillas se acordaba con la esencias de las flores; y el matrimonio felicísimo que formaban los condes de la Floresta, y la alegría inagotable del viejo marqués, y los arrullos de los novios próximos á una completa dicha añadian el regocijo moral á las rientes fiestas de la Naturaleza.

¡Cómo las miradas de los novios, de aquellos

dos seres felices se juntaban y se confundian en el éxtasis de una mútua contemplacion, la cual podria prolongarse por toda una eternidad, sin que viniera de ninguna suerte á herirla el mal mezclado naturalmente á toda dicha: la insensibilidad, la indiferencia, el hastío! ¡Cuántas palabras que gorjeaban como las aves en primavera, que lucian como el alba en los horizontes de la noche, que llevaban en su seno nuevos mundos como la esperanza, que tenian la ceguera misteriosa de la inspiracion y de la fé! ¡Qué mezcla de niñerías y de grandezas! Sobre un descuido de lenguaje, sobre una distraccion pasajera, sobre una mirada errante, alzábase el relampagueo de los celos, que bien pronto se desvanecia en la celeste serenidad de una mútua confianza. Todo lo que fuera de ellos sucedia relacionábanlo consigo mismo, como si el Universo entero no fuese más que una expresion de sus amorosos pensamientos. Si habeis visto un arbusto cargado de las pri-

meras flores, llenas de aroma y de miel; empapado en el matinal rocío, por cuyas gotas tiemblan los matices de la luz; circuido de mariposas y de abejas; habeis visto aquellas dos almas en este momento supremo en que se abrian á todas las esperanzas posibles é ignoraban su irremediable desgracia. Así es que, con la monotonía natural á conversaciones de este género, hablaron de lo existente y lo posible, de lo creado y lo increado. La pareja de alondras que se elevaba al cielo; las golondrinas que se despedian de los tejados, apercibiéndose á un largo viaje; el corazon, cuyos latidos se veian al través del ajustado corpiño de Elena; la mirada sumergida en el amoroso arrobamiento; todo cuanto pasaba dentro y fuera de ellos dos, todo les servia para disertar sobre su amor, con esas disertaciones interminables, que no encierran, sin embargo, tantas y tan profundas ideas como un sólo suspiro.

La vida es una corriente de ilusiones. Cuanto

más cerca estaban del abismo abierto á sus plantas, más risueños veian los celajes de lo porvenir. Conforme se iban acercando al funesto desenlace, descubrian con mayor claridad su ventura eterna, el nido de sus amores, la soledad de los dos en medio del mundo, los ángeles que debian surgir de sus besos, la felicidad que debian dejar á su paso, la vida entera juntos, el sueño de la muerte en el mismo sepulcro, el despertar á otro mundo mejor en las eternas cimas de la misma gloria. Así todo lo arreglaban al patron de sus amores, desde el vestido que debian ceñirse hasta la oracion que debian consagrar al Eterno; desde la hora de comer el pan de cada dia hasta la eternidad, que se oculta allende la muerte. Nunca el cielo habia aparecido á los ojos de Ricardo y Elena tan hermoso; nunca la luz tan vívida; nunca los rumores de la creacion habian acariciado su oido con una tan suave melodía: respiraban sus pulmones el aire de la vida, como si la vida

hubiera de eternizarse; discurria la sangre por sus venas á manera de una sávia primaveral, como si la juventud hubiera de sostenerse perpétuamente; las esperanzas se cuajaban en realidades bellísimas; las ilusiones venian como un natural florecimiento del alma; el mundo se etherizaba y trasparentaba, como si hubiera perdido el mal; el cielo descendia hasta el mismo alcance de sus manos; y parecíales cosa fácil en esta dicha suya, derivada de la universal felicidad, arrancar todas las espinas, secar todas las lágrimas, redimir todas las penas, convirtiendo el infeliz género humano, sujeto al límite, y por lo mismo al dolor, en dechado acabadísimo de todas las perfecciones, por obra y virtud de la felicidad inmensa que ambos sentian derramarse sobre su seno. Si un génio que no tuviera la impenetrabilidad de los cuerpos, á cuyos oidos y á cuyos ojos nada importara la distancia, hubiese oido en aquella hora suprema los dos diálogos, el de Elena y Ricardo, el

de Antonio y Carolina, se hubiera aterrado indudablemente de ver cuán cerca está el mal del bien; cuán próximas las florestas del paraiso de las llamas del infierno; como la luz que viene del cielo se desvanece tras las tristes sombras elevadas por nuestra impura tierra.

En efecto, el esclavo y su señora, el amante y su amada, el padre y la madre de Elena, despues de haberse reconocido súbitamente y gritado con aquel clamor á que ningun grito humano podria compararse, quedaron como petrificados, como aquellos cuerpos á los cuales hiere un rayo, como aquellas almas que sobrecogidas por un caso inesperado, ni siquiera sienten, ni piensan, más muertas que si hubieran visto frente á frente la muerte. Antonio retrocedió aterrado, como si quisiera huir de la mujer á quien tanto habia buscado, y huir al par de sí mismo. Carolina se cubrió el rostro con las manos y bajó la cabeza sobre el pecho, la cabeza, que le temblaba cual si hubiera roto

la sangre por las celdillas de su cerebro, y herídola con una fulminante apoplegía. Antonio se detuvo ante la puerta, avisado más que por la razon, por uno de esos instintivos arranques, cuyo imperio parece incontrastable y que tienen algo de fatal y de orgánico. Que pasára, si apénas llegado el momento de ver la madre de aquel que debia casarse con su hija, sale despavorido, demudado, temblando, como si una aparicion le acabara de sobrecoger, y levanta todo género de sospechas en el ánimo de los suyos. Un movimiento ciego, superior á su voluntad, que le impulsaba á huir, detúvole con incontrastable empuje frente aquella mujer, á quien viera de jóven á través de todas las ilusiones del amor, y á quien veia en aquella hora suprema á través de todas las nubes del remordimiento. Carolina, por su parte, sintió tan vivamente el rudo golpe, que apénas veia ni respiraba, como tomada de una horrible catalepsia, esa enfermedad tan semejante á la muerte.

Por fin el movimiento natural de las emociones, que se parece en el alma al movimiento natural de las moléculas en el cuerpo, sacáronlos de aquel estupor, y moviéronles á decir alguna palabra. Antonio, como sucede siempre á los más fuertes, fué el primero en apoderarse de su voluntad, y vencerse hasta el punto de dar algunos pasos y acercarse á donde estaba Carolina petrificada é inmóvil. Al movimiento de aquellos solemnes pasos, á la aproximacion de aquel hombre, la infeliz mujer sacudia su inercia, y vacilaba en su asiento, como la sonámbula á quien el magnetizador despierta y llama. Pero el despertar fué horrible. Echó atrás la cabeza, como si quisiera desasirla del cuerpo; levantó á lo alto los brazos, como si buscara en tanto naufragio algun sobrenatural auxilio; irguióse, creciendo de una manera desmedida, como la serpiente que se ve pisoteada; y lanzó un sollozo tan fuerte, acompañado de un hipo tan horrible, que Antonio se preci-

pitó sobre las puertas para cerrarlas herméticamente á fin de que no trasmitieran aquel indiscreto eco de indecibles dolores, cuya expresion debia ocultarse como un verdadero crímen.

La infeliz no podia contenerse, porque cielo y tierra desaparecian al impulso de su dolor. Una parte considerable de sus cabellos blanqueó por súbita manera. Epiléptico temblor la sacudió de piés á cabeza, moviendo su cuerpo como el huracan mueve al arbusto. Los latidos de su corazon, impresionado por los movimientos del cerebro, podian oirse como la oscilacion de un péndulo en el silencio de la noche. Subian del corazon al cerebro vapores de muerte y bajaban del cerebro al corazon rápidos rayos. Miéntras su cabellera blanqueaba á la helada de la desesperacion, se encendian sus mejillas al rubor y á la vergüenza de los remordimientos. La sangre le golpeaba fuertemente en las arterias, como si estallára en su cuerpo y quisiese abrirse

paso y derramarse por el suelo, á fin de no alimentar el dolor, no alimentando la vida. Los dientes rechinaban con aquel rechinamiento cuyo estridor se sobrepone á todos los ruidos en el infierno. Y al mismo tiempo la bañaba un sudor frio, campañero de su mortal agonía.

Antonio estaba tan fuera de sí como Carolina misma; pero su naturaleza varonil se revelaba en el mayor imperio sobre la expresion de sus emociones. Temblábale visiblemente la nariz; contraíansele las cejas, faltábale la respiracion; pero se movía en todas direcciones para apagar los ecos del sollozar de Carolina, y se mantenia erguido, cuando todos sus nervios trepidaban al empuje eléctrico de todos sus sentimientos. Sólo podia haberse adivinado su dolor en la caida casi involuntaria de los labios y en las furtivas lágrimas que se desprendian de sus ojos, y que se escapaban por una fuerza superior al soberano imperio de su incontrastable voluntad. Así es que Antonio pudo hablar ántes de que ha-

blara Carolina y decir la palabra que verdaderamente flotaba sobre aquella terrible escena, palabra más elocuente que todos los discursos.

—¡Ay de nuestros hijos!

Al sacudimiento de aquella palabra se obró una reaccion en el alma de Carolina, que, sintiéndose comprendida, empezó ya á hablar, aunque con el desórden propio de su estado, y como si poco á poco fuese tocando el abismo insondable donde habia caido.

—¡Qué desgracia!

—Animáos, fortalecéos, señora.

—¡Ánimo! ¡Fortaleza! me dices. Ánimo para morir es lo que necesito.

—Señora...

—No me llames así, porque creo oir acentos de ironía en tu palabra. No llames señora á la infame que ha sido tu manceba.

—Un momento de vértigo, rescatado con una vida entera de penitencia, os lanzó á mis brazos.

—Momento que ha decidido de la eternidad. En aquel minuto de olvido de mí misma, ¡ay! maté á mi esposo, deshonré á mi hijo y engendré esa hija infeliz, á quien debí haber dado muerte en mis entrañas, para que no tuviera la desgracia de conocer esta madre. ¡Oh! ¿Por qué no morirnos los dos en el dia mismo en que latíste, hija mia, en este desgarrado seno? ¿Porqué no renunciamos á la luz que debia abrasarnos como fuego, y á la vida que debia retorcernos en tantos tormentos?

—Delirais, Carolina.

—¿Deliro? No, no.

—Volved en vos, volved, señora.

—Delirio mayor que todos estos hechos no puede darse, no puede comprenderse.

—En verdad, murmuró Antonio.

—Cuando el castigo caia solamente sobre mí, yo lo aceptaba resignada. Mia era la falta; mia tambien la pena.

—Comprendo. Ahora los castigados son...

—Antonio, los inocentes.

—Es verdad. Cielo implacable, ¿qué culpa tienen ellos de nuestra culpa?

—Calla. No blasfemes. No culpes al cielo, que tantas advertencias nos dirige, que tantos avisos nos da, y que lo hace todo en nuestro favor, ménos suprimir ese albedrío, por el cual son nuestras las culpas, como nuestras las virtudes.

—¡Haberse los dos seres visto cuando yo los creia separados por toda la eternidad, y haber sentido el uno por el otro semejante pasion, pura ayer como la inocencia, y que desde este momento sería un crímen!

—Antonio, Antonio. No te contentaste con deshacer un matrimonio que Dios habia hecho. No te contentaste con perder á una desgraciada que habia permanecido pura durante toda su existencia. No te contentaste con imprimir en tu hija la marca que revelaba á todos los ojos su origen y mi deshonra. Viniste como un ladron

en noche nefasta, á robarme una criatura que necesitaba del pecho y del amor de su madre. La separaste de mi regazo, donde la habia puesto en su divina prevision la Providencia. Y los que á mi lado hubieran crecido, como hermanos que eran, queriéndose con el casto afecto que inspiran la naturaleza y el trato, y que santifica el hogar, se aman ahora como amantes, con toda la exaltacion de tal pasion, con todo el ardor de los sentidos.

—Y no podeis imaginaros cómo Elena ama á Ricardo. Cuando está presente, segun todos me han contado, su amor es un arrobamiento, un éxtasis. Cuando está ausente, no aparta los ojos de su retrato, no deja de leer ni un minuto la carta que diariamente le dirige. ¿Cómo decirlo ahora que esa pasion debe tener otra naturaleza diversa? ¿Cómo decirle que no pueden unirse? ¿Cómo decirle que élla debe amar á otro hombre, y que él debe amar á otra mujer? ¿Cómo arrancarles á sus ilusiones sin que la vida de

ambos se quede entre nuestras manos? ¿Cómo consentir que continúen ni un momento amores cuya existencia ofende á las leyes divinas y humas? ¡Oh! Yo pierdo la razon. La conciencia se me escapa del cerebro, y me asalta una verdadera locura. Y al separarles, no habrá más remedio que decirles claramente la causa de su separacion. Y al decirles la causa de su separacion, no habrá más remedio que revelarles la infame culpa de sus padres. Y los que debian bendecirnos ¡ay! nos maldecirán. Y los que debian amarnos ¡ay! nos odiarán. Y nuestra falta será la desgracia de esos hijos inocentes que arrastrarian una vida venenosa y mortal, porque en vez de haber tenido la luz de la virtud sobre su cuna, tuvieron la sombra del pecado.

—Antonio, Antonio, ¿te acuerdas cuántas veces en la porfía y combate de la pasion te dije lo que habia de sucederme? ¿Te acuerdas cómo resistió mi voluntad á los asaltos de la pasion y

mi sentimiento á los halagos de tu fantasía? ¿Te acuerdas cómo te dije que un momento de ceguera tendria una eternidad de dolores? Te acuerdas cómo pedí, cómo rogué, cómo insté á tu corazon, para que de esta infeliz te compadecieras? Ahora estamos en el fondo de aquella inmensa desventura, que la palabra de Dios mismo me anunciaba, y me advertia con la voz inestinguible de la conciencia. Dos seres inocentes, que debian haber crecido bajo el ala de mi corazon, se ven separados por el oleaje de estas pasiones. ¡Hermanos, engendrados en las mismas entrañas, no se han visto jamás, ni el uno sabe la existencia del otro! Sienten una pasion desdichada, que no puede satisfacerse á los ojos de Dios, ni legitimarse á los ojos de la sociedad. Y no hay medio alguno, que no se tome por un capricho nuestro, capaz de atajarlos en el amor que sienten, honrado y digno amor, cuya criminal naturaleza desconocen.

—¡Oh! Cuanto más se reflexiona sobre este

horrible caso, más criminal me considero á mis propios ojos, y más claro veo como la falta recae sobre los seres que tienen la más completa inocencia.

—Y yo conozco á Ricardo.

—Y yo á Elena.

—Y Ricardo que amó tarde, muy tarde, dado el país de su nacimiento, la raza de su madre, ama con una intensidad, en la cual se contiene y se resume toda su existencia.

—Y Elena, que ama por la vez primera, cree este amor la única pasion posible de su vida.

—No lo dudo, me obedecerá.

—Y Elena á mí.

—Pero al obedecerme, reconcentrará todo su amor dentro de sí mismo.

—E igualmente su desdichada hermana.

—Y este amor reconcentrado y no satisfecho lo matará.

—Tambien matará á Elena una contradiccion que no podrá comprender.

—Y habremos sido nosotros mismos los verdugos de nuestros hijos.

—Y en vez del sér les habremos dado el no sér. Y en vez de conservarlos para la sociedad y para la naturaleza, los habremos precipitado con nuestras propias manos en el sepulcro.

—Pasion horrible la tuya, que ha envenenado nuestra existencia y que ha herido á nuestros hijos.

—Horrible posicion la vuestra, señora, que enlazándoos con un hombre, por quien sólo teniais una afectuosa amistad, os condenó á convertir la más creadora y más santa de todas las pasiones, á cuyo influjo no podia eximirse alma tan grande como la vuestra, en verdadero crímen.

—Pero el sentimiento del deber, la afectuosa amistad á mi marido, la separacion del mundo, la ignorancia de más vivos afectos, habíanme dado como una segunda naturaleza, que compenetraba todo mi sér, y que se confundia con

toda mi existencia. De haberme dejado en aquella soledad no cayera yo tristemente, y pasara mi vida como esos cielos serenos, en los cuales jamás las tempestades se condensan.—¿Por qué viniste con tu extraña presencia y con tu tormentoso amor á turbar tanta dicha, á perderme para siempre, á deshonrar á mis hijos, á matar á mi esposo, á ser el infierno de mi vida?

—Mirad, Carolina, como no sabemos por qué misterio se juntan los átomos, no sabemos por qué afinidad secreta se encuentran las almas. Yo, nacido bajo las palmas reales de Cuba, llegué á las orillas del Mississipí, triste suerte, por haber salido una carta en vez de salir otra. Si los puntos fueran distintos, si en lugar de oros, saltaran copas; si viniera un rey cuando vino, por ejemplo, un caballo; me quedo yo en la hacienda de mis amos, mejor dicho, de mis amigos, y no voy á turbar la paz de vuestra casa. Pero educado en sentimientos y en ideas muy superiores á mi cuna y á mi

suerte, miré al sol de hito en hito, como esas aves capaces de llegar á las altísimas regiones, donde sólo ellas pueden respirar y sostenerse. El amor se apoderó de mí, amor exaltadísimo, por lo mismo que se veia malherido por el desprecio. Y este amor, que prendió en mi alma, se comunicó á la vuestra por misterios iguales á la comunicacion de la luz y del calor, desde estrella á estrella, en la inmensidad del espacio. La soledad del campo, la separacion de vuestro esposo, la insistencia de mi exaltado afecto, las inclinaciones incontrastables que os arrastraban hácia mí, los miles de accidentes sobrevenidos para acercarnos, mis pocos años, y mis muchos ímpetus, todo nos precipitó al uno en brazos del otro, confundiéndonos en aquel amor, que inspirado por las inspiraciones de la naturaleza, se habia convertido en verdadero crímen por las leyes arbitrarias de la sociedad.

—No arbitrarias, justísimas. Yo era de mi esposo, y tú me robaste á sus brazos, y me per-

diste. Si todos los deseos inspirados por la naturaleza debieran satisfacerse, diríamos que el robo era una necesidad impuesta por las legítimas fuerzas del Universo, contrariada solamente por las leyes arbitrarias de la sociedad. No: pasion criminal la vuestra, que no debió ni pensar en mí, separada de vuestros brazos por leyes morales y leyes religiosas, tan fuertes y tan respetables como las leyes mismas de la naturaleza.

—Criminal, como querais, Carolina; criminal, pero verdadera. Mi impetuosa naturaleza africana; la sangre hirviente que corre por estas venas, más enrojecida al sol de los trópicos; este corazon, donde batallan tantas pasiones arremolinadas como verdaderos huracanes, ni ántes ni despues de haberos visto sintió ninguna pasion. Os amé con amor tan exclusivo, que para mí no ha existido otra mujer en la tierra. Yo he andado por todo el mundo, yo he visto las grandes ciudades de Europa, y ni una sola

vez he pensado en que ninguna otra mujer ocupara en mi corazon y en mi memoria el lugar ocupado por la mujer á quien amo con toda mi alma. Su recuerdo eterno, inmóvil, fijo siempre en los horizontes de la conciencia, ha guiado toda mi vida, sin que padeciese eclipse ni tocara en el ocaso. Mucho he sufrido tendiendo los brazos, y encontrando solamente á mi lado la vana sombra de un amor ausente; pero clavaba mi dolor hasta las entrañas, sin compasion y sin misericordia, como buscando el placer de sentir por ella, aunque sintiera angustias de muerte. Decidme luégo que fué un capricho fugaz, una voluntariedad pasajera, algo como la inconstancia de los vientos, esta pasion que, nacida un dia sin esperanza, que atormentada por tantos abismos como de su necesaria satisfaccion me separaban, que satisfecha de modo propio á exacerbar su sed, se ha mantenido veinte años tan viva como el primer dia, resistiendo al tiempo que apaga hasta los soles, y

quedando tan unida conmigo mismo, que por fuerza ha de ser como el rescoldo de mi vida, y ha de quedar con su calor inestinguible hasta en el frio de mis huesos tras la muerte.

—¡Me amabas tanto, y me arrebataste á mi hija!

—Este fué el único acto egoista de mi vida. Pero os lo confieso, me era imposible vivir sin ella. Vacilé entre robar la angelical criatura que me pertenecia ó suicidarme. Y decidí robarla; sus ojos mantuvieron por atraccion misteriosa este esqueleto en el mundo. Pero os engañaria, engañaria á Dios, que nos escucha, si os ocultase que todo cuanto más en ella amaba mi corazon era vuestro recuerdo, el reflejo de esa alma en su frente, la reverberacion de la luz de vuestros ojos en sus ojos, la imágen viva de vuestro amor, consuelo único dable á mi tristeza y á mi desdicha. La robé, porque robaba en ella un pedazo de vuestro sér y una parte de

vuestra alma. Sólo así hubiera podido llegar á este momento supremo de la vida.

—¿Para qué? Antonio, ¿para qué? Para encontrarte ahora con una pena más acerba que todas las antiguas penas juntas. Imposible sustraerse á los castigos de la justicia de Dios. Aunque desciendas al centro de la tierra, te persigue su certera mirada, que no descubres en ninguna parte, y que en todas se halla fija. Aunque atravieses lo infinito, y te destierres en el más apartado astro, allí te encontrarás con su presencia. Aunque caves la sepultura más honda y dejes en su tenebroso seno los frios huesos, miéntras una centella de tu conciencia esté en ellos, aunque sea tan ténue como las últimas partículas del fósforo, allí estará el remordimiento. Nos habíamos separado despues del delito que trajo sobre todos un diluvio de lágrimas. Nada sabíamos ni yo de tí, ni tú de nosotros. Mi hija no se apartaba un momento de mi memoria, mas ya me habia resignado triste-

mente á no volverla á ver jamás. Todo parecia concluido entre nosotros. Nuestro sacrificio estaba consumado; nuestro castigo cumplido. Sólo teníamos que aguardar la muerte. Y de pronto, en este planeta tan grande, cuando parecíamos separados por los mares y por los continentes, se encuentran nuestros hijos, y caen para su castigo y el nuestro, como si el crímen sólo pudiera engendrar crímenes, en pasion nefasta, que no vamos á poder conjurar sino á costa de su felicidad ó de su existencia.

—¿Por qué criarnos tan desgraciados? El amor que en todos los seres revela el regocijo universal es en nosotros la pena más acerba. La paternidad que en todos aparece como un sacerdocio, en nosotros aparece como un ministerio digno del verdugo. La sombra letal que esparcimos se extiende hasta los inocentes corazones de nuestros hijos y los seca. ¿Por qué, por qué somos tan desgraciados? La vida no ha sido para nosotros más que un tormento contínuo. El

mundo no ha sido más que el potro donde se ha consumado ese tormento sin término y sin tregua. Por todas partes nos han circuido las amarguras, y el cielo para todos tan piadoso no ha hecho más que sumerginos cada vez con mayor crueldad en nuestro náufrago.

—¡Oh! Antonio! Te quejas, y no adviertes cuán triste es mi situacion; más grave y más mortal todavía que la tuya. Desde que te he visto, sólo deseo una cosa en este mundo, ver á mi hija, cubrir de besos su rostro, ahogarla entre mis brazos, consumirla en el amor de madre que calcina mis huesos. Una breve distancia la separa de mí. Algunas puertas y algunos pasos bastarian para juntarnos. Mis entrañas saltan como si aún la llevaran en su seno. Al acercarme á cualquiera de estos objetos que ella ha tocado, siento un escalofrio indecible, correr por mis huesos agitadísimos. Mis ojos se abren involuntariamente á ver si descubren su imágen, y esa imágen se parece á la que llevo

grabada en mi corazon. Una fuerza me arrastra hácia ella, y sin embargo, me contengo, inerte como la piedra fria, por temor de revelarle el secreto de su nacimiento en la exaltacion de mis dolores, revelándole tambien la verdad desnuda sobre su triste desgracia. Yo quisiera verla aunque me muriese en seguida. Pero no quisiera verla para matarla. Y sin embargo, hija de mi amor, hija de mis entrañas, tu madre que debiera haber libado todas las flores de la vida para ofrecerte su miel, sólo puede darte un veneno que te aniquile. ¡Oh! No la maldigas. No la maldigas. Si un mar de lágrimas pudiera lavar la más mínima de nuestras culpas, ya estaria mi alma limpia como en el dia primero de su aparicion llena de inocencia, sobre esta vida llena de crímenes. Si el dolor pudiera rehabilitarnos, ya estaria yo con mis contínuas maceraciones rehabilitada, y sería digna de habitar entre los bienaventurados del cielo. Pero no habiendo podido rescatarme á

mis propios ojos, mal podria rescatarme á los ojos de Dios. Su justicia no está satisfecha aún, puesto que nos condena á esta nueva prueba. ¡Cómo contemplaria yo tus ojos! ¡Con qué placer te estrecharia contra este seno que te ha engendrado! Déjamela ver, Antonio; déjamela ver un momento, aunque me muera de placer y de pena al mismo tiempo, aunque la ahogue entre mis brazos y la asfixie quitándola con mis besos el aire que respira. Descúbreme, por piedad, á mi hija.

—¿Habeis pensado, Carolina, la angustiosa situacion en que nos encontramos? ¿Habeis recapacitado los medios que nos quedan para conjurarla? Antepongamos á todas las satisfacciones la salvacion de nuestros hijos, que hemos perdido involuntariamente, pero que hemos perdido sin remedio.

—Antonio, ¿ni siquiera la satisfaccion de verla y de abrazarla?

—Pero, Carolina, ¿os creeis capaz de dominaros?

—Yo no sé.

—¿Os creeis capaz de mostrar hácia ella la comedida distincion con que debe una suegra tratar á su futura nuera?

—Lo dudo mucho.

—Pues entónces, ¿qué deseais?

—Verla.

—¿Y revelarla su orígen?

—¡Oh! No.

—¿Y pregonar la deshonra de su madre?

—No, no.

—¿Y perderla ante una sociedad como esta?

—Dios me libre.

—¿Y entregarla á las murmuraciones de todos?

—¡Antonio!

—¿Y hacerla tan desgraciada como su madre?

—¡Por piedad!

—¿Y dificultar, imposibilitar que, curada esta pasion imposible por Ricardo, tenga ma-

ñana un marido que la adore con hijos que la béndigan?

—Yo pongo sobre todas las cosas la felicidad de mi hija.

—Pero no sobre la satisfaccion de hacerla comprender que sois su madre, aunque tal revelacion súbita pudiera en estos momentos, sin las debidas precauciones, herir en mitad del corazon á vuestro hijo, matar de un soplo á vuestra hija, deshonraros á vos misma, perdernos á todos.

—¡Si te asomaras á mi corazon y vieras su sentimiento....!

—Decíaisme hace poco, y no sin fundamento, que el haber anegado la razon y la conciencia en la ciega sensibilidad, nos ha perdido. Mil veces me habeis hablado de que un momento ha decidido en nosotros de la eternidad.

—Verdaderamente.

—Pues ahora hay que refrenarse. Hay que someter ese corazon ciego á la límpida concien-

cia. Hay que salvar á nuestros hijos. Miradlos en la flor de la juventud, en el zénit de la felicidad, en el colmo de la fortuna, hermosos y robustos, adorados por cuantos los conocen, dotados con las prendas más preciadas de corazon y de inteligencia, sumergidos en el tormentoso oleaje, y ahogándose materialmente. No sois su madre, si os lanzais para hundirlos más en el abismo, ántes de buscar todos los medios de salvarlos. Se necesita la calma, el cálculo, la posesion de nosotros mismos, para arbitrar el medio más seguro de separarlos, sin que esta separacion les cueste la vida. No hay otro remedio sino decir que de esta entrevista ha salido roto el casamiento. No hay más remedio que arrancarles toda esperanza. No hay más remedio que hacerles comprender inmediatamente la imposibilidad de su matrimonio. No hay más remedio que separarlos, partiéndonos de aquí nosotros mañana mismo, sin que nadie sepa nuestro paradero. Si imprevistas circunstan-

cias; si la aparicion de los incidentes de este malhadado amor; si mil casos incalculables sobrevinieran al fin, á quien podríais vos misma, señora, revelar el secreto de vuestra negativa sería á Ricardo, más propio para comprenderlo y excusarlo que nuestra pobre hija. De suerte, que apercibámonos á salvarlos. No pensemos en otra cosa. Ya que los hemos perdido, sean nuestros corazones su puerto, y procedamos de manera que no aumentemos sus desdichas y nuestros remordimientos.

—Es verdad. Razonas ahora friamente. Ves los hechos bajo todos sus aspectos, como un astrónomo que examina los astros. Ves tu corazon como un filósofo que estudia los humanos sentimientos. Puedes muy bien contenerte con la reflexion, y dirigirte por virtud del impulso de tu propia conciencia. Pero si la pasion te inspira, si el arrebato de cualquiera de tus afectos te mueve, sueles cegarte tambien, y no reposas hasta haber satisfecho tu imperioso deseo que

te arrastra como un torrente. Quisiste tener contigo á tu hija y no pensaste en el resultado que pudiera traer la satisfaccion de ese deseo. Me la arrebataste á mí, á su madre, condenándome al extremo de no poder verla y de tener necesidad de recordarla, como quien recuerda un crímen, con remordimiento. ¿No pensaste en el castigo que podia caer sobre esta falta? ¿No pensaste que hermanos, nacidos en mi seno, criados en mi regazo, amándose con la casta fraternidad que inspiran la sangre, el hogar, el trato, podrian, separados por la distancia, ignorado cada cual del otro, encontrarse en el mundo y quererse como verdaderos amantes? Te lanzaste sobre la cuna de mi hija como el tigre sobre la presa. Me la arrebataste, como la hubiera arrebatado cualquier máquina, sin curarte de mí, sin atender á mis súplicas y mis lloros, cruel, implacable. Y ahora, cuando tocas las consecuencias de aquel hecho, en nuestro mútuo dolor y en la

comun desgracia de nuestros hijos, recojes las fuerzas de tu entendimiento y examinas los recuerdos con la fria serenidad de un médico. Pero yo, Antonio, no puedo razonar así. Contrariada largos años, mi corazon estalla de impaciencia. Necesito ver á mi hija, á la que he llevado nueve meses en mis entrañas, á la que he nutrido con mi vida, á la que es corazon de mi corazon, alma de mi alma. No me conozco, cuando al verte, no he salido desalada por esos salones y no me he lanzado en sus brazos para morir de alegría al volverla á ver. Me contengo, me domino, contrarío con una voluntad poderosísima mis instintos que me llevan á buscarla y saciar la sed infinita que tienen mis labios de sus besos, y todavía me aconsejas una imposible prudencia. Tú eres padre y la amas mucho. Pero ¿puedes, por ventura, saber, ni presentir, ni adivinar, ni imaginar siquiera cómo en este mundo ama el corazon de una madre?

—Carolina, vuelvo á recordaros que nos ha perdido sobreponer las sombras de nuestras pasiones al esplendor clarísimo de la conciencia. Vuelvo á recordaros que hemos oido el sentimiento y desoido la razon. El extremo dolor ó el extremo placer nos han dado raptos de locura, pasajeros sí, pero de locura al cabo. Diríase que teníamos dos almas, una mezclada al vil barro de la materia, una residente en el corazon ó en el hígado, diluida en la hiel ó en la sangre, y otra serena, tranquila, resplandeciendo en la frente, agarrada al cerebro, diluida en las ideas y en los pensamientos, pero ambas en guerra como dos especies enemigas que intentaran perderse mútuamente y aniquilarse. Hemos sido los esclavos sumisos de un deseo soberano é imperante. Bien es verdad que este deseo resultaba el más vivo de los deseos humanos, el amor, al cual se mezcla la admiracion por la persona amada, el anhelo de estar perpétuamente á su lado, la envidia á los objetos que

la cercan, los celos de los seres que pudieran amarla ó recibir su amor, el miedo de perderla, la tristeza por sus ausencias, la esperanza de unirse á ella, la alegría de volver á verla otra vez, la desesperacion por que tarda, y hasta las múltiples aspiraciones al eterno descanso, si estamos seguros de dormir á su lado por toda una eternidad el sueño de la muerte. Pero es indudable que podemos y debemos dominar todas las pasiones; primero porque la conciencia nos ilumina para distinguir las dañosas de las buenas, y despues, porque la voluntad consigue dominarlas todas. ¿Qué alcanzaríamos ahora con revelar á los demás nuestra culpa? La desgracia de nuestros hijos, vuestro peshonor, el arrebato mio llevándome hasta arrancaros de las manos una hija á quien solamente os podiais preservar de mil desgracias; toda esta série de males que jamás nos podrá inspirar el arrepentimiento necesario que exigen. Volved en vos, señora. Mayor será vuestra pasion de madre, si

logra dominarse hasta el punto de salvar á su hija, que si al primer impulso de un movimiento irreflexivo cede y cae. Pensad, señora, en que no teneis derecho á recrudecer y agravar la desgracia de vuestros hijos. Pensad en la triste suerte que podeis reservarles. Pensad, señora, pensad cómo la ceguera conduce al abismo.....

. . . .

. . . .

Cuando más exaltadamente hablaba de todas estas cosas Antonio, suenan pasos levísimos, el crujir de un traje de mujer, el llamar á la puerta con los nudos de mano delicada y el eco de una voz angelical, que á través de las cortinas, se queja de tanta tardanza en acabar la conversacion, y pregunta si algo extraordinario ha sucedido. Antonio comprende que aquella imprudencia temeraria de su hija puede traer algun estallido de la pasion de Carolina, y se interpone, á fin de cortarle á ésta el paso, y de impedir una súbita entrevista. Pero Carolina,

que ha adivinado de quién era aquella voz, que ha sentido un vuelco indescriptible en el corazon, que ha experimentado una especie de vértigo, perdiendo hasta la luz misma de sus ojos; salta como si volara, arroja á un lado el obstáculo opuesto por las fuerzas de Antonio, levanta la cortina con verdadero arrebato, abre la puerta, y coge entre sus brazos á Elena, y la estrecha y la llena de besos, y la mira y la remira mil veces, y le dice todas las palabras incoherentes, pero expresivas, que puede inspirar una pasion de madre largo tiempo contenida ó contrariada, y en aquel momento, por un milagro del cielo, satisfecha. Era necesario, para sentir y comprender la inmensa felicidad traida al corazon de Carolina por el súbito olvido de todo cuanto no fuera su hija, haberla visto momentos ántes y verla en aquel momento supremo. Su paso tardo tomó una ligereza indecible, como si acabara de sacudir toda la gravedad de las antiguas penas; su esférica cabeza se irguió de la

misma suerte que esas flores marchitas, cuya corola reaniman algunos besos del aire ó algunas gotas de la lluvia; estallaron en su pecho gritos tales que llenaban aquel recinto con ecos parecidos al gorjeo de las avecillas cuando vuelven á sus nidos, y los encuentran llenos de los polluelos que acaban de romper los cendales de la cáscara donde estaban recluidos, y aletean regocijados al primer sentimiento y á la primera aparicion de la vida; su rostro sombrío tomó una expresion de felicidad bienaventurada, como solamente podria pintar un artista místico; largos hilos de lágrimas cayeron por sus mejillas, pero desprendidos de unos ojos que brillaban con alegría celeste y en arrobamiento, para cuya expresion ni se encuentran ni se encontrarán palabras en el lenguaje, como que, saliéndose de lo humano, parecen llegar á esas esferas calificadas en todos tiempos y por todos los pueblos de verdaderamente sobrenaturales, sobrehumanas y cuasi divinas. Elena,

al pronto, se extrañó muchísimo de aquella explosion inesperada. Así, abrió los ojos, arqueó las cejas, contuvo la respiracion, como todo aquel que se sorprende ó que se extraña. Pero apénas sentido este primer impulso, sintió otros no ménos fuertes de corresponder á tantas caricias, nacidos del inmenso cariño que aquella mujer le inspiraba de repente por un misterio, al cual no daba otra explicacion sino el amor mismo sentido hácia Ricardo. Hija mia, hija de mi corazon; decia Carolina. ¡Qué hermosa! Déjame que te dé un millon de besos. Déjame que te ahogue entre mis brazos. Déjame que te mire una y mil veces. Corazon mio, alma mia, ídolo mio, espejo de mis ojos, amor de mis entrañas, hija, hija mia. Tú debias adivinar este cariño; debias esperarlo. No me cansara, aunque te tuviera así toda una eternidad. ¡Qué crecida! ¡Hermoso talle, airosísimo porte! Tu mirada deslumbra. ¡Oh! Cómo te pareces á los tuyos! Bebo tu aliento. Me acojo á la sombra de

tus pestañas. Quiero vivir á tu lado. Ya nadie podrá separarme de tí en el mundo. Ya estarás siempre conmigo. Habitaremos bajo el mismo techo. Rezaremos todos los dias, para dar gracias á Dios por haberte criado tan hermosa. Mis manos, ya trémulas, se apoyarán sobre tus hombros. Mis ojos, gastados de llorar, se dejarán guiar por tu mirada. Mi oracion, que no llegaba al cielo, llegará si le pones las alas necesarias con tus religiosas oraciones. Idolo de mi corazon, alma de mi alma, estrella mia, lucero de los luceros. Pónme la mano esta sobre el corazon, y sentirás que hace veinte años no ha latido como late ahora. Y es porque estoy contigo. Que vengan á arrebatarme ahora á mi hija...

Antonio, comprendiendo que la alegría de haber encontrado aquel pedazo de su corazon y de sus entrañas trastornaba á Carolina hasta el extremo de ponerla en completo olvido de toda la temeridad que encerraban sus palabras, y de

todas las revelaciones que podrian desprenderse de su exaltada efusion, se interpuso entre madre é hija para separarlas y cortar é interrumpir aquella peligrosísima escena. ¡Imposible decir cuánto sufrió el infeliz en estos breves momentos! Un sonrojo encendidísimo le subió al rostro y á la frente. Su primer impulso fué huir, ocultarse; impulso que obedeciera á no ser por el temor á mayores males, ocasionados por su fuga. De todos modos, apartaba su vista de la vista de Elena, que parecia como interrogarle. Sus grandes ojos pestañeaban rapidísimamente, cual si obedecieran al relampagueo interior de sus ideas. Ya se ponia pálido como la muerte, ya rojo como la grana. Ora sentia un desvanecimiento parecido al vértigo; ora una nube de sangre que pasaba tempestuosa por sus retinas. La posesion de sí mismo, á que estaba tan acostumbrado, le faltó por completo, lo mismo que el dominio de la palabra, interrumpida á cada sílaba por un extraño balbuceo,

que le daba aires de tartamudo. Los músculos de su faz se contraian y se dilataban con rapidez, equivalente al pestañeo de sus párpados. Y cada una de las palabras pronunciadas por Carolina resaltaba en sus oidos como terrible acusacion, y todas estas acusaciones le reconvenian con voces tan aterradoras que le llenaban de espanto. Mas en tal confusion, si perdió por algunos minutos el dominio de sí mismo, no lo perdió por completo. Cuando los dichos y frases que su loca alegría inspiraba á Carolina, podian llegar á la revelacion suprema, separó con fuerza, diciendo solemnemente á Elena:

—Vé, hija mia, vé donde están tus padrinos y tu tio; vé, y diles á todos la cariñosa, la entusiasta, la indescriptible acogida que has merecido á tu futura suegra, la cual te saluda, te acaricia, te ama como madre á una verdadera hija.

Y cogiendo de la mano á Elena, y lanzando una mirada henchida de amargas reconvenciones á Carolina, salió fuera de la estancia con

aire á la verdad bien sombrío. Carolina cayó de nuevo desde aquella expansion natural, tras largos años empleados en reprimirse inútilmente, cayó abatida y postrada en brazos de la realidad, tan fria como la muerte, y precipitándose en el sofá, bajo la reaccion de los nuevos sentimientos suscitados por aquel brusco cambio, lloró con amarguísima amargura. En cambio Elena, seducida por las apariencias, engañada por las palabras de su padre y por los deseos de su propio corazon, incapaz de comprender cuánto querian decir las caricias exaltadísimas de Carolina, aunque algo extrañada de aquel súbito amor nacido en su madre política, y algo confusa con sus inexplicables palabras, recogió de todo aquello lo más apropiado á su deseo, y notificó á todos en general, pero muy especialmente á Ricardo, que el matrimonio era cosa arreglada y que su padre le habia presentado ya á Carolina con el título de madre; noticia de todos celebrada, porque todos deseaban por igual aquella afortunada boda.

CAPÍTULO X.

LAS CONTRARIEDADES.

—Pero, Elena, decia el marqués al dia siguiente de la entrevista historiada en el capítulo anterior; ¿vas á perder el brillo de tus ojos con ese llanto perenne?

—¿Quiere V. que esté contenta? Creia decidida mi suerte; clavada la rueda de mi fortuna. El casamiento con Ricardo, deseo único de mi vida, parecia pendiente de una ceremoniosa entrevista. Mi padre consentia de antemano; la madre de Ricardo tambien. Al verse nada debian decidir, puesto que todo estaba préviamente convenido y arreglado. Entran en el salon prin-

cipal y quedamos apercibidos esperando el instante en que iban á llamarnos. Pasa una hora, otra hora, y miéntras su entrevista no acaba, empieza nuestra impaciencia. Entónces convenimos todos en que llame yo la atencion de mi padre sobre esta tardanza y me entere del motivo que la causa. Voy, llego, me acerco, llamo; y apénas he llamado, cuando la madre de mi novio sale como desesperada, me coje fuertemente, me mira con verdaderos trasportes, me abraza con efusion, me besa con delirio, me llama mil veces su hija idolatrada, extremos explicados por mi padre con la única razon que podia verdaderamente explicarlos; con el placer sentido por la que iba á ser mi suegra al encontrar la jóven destinada á hacer en el mundo la felicidad de su hijo. Vuelvo, encuentro aquí la familia reunida, cuento lo ocurrido y les anuncio cómo la madre de Ricardo me ha llamado hija y mi padre me ha dicho que estaba próximo el deseado enlace. Vuestro regocijo no tuvo lí-

mites, y solamente era comparable al que yo sentia. Aguardamos algunos instantes en la seguridad de recibir la primera bendicion necesaria á nuestra felicidad; y nos encontramos con un recado mandándome ir al dormitorio de mi padre por haberse puesto malo y mandando á Ricardo ir al coche en busca de su madre por volverse á casa. En cuanto llegué á la estancia, ví que mi padre era presa de una horrible calentura. En cuanto llegó Ricardo al coche, se encontró con que su madre era presa de un profundo desmayo. Esta es la hora en que no he podido dejar á mi padre sino algunos momentos en que, tras un delirio espantoso, duerme algunos instantes, aunque atormentado de pesadillas. Y esta es la hora en que Ricardo aún no ha dejado á su madre, porque tras un desmayo le sobreviene otro desmayo. ¿Quiere V. cosa más triste?

—No, triste no, extraña. Hasta cierto punto divertida por sus incidencias; de todos modos

inexplicable en sus motivos. Esos dos padres parecen dos locos. Tienen hija é hijo pintiparados para un excelente matrimonio; el muchacho buen mozo, la muchacha hermosísima; ambos jóvenes, apasionados, ricos. Y en vez de agarrarse á esta coyuntura como á un puerto de salud y de refugio, lo retardan, lo impiden, lo imposibilitan tristemente con escrúpulos de monja, con escenas de melodramas, con ridiculeces incomprensibles. Chica: errar ó quitar el banco. Yo, si fuera de vosotros dos, diria: ó nos casais, ó teneis que prepararlo, á él para misa cantano, á mí para un mongío. En mi tiempo, los padres que no querian casar á sus hijos, les daban un beneficio, les ponian la beca del seminario más próximo, les obligaban á cantar misa. Aún recuerdo la bandera blanca en la torre de nuestra aldea cuando cantó misa un primo mio, y los recentales, y los tostones, y los bizcochos, y las empanadas que nos regalaron nuestros amigos y convecinos con tan fausto motivo para

una comida digna del buen Camacho, y cuyos varios vinillos hicieron hablar al predicador en la sobremesa más de lo que por iluminacion del Espíritu Santo habia hablado en el púlpito. Las muchachas á quienes impedian casarse, las encerraban en los conventos, las metian á esposas de Cristo, privándolas de toda relacion con el mundo. Me parece que estoy viendo á mi prima Prisca con su traje de color de yema, adornado de redes y madroños verdes; con su pañuelo de Manila, más florido que Mayo; con su mantilla de blonda, más blanca que la espuma; con más collares que un platero, más brazaletes que una maga, más plumas que un pájaro, más piedras que un relicario, más coloretes que un cuadro, despojándose de todas aquellas galas y reduciendo su persona á las cuatro paredes de un convento, donde podia asegurarse que la habian enterrado viva.

Cuando estaba el buen marqués de la Tafalera en esta parte de su peroracion, aparece pálido,

desceñido, preocupado como quien acaba de sufrir una gran desgracia, el bueno de Ricardo. Elena, al verlo llegar así, le creyó enfermo, quizás herido, y corrió como á socorrerlo y á curarlo. En efecto, apénas respiraba. Sus ojos tenian singular extravío. Temblaban sus manos como si estuvieran azogadas. Y los espasmos de un grande escalofrio corrian por todo su cuerpo. Sin embargo, al ver á Elena, pareció serenarse un poco, y fijó en ella una mirada de supremo amor.

— Ricardo, ¿qué ha sucedido?

— Elena, despues de sus desmayos me ha llamado mi madre y me ha dicho con grandes angustias, entre sollozos y ataques de nervios, que precisa renunciar para siempre á nuestro enlace.

—¡Ricardo! exclamó Elena cubriéndose el rostro con las manos y sin poder proferir ninguna otra palabra porque los sollozos le cortaban la respiracion y le anudaban la voz en la garganta.

—¿Qué dices? preguntó el marqués maravillado de tan extraña salida.

—Ya lo ha oido V., marqués. Lo que imaginábamos principio de nuestra dicha, ha pasado á principio de nuestra desdicha. Los padres, á quienes creíamos halagar con nuestro matrimonio, han debido tener una entrevista terrible cuyo secreto nadie puede penetrar, y uno y otro están malos, y uno y otro demuestran que la enfermedad proviene de la violencia de sus sentimientos y del choque eléctrico de sus ideas.

—Estoy para volverme loco, mi querido Ricardo. En los largos años que llevo de vida, no he visto ni creo tornar á ver cosa como ésta. Cuidado que un veterano de la corte de Cárlos IV debe estar acostumbrado á historias, comedias, tragedias y sainetes. Pues no recuerdo un paso semejante; y si me apuras, creo no haberlo jamás leido ni en la novela más inverosímil. Dos jóvenes como vosotros, galan incomparable, muchacha divina, se acercan por sus

propias inspiraciones y por las leyes de la naturaleza y la voz del mundo entero á una felicidad completa, y les corta el paso la negativa de sus padres, que ni se conocen ni se han visto nunca, ni quieren revelar la causa de su disentimiento, pues supongo que nada habrá dicho mamá.

—Nada. Estaba de tal suerte, que nunca la ví tan demudada. Tendida en su lecho, parecia una estátua yacente. La color tomaba una blancura tal, como si no corriese por sus venas ni una gota de sangre. El cabello le caia en desórden sobre los hombros y las espaldas. Afiladas las manos y flacas, á guisa de las extremidades de un cadáver, se movian como si quisieran asir algun objeto. Sus ojos me miraban con una expresion de dolor que no he sorprendido nunca en su dolorida vista. Y sacando una voz cavernosa de su pecho destrozado, díjome con aire de misterio: Hijo mio, no pienses en esa boda. Es imposible. Y volvió á caer en un nuevo síncope,

sin darme ninguna explicacion y sin añadir una sola palabra.

—¡Dios mio, exclamó Elena levantando los brazos al cielo: Dios mio, ¡qué dolor! Hace tres dias era la mujer más feliz del mundo, y hoy me siento la más desgraciada. Y no puedo adivinar la causa de mi desgracia; no puedo comprenderla para tratar de remediarla.

—Vamos, si todo esto continúa así, vais á moriros, dijo el marqués.

—Y no tendrá remedio. El corazon se me parte en mil pedazos, añadió Elena.

—Pues sería una gracia que á esa edad, con tanta vida, cuando comenzais á entrar en el mundo, teniendo que dar tantos hijos útiles á la humanidad y á la patria, por un capricho de vuestros misteriosos padres, vayais á contrariar los mandatos de Dios. Casaos por encima del gallo de la pasion y del lucero del alba, si os place.

—Pero ¿cómo? preguntó Ricardo.

—Bastante me importaria á mí esa oposicion. Los padres gritan al principio, por cualquier capricho, y en cuanto ven la resolucion de sus hijos, se ablandan y se entregan.

—Me parece difícil conseguir esa blandura de los nuestros, á lo ménos del mio, observó Elena.

—¿Tambien ha querido disuadirte? le preguntó Ricardo.

—No ha dicho una palabra; pero en sus gestos, en sus ademanes, en sus frases entrecortadas, en los apretones de manos, en las miradas de dolor, descubro que algo gravísimo debe decirme, que le mueve anticipadamente á compasion el efecto mismo de sus palabras sobre mi alma.

—¡No hay esperanza ninguna!

Exclamó Ricardo con los ojos fijos en el cielo, como pidiéndole un milagro capaz de conjurar su desgracia.

—¿Cómo que no hay esperanza ninguna? exclamó el marqués. Si os amais, no teneis que

consultar á nadie sino á vuestros corazones. En el sentimiento no impera ni la propia voluntad. Buen caso haría yo de las voluntades ajenas. La patria potestad no es un absoluto derecho de vida y muerte como en otros apartados tiempos. Hoy, el Abraham que cogiese el cuchillo para inmolar á su hijo, siquier mostrase como fiador de tamaño crímen al mismo Padre Eterno, le condenarian á cadena perpétua ó al palo, por tentativa frustrada de parricidio. Pues esos padres vuestros quieren inmolar algo superior á la vida, el órgano de los grandes sentimientos, el corazon. No lo consintais. Sed con ellos deferentes, hasta el extremo último que os permitan vuestras fuerzas. Pero, en llegando á ese extremo, revolveos contra su tiranía y haced vuestra santa voluntad.

—Pero ¿cómo?

Preguntó Ricardo.

—¿Cómo? ¡Que lo pregunte eso un jóven de tus años en esta bendita centuria! Diríase que

te han educado en convento de monjas. Aplica el oido á las palpitaciones de tu corazon, y pregúntale si es verdad ó no tu amor. Si puedes vivir sin tu amada; si lo que llamabas pasion era capricho; si el hervor de tu sangre resultaba tan superficial y tan fugaz como la erupcion cutánea de cualquier niño; si no amabas, á pesar de las infinitas frases con que embellecias ese amor, tema retórico ántes que vida de la vida; véte en buen hora y no vuelvas á mirar á la jóven á quien has herido con una declaracion engañosa, para abandonarla al primer gesto de tu madre, como pudieras abandonar en la infancia cualquier objeto frágil ó precioso, vedado á tus juegos en el momento mismo de echarle mano.

—Señor marqués; la suposicion no más de que mi amor pudiese aparecer como una burla, es injuriosa. Toda la intensidad de pasion que puede caber en el pecho de un jóven, toda cabe en mi pecho enamorado hasta el fanatismo. Mi-

rad; cuanto pueda sonreir á la vida, me sonríe á mí; joventud, riqueza, estimacion universal. Pues nada de esto quiero sin Elona. La privacion de su amor, sería como la privacion del aire para mí. Creedlo; al golpe de semejante desgracia, sobrevendria la muerte.

—Lo mismo digo yo, Ricardo. Creo imposible vivir sin tí.

—No os engañeis. No digais de esas frases vulgares, las cuales duran tanto como el soplo de aire que las recoge y que se las lleva. Si es verdad todo cuanto decís; si estais resueltos á pasar la vida juntos; si fuera de vuestro amor no respirais; si no podeis vivir separados; si concebís que toda felicidad depende por completo de vuestra eterna union; decidíos á seguir los impulsos del alma, y desafiad todas las resistencias, avasallándolas con vuestra voluntad incontrastable.

—¿Cómo? Preguntó otra vez, y no os incomodeis á mis preguntas.

—¡Ah! No amais como decís. Sabeis cantar el amor; no sabeis sentirlo. Si lo sintiérais, ya veríais cómo caian á vuestras plantas todos los obstáculos y cómo cedian á vuestra voluntad todas las resistencias. Estas grandes pasiones se abren paso por cualquier parte, y todo lo arrollan y lo arrastran todo en su impetuosísima corriente. Se abandona por ellas el hogar, la familia, la patria. El imperio que sobre nosotros ejercen sólo puede disculparse por la intensidad que naturalmente tienen.

—Nos aconsejais una rebelion abierta.

—Sí, una rebelion. Pero conste que no debeis intentarla por mis consejos sino por vuestros arrebatos. Si para un acto de esta clase no teneis más motivo que unas palabras de mis labios, renunciad á él, porque sentireis el remordimiento, y no sentireis el goce.

—¡Dio mio, abandonar á mi padre equivale á asesinarle!

Exclamó Elena.

—Pues quédate con tu padre. Cuídalo si tanto te necesita. Vive á su lado. No te apartes de él un momento. Pero no digas que amas cuando no prefieres el amor á todo, á familia, á hogar, á amigas, á padre, á religion. Por un beso del sér amado se debe dar hasta la eternidad. Eso es pasion; lo demás es retórica.

—Pero recapacitad, marqués, un poco. Yo debí ser el primero en dolerme del dolor de Elena por la separacion de su padre, y no me duelo. Nosotros no aspirábamos á una de esas pasiones trágicas de teatro, que tienen varias escenas sobrehumanas, y luégo pasan con la noche en que se representan. Nosotros aspirábamos á una pasion prosáica, vulgar, que nos juntase bajo el mismo techo, que nos diese la misma vida, que nos rodease de nuestra familia, de nuestros parientes, de nuestros padres; cielo sereno, iluminado por una perenne claridad, donde todo contribuyese á la ventura comun, el amor legítimo respetado por la socie-

dad entera, el cariño de la familia unida, el ejercicio de virtudes sencillas y modestas, el recuerdo de lo pasado sin sombras, el presentimiento de lo porvenir sin dolores, el culto tranquilo de dos corazones confundidos, la esperanza segura en el encuentro de nuestras almas, ¡oh! más allá de la muerte. Para esto necesitábamos que todo fuese santo en el hogar. Ante Dios nos hacía falta la oracion de sus sacerdotes, ante el mundo la firma de sus magistrados y el consentimiento de sus leyes, ante nuestra conciencia, para que en la nueva vida no hubiese ni una espina ni un remordimiento; la bendicion de nuestros padres.

—Magníficamente parlado. Ni en un tilde se puede enmendar en ese perfecto discurso. Pero quien piensa con esa madurez y habla con esa correccion, debe meterse á predicador, á fraile, á misionero, á moralista, llevando sobre la cabeza un bonete, bajo los piés un púlpito, en la mano derecha el Crucifijo, en la mano izquier-

da el hisopo, para predicar noche y dia virtud á las gentes, pero no meterse á amar con todo el ímpetu propio de las humanas pasiones.

—Pero ¿qué hacer?

Preguntó Elena.

—Yo os aconsejo...

Y Tafalera suspendió su consejo, como si él mismo lo temiese.

—¿Qué?

Preguntó Ricardo.

—Nada.

Dijo enfadado el marqués.

—¡Qué mal genio!

Observó Elena.

—¡Mal genio! Eso podeis decir todavía.

—Os hemos pedido un consejo.

—Pero en cosas tales no se aconseja uno de éste ni del otro, sino del propio corazon, del propio sentimiento.

—¿Qué haríais en nuestro lugar?

—Yo, yo.

—Vos.

—Lo primero no pedir consejo.

—¿Y lo segundo?

—Echar á correr. Apelar á la estratagema de la fuga. Cuando vieran vuestros padres que habia un rapto en toda regla, ya se darian á partido, consintiendo en lo que ahora indudablemente rechazan.

—Mi padre me mataba.

Dijo Elena.

—Mi madre se moria de dolor.

Dijo Ricardo.

—Pues al cláustro, muchachos, tú sacristan, ella monja. De esa categoría son vuestros escrúpulos.

—Nuestras observaciones, le replicó Ricardo, prueban que sentimos la triste negativa, pero no prueban que dejemos de arrostrarlo todo cuando sea preciso.

—Yo estoy dispuesta á obedecer á mi padre hasta el último extremo; pero tambien dispues-

ta, si no pudiera vencerlo, á seguirte á tí, á quien desde el dia de mi juramento considero como mi esposo. Dime el camino que he de tomar, y lo tomaré sin recelo.

—Tanto más, añadió el viejo marqués, frotándose las manos de gozo, cuanto que teneis un guardian de vuestra honra y un fiador de vuestro buen proceder. Para salvar todos los escrúpulos, yo me voy con vosotros, y no os dejo solos ni un momento, sino despues que hayais recibido la bendicion del cura y entrado en la cofradía de los casados. Por consiguiente, manos á la obra. Arreglémoslo todo. Cuando nos echen de ménos que estemos en Francia. Ya vereis así que oigan la campanada de vuestra fuga, así que sepan la resolucion de vuestra suerte, así que vean cómo, de insistir en sus trece, solamente cosecharán la muerte ó la deshonra de sus hijos, llamarse á andana, y en cuatro dias casaros.

Elena temblaba de piés á cabeza, pero con tal

estrépito, que á distancia se oia el rechinamiento de sus dientes. Ricardo, pálido, ojeroso, agitadísimo, pensaba con horror en la pena que iba á dar á su madre esta triste resolucion, por la cual podia quedar abandonada á mayor soledad. Así es que, aún no habia convenido en el supremo recurso aconsejado por la incorregible travesura del viejo Tafalera, cuando se le ocurrieron algunas observaciones que lo templaban. Su madre se aparecia á sus ojos, viuda, desolada, sola, y le helaba materialmente el corazon perdidamente enamorado de Elena.

—Yo me resuelvo á todo.

Dijo, venciéndose con sumo esfuerzo.

—Y yo tambien.

Añadió Elena.

—Pues mañana mismo el rapto; mañana mismo la fuga.

—Pero no puedo decidirme sin haber apurado todos los medios.

Observó Ricardo.

—Ni yo tampoco.

Añadió Elena.

—Necesito una suprema apelacion á mi madre.

—Y yo otra suprema apelacion á mi padre.

—Tomáos todo el tiempo que os pida el gusto. Mas no olvideis que para impulsar á los demás á grandes resoluciones, no hay cosa como tenerlas fuertemente decididas uno mismo. El calor de los sentimientos tiene algo de irradiante y de comunicativo. Para decidirlos á ellos empezáos por decidiros vosotros mismos á una suprema resolucion.

—Decididos.

Exclamaron á un tiempo Elena y Ricardo.

—Pues lo más pronto posible, fuga y rapto, toda una pieza de teatro.

CAPÍTULO XI.

EL GOLPE DE GRACIA.

Ricardo salió despavorido de casa de su amada y temeroso del efecto que podia producir en persona tan enferma como Carolina la suprema resolucion. A cada paso que daba hácia su casa, retrocedia más, no en el empeño último y supremo, en el momento de realizarlo. Carolina era su madre, y una madre tiene derecho á todo en este mundo. Carolina era una madre desgraciada, y esta desgracia aumentaba su autoridad y disminuia el poder de su hijo. Siempre en duelo; de insomnios inacabables por la noche, de llantos perennes por el dia, de

contínua desesperacion; su hijo era la única prenda que la detenia sobre el abismo y que la ataba á la vida. Si tambien desaparecia su hijo, —¿qué le quedaba ya en el mundo?—Una soledad más triste, un dolor más intenso: la muerte violenta quizás por única solucion á la tragedia de su vida. Así es que Ricardo no osaba notificar á su madre que, en cambio del sér recibido de su amor, en cambio de la educacion recibida de sus próvidos cuidados, en cambio de la fortuna guardada por su prevision, iba á ofrecerle una fuga inevitable, un rapto criminal, un apartamiento indefinido; golpes todos de muerte. Así, conforme se acercaba á su casa iba deteniendo su paso, como si quisiera aplazar indefinidamente la hora suprema de comunicar una resolucion parricida.

Pero de no tomar esta resolucion, de someterse ciegamente al deseo de su madre, renunciaba para siempre al único fin anhelado por todo su sér: al amor de Elena. ¿Por qué su ma-

dre le habia concedido la vida si le quitaba la dicha? ¿Por qué le habia avivado los grandes sentimientos si apagaba el más vehemente y necesario de todos ellos? ¿Por qué le habia granjeado una fortuna, si esa fortuna quedaba sin el empleo más útil, sin contribuir para nada á la formacion de una familia? El amor le ocupaba la vida entera. Impetuosísimo por temperamento, aquella pasion le arrastraba con una fuerza incontrastable. No habia luz en el mundo como la luz que despedian los ojos de su amada; no habia vida como la vida que exhalaba su aliento. Las armonías del arte le parecian ecos vanos cuando no las escuchaba con el corazon lleno de aquel amor; los grandes combates sociales vanos sacrificios, si no los sostenia la seguridad de encontrar despues del esfuerzo refugio segurísimo en la providencia de un correspondido amor. Toda su vida, desde la vida en la naturaleza hasta la vida en el arte; desde la vida en el arte hasta la vida en la ciencia;

desde la vida en la ciencia hasta la vida en la sociedad; todo tenía por alma ese amor que la mantenia, que casi la formaba, que constituia su esencia, como el oxígeno la esencia primera del aire y el alimento de la llama. Renunciar á ese amor le era tan difícil como renunciar al espíritu y á la vida del espíritu. En ese amor se compendiaba y se resumia toda su existencia, todo su sér.

A su vez Carolina padecia tormentos horribles, exacerbados por los sucesos recientes. En aquella mañana de la resolucion de su hijo habíase levantado, por no poder sufrir en su inquietud la inercia á que le condenaba el guardar cama. Envuelta en su peinador blanco, esparcido el abundante cabello por la espalda fria y pálida como el mármol, los ojos brillantes al fuego de la fiebre y circuidos de una aureola morada, semejábase á una de esas Dolorosas en quienes la piedad cristiana ha idealizado las penas y las tristezas de las madres. La ambicion

de toda su vida, el encuentro con su hija, acababa de realizarse en condiciones tales que abrieron y enconaron todas las heridas de su alma, nunca cicatrizadas. La vió, sí, la vió buena, hermosa, amante; con virtudes que se reflejaban en la serenidad de su mirada; con talentos que resplandecian en los espacios de su frente; y no pudo ni decirle cómo la amaba, ni entregarse á los trasportes de su corazon, ni retenerla á su lado, porque la revelacion de su cariño equivalia á la revelacion de su deshonra y á la acusacion del rapto cometido por el único hombre acepto á su corazon, y amado de ella con profundísimo amor en este mundo. Luégo, víctimas de una fatalidad, en la cual se veia claramente un castigo, sus dos hijos, desconocidos el uno al otro, á causa de trágicas incidencias, se encontraron en la vida; y por la mútua ignorancia de su respectiva existencia, al encontrarse casualmente, quisiéronse como amantes en vez de quererse como hermanos.

Su mútua pasion, que tenía en apariencia todas las legitimidades; la ingenuidad, el desinterés, la pureza, el amor aparecia natural ante la sociedad que encontraba en aquellos dos seres cualidades idóneas para completarse con la personalidad superior del matrimonio; y sin embargo, no era posible, por reprobarla á un tiempo las leyes de la naturaleza y las leyes de la moral. Y cobraba diariamente fuerza, y crecia en los dos corazones, y se arraigaba con el trato, y se unia tanto á la mútua estima como á la mútua admiracion, y llenaba desde los sentimientos hasta las ideas de aquellos dos seres, y se convertia en la vida de su vida y en el alma de sus almas. Separarlas de pronto; decirles que debian renunciar á todas las esperanzas y á todas las ilusiones; inspirarles la idea de que su cariño exaltadísimo tenía que convertirse en amistad tranquila, y descender á un grado inferior de fuerza y viveza, resultaba imposible sin la explicacion prévia del

misterio de su vida deshonrosa al nombre de sus padres. Pero aún resultaba más imposible todavía tenerlos uno al lado del otro; dejarlos entregados á una pasion criminal; consentirles el aumento de esperanzas irrealizables y de ilusiones fantásticas, á las cuales debia suceder tarde ó temprano una espantosa realidad. No habia remedio; precisaba revelarles su verdadera situacion para decirles toda la imposibilidad de sus amores. Pero ¿cómo, sin que entrevieran el crímen de sus padres? ¿Cómo, sin que los dos seres, á quienes cada cual de ellos creia dechado de todas las perfecciones, apareciese circuido con las sombras de la más infame deshonra? Consentirles su pasion, era perderlos ante Dios, ante el mundo, ante su propia conciencia: separarlos por capricho, por voluntariedad, por los arrebatos de un momento, despues que su pasion creciera tanto, equivalia á matarles, porque despedazaba sus dos corazones, indisolublemente unidos en igual amor.

Así es que Carolina se volvia á todas partes en pos de un alivio á su dolor, y no lo encontraba; en busca de un desenlace á esta tragedia de su vida, y no podia ni adivinarlo siquiera, erizado como estaba de dificultades insuperables. Ni siquiera le parecia dable la muerte, ese descanso tan deseado en otras ocasiones, tan pedido á la Providencia; beleño único á sus penas, calmante único á la intensidad de su dolor, porque el anhelo de la muerte encerraba un acto de egoismo, el reposo para ella y el dolor para sus hijos. Pero si no caia en la muerte, si un natural instinto la preservaba del suicidio, y hasta de la aspiracion al suicidio, en cambio la impelia al misticismo. Sus nervios se descomponian y vibraban desordenadamente, como si los agitase un huracan incomprensible; por sus ojos pasaban en nubes de formas no conocidas ni soñadas visiones magnéticas, de un brillo, que ya se parecia al sol de los soles, ya al fósforo de las tumbas; plegarias extrañas, indescifra-

bles, como los oráculos de las antiguas Sibilas, se evaporaban de sus labios perfumados por las esencias de las ideas místicas, y enardecidos por las llamas de amores sin fin y sin objeto; los éxtasis más frecuentes la desceñian hasta de su organismo, y la elevaban, como separándola del mundo, en espíritu, á las cunas inaccesibles de lo ideal; y una vaga aspiracion al no sér, á la absorcion en lo eterno, llegaba en algunos momentos á apoderarse con tanto imperio de su alma, que perdia la conciencia de toda su vida, y se aniquilaba en completo aniquilamiento, como si en vez de persona en sí y por sí, fuera la cinta de alga removida de aquí para allá por los vientos del cielo en los abismos de la insondable eternidad. En uno de estos momentos se encontraba, cuando vino su hijo á despertarla para decirle, que no podia sufrir más tiempo su penosa incertidumbre. Así entró en la habitacion de su madre con ánimo de agotar todos los medios pacíficos ántes de de-

cirle de una vez, que de acceder ó no á su demanda y dar ó no su consentimiento, dependia la nueva direccion de su vida, porque estaba resuelto, completamente resuelto, á un rapto, á una fuga, á un matrimonio exigido por el escándalo, y fundado en la necesidad, ya que no querian regularizarlo con su acuerdo y cumplirlo con su bendicion, para que fuese acepto al cielo, y honroso y legítimo ante el mundo.

—Madre mia.

Dijo Ricardo, dirigiéndose á Carolina, y distrayéndola de su sueño, más bien magnético, que vulgar y ordinario.

—Hijo querido, hijo del alma.

Respondió en seguida Carolina al llamamiento de Ricardo, frotándose los ojos con ambas manos, como si volviera de un profundo sueño tras larguísima noche.

—¿Cómo está V.?

—Me encuentro un poco mejor.

—¡Cuánto me alegro!

—Es cosa triste este contínuo padecer.

—¡Tristísima!

—La felicidad...

—Es fácil de encontrar, madre mia, cuando no tenemos empeño en lanzarla de nuestro lado.

—No lo creas. Si tienes alguna vez felicidad verdadera, no la gozas, porque apénas la adviertes. Casi todas las desdichas humanas son dichas perdidas, é ignoradas de nosotros, hasta el momento mismo de su pérdida irreparable.

—¡Cuán verdad es eso que V. dice ahora! ¡No sabemos lo placentero de respirar fácilmente, hasta que no encontramos dificultad en la respiracion! Y no sabía yo lo feliz de mi amor con esperanza, hasta haber caido en la presente desesperacion.

—Ricardo.

—¡Madre mia!

—No puedo decirte todo cuanto pasa por mi alma al oir tus quejas.

—Pues yo, madre mia, puedo decírselo á usted todo, enteramente todo lo que sucede en mí, sin dejar ni siquiera un pliegue recóndito á sus ojos.

—Ya lo creo.

—Yo amo.

—Ya lo sé.

Dijo Carolina suspirando.

—Amo con toda la violencia de mi sér, lleno de tempestades como el trópico donde he nacido.

—Conozco, hijo mio, tu temperamento. Te he llevado nueve meses en mis entrañas. Te he alimentado dos años á mis pechos. Sé toda la vehemencia de tu alma.

—Pues si la sabe V., no la condene á dolores como los dolores que la atenacean desde el instante fatal en que opuso una negativa irrevocable al más vehemente de todos sus deseos.

—Mírame cara á cara, hijo mio.

—Miraros es mi felicidad, madre, y mi desgracia veros siempre llorosa.

—Soy tu madre.

—Mi madre idolatrada.

—Los que ni son ni pueden ser madres, jamás alcanzarán á comprender ni á sentir cómo nosotras amamos á nuestros hijos. En la pasion del amor hay mucho de egoismo y mucho de sensualidad. Pero en el amor maternal todo es puro como la misma inocencia. El móvil único está en el cariño por el cariño mismo, y la abnegacion y el sacrificio se imponen como una verdadera necesidad.

—Pues si el consentimiento en mi matrimonio es un sacrificio, hágalo V. en virtud de esa necesidad que de sacrificarse por sus hijos siente el corazon de las madres.

—Si fuera un sacrificio, Ricardo mio, ya estaria hecho. ¿Qué no hiciera yo por tu amor? Mas no es un sacrificio; es una imposibilidad ese consentimiento que no debias pedir á tu madre, cuando sabes que tu madre no puede concederlo.

—Dígame V., por lo ménos, madre mia, la razon de esa imposibilidad.

—Ni puedo darte el consentimiento, ni puedo decirte la causa de esta irrevocable resolucion.

—Me vuelvo loco. Me parece que la razon se escapa de mi cerebro. Muchas veces dirijo la mano á la frente, tan solo para detener á esa fugitiva que me abandona á la demencia más exaltada y más triste. Dais una sentencia que es mi condenacion inapelable, y no quereis decir por qué la habeis dado. Ese silencio aumenta la gravedad de la resolucion en V., y en mí el dolor de la acerba pena. Imposible modificar nuestra naturaleza. Buscamos instintivamente la razon de las cosas por un impulso de la inteligencia superior á los impulsos de la voluntad. Como sabemos que todo hecho ó accion tiene su motivo, sabemos que tiene su razon y su causa. Resistiráse la voluntad á buscarla, pero la inteligencia de contínuo la

busca, y no descansa hasta que la ha encontrado. Imposible el consentimiento, decís. Sea en buen hora. Pero imposible, mucho más imposible que desconozca yo la causa de esta imposibilidad. La buscaré en todas partes, la escudriñaré, hasta llegar á encontrarla. ¿Cómo? Seré infeliz, acallaré los latidos de mi corazon, dejaré al ángel que idolatro, me condenaré á una soledad eterna, moriré para toda dicha en la flor de mi juventud, y ni siquiera he de alcanzar ni saber por qué he sido tan desdichado. Todas las cosas tienen su razon de ser; y mi desventura no ha de resultar lo único inexplicable en el mundo. Me habrá aplastado la fatalidad; pero ya que la sienta, dejadme á lo ménos conocerla. Todo sér se vuelve contra aquello que lo hiere. Usted no me hiere á mí, porque una madre no puede herir á su hijo. Usted no me desama á mí, porque es amor todo su corazon. Sepa yo para maldecirla eternamente la fuerza ciega que á todo se sobre-

pone y á todos igualmente nos avasalla. Sepa yo la razon de esa negativa. Lo exige y lo necesita mi alma, mi vida, mi voluntad, mi entendimiento, mi corazon, todo mi sér. Por Dios, madre mia, decidme: ¿cómo siendo toda bondad os negais á la ventura de vuestro hijo?

—No sabrás, Ricardo, cómo y en qué grado puede tu madre quererte. Mis entrañas todavía conservan la dicha que les causó el extremecimiento primero de tu sér en su seno. Mi corazon late para tí. Mi vida es tuya como es mia la vida que te anima. El parecido de nuestros rostros revela bien el parecido de nuestras almas. Cuando te veo venir á mi presencia, recuerdo siempre que te dí la respiracion en que se avivan tus pulmones y la sangre con que se riegan tus venas. Soy tu madre, y es inútil toda otra reflexion, ocioso todo encarecimiento. Y no sería tu madre, si despues de haberte dado la vida, no procurara darte la felicidad. Una existencia desdichada sería el más triste de los pre-

sentes, y acaso podria darte derecho, si no para maldecir, para dolerte de tu madre. Unes tu felicidad á Elena, y yo me interpongo entre los dos. Pues, al interponerme, créelo, hijo mio, sufro la coaccion de una fatalidad irresistible. Hay realmente una causa, hay una razon de mi negativa. ¿Cómo no haberla? ¿Podrias crerme tal que sin motivo alguno me resolviese y determinase á una accion tan grave como la negativa á tu matrimonio, bajo todos aspectos necesario? Hay una razon que no debes saber. Cree á tu madre, por lo mismo que la amas. Comprende su cariño. Díte á tí mismo en lo más hondo de tu pecho y en lo más recóndito de tu pensamiento, que la mujer, autora de tus dias, no puede proceder en todo cuanto á tí pertenece y toca, sino movida de una pasion, delante de la cual aparece leve cosa el amor que te profesas á tí mismo, y que en tí ha puesto naturaleza para la obra suprema de tu conservacion. Si te quiero más que tú mismo puedes

quererte, este cariño mio basta á explicarte mi resolucion. La tomo, porque no puedo tomar otra; y la razon de tomarla está toda entera en mi amor.

— Pero ¿y el misterio de los motivos?

— Tú lo has dicho; el misterio.

— Y ese misterio impenetrable no puedo yo penetrarlo?

— Tú lo has dicho: impenetrable.

— Decídmelo.

— No puedo.

— Por Dios, madre mia.

— No puedo.

— Por el amor que me tiene.

— No, no.

— Por la hora de mi nacimiento.

— ¿Qué podrás invocar que sea bastante á moverme, cuando ya has invocado inútilmente el amor de madre?

— Invoco la memoria de mi padre.

— Ricardo, no me martirices.

—La memoria de mi padre, que hubiera conocido por la pasion que tenía V. y por la santa felicidad que encontró en su enlace...

—¡Ricardo!

Gritó Carolina; pero con gritos desgarradores, como si le apuñalasen el corazon, como si le abrasáran las carnes en una llama vivísima.

—Mi padre hubiera conocido, continuó Ricardo, prestando atencion tan solo al movimiento interno de su idea y sin advertir el dolor y la desesperacion de su madre; hubiera conocido que en hogar tranquilo, en familia amada, en amor correspondido, en una esposa fiel.....

—Calla, Ricardo, calla; si no quieres matarme, dijo Carolina sacudiendo con furia á su hijo como para sacarlo de aquella conversacion é impelerle á otro género de ideas y de sentimientos que no la hirieran con tan profundas heridas.

—Mi padre me hubiera dicho, si por acaso á mi felicidad se negaba, la razon de su negativa.

—Ricardo, no seas cruel con tu madre.

—¿Habla V., madre mia, de crueldad?

—No puedes adivinar cómo laceras mi pecho con tus palabras.

—Y V. no puede adivinar cómo desgarra el corazon de su hijo. Si comprendiera cómo amo, si llegara á asomarse á mi pecho, si el dolor condensado sobre mi corazon, si la tristeza extendida como una sombra mortal en mi mente pudieran llegar hasta la inteligencia, de V. no se cerraria de esa suerte su corazon á la piedad.

. . . .

—¿Crees tú, Ricardo, que yo, tu madre infeliz, no siento todo cuanto sientes tú, hijo de mis entrañas? Tus dolores se unen á mis dolores y los exacerban hasta el punto de no poder sufrirlos. ¡Qué dia tan bienhadado será el dia de mi muerte! Cuando la vea venir, cuando se acerque á mi lecho de dolor y tienda la mano para herirme, habré de bendecirla como á una mensajera de la divina misericordia. Si hubiese de prolongarse esta pena aún más allá del se-

pulcro, si hubiera de durar toda una eternidad como dura el infierno, dudaria hasta de la bondad de Dios, y creeria que nos habia llamado á la vida tan sólo por el placer de atormentarnos. ¡Oh! ¿Cuándo vendrá la muerte?

—Pues, madre mia, por ese dolor que yo comprendo, dad vuestra bendicion á mi casamiento.

—No puedo, hijo mio. Dios sabe que no puedo.

—Decidme la causa de esta negativa.

—Repito lo mismo, hijo mio, repito que no puedo.

—Pues bien, madre, no extrañará V. la accion que voy á notificarle. Pensé llevarla á cabo sin su consentimiento.

—Ricardo, ¿qué vas á hacer? Preguntó Carolina profundamente azorada, adivinando por la solemnidad del tono y del ademan lo irrevocable de las resoluciones de su hijo.

—Madre mia, yo solamente sé que amo á

Elena con un amor incontrastable, y que V. se opone á la satisfaccion de ese amor con una incontrastable negativa. Los derechos de los padres sobre sus hijos tienen tambien sus límites. Como no podeis condenarme á muerte, no podeis tampoco á perpétua infelicidad condenarme, castigo más terrible mil veces que la muerte.

— Hijo mio, por piedad; piensa, reflexiona, que al negarse tu madre á tu dicha, tiene una razon de todo punto invencible.

—No la comprendo, porque no la sé, y como no la sé, no existe para mí. De consiguiente, no extrañe V. que obedezca á mi naturaleza, que obedezca á mi corazon, que obedezca á mis compromisos, que obedezca á Dios, cuyo soplo creador ha debido infundirme esta purísima pasion, aunque no obedezca á mi madre.

— ¡Infeliz! ¡qué piensas hacer!

— Pienso, aunque V. se interponga, huir con Elena, robarla á su padre. Todo está arreglado para el caso. A una señal mia saldrá de su casa,

y yo iré á reunirme con ella para demostrar ante Dios y ante el mundo cómo no hay fuerza bastante á separar dos corazones que se buscan y que se encuentran ¡ay! en la comun satisfaccion del amor. Madre, cuando ya hayamos vivido juntos, cuando el negarse á nuestro cariño equivaldria á convenir en nuestra deshonra, entónces y solo entónces bendecirá V. nuestro matrimonio, ya indispensable al bien y á la tranquilidad de todos.

—Hijo mio, no delires. Eso que dices no puede suceder. ¡Separarte de tu madre! ¡Dejarla abandonada en su dolor! No lo he oido, porque no lo has dicho. Desmentirás toda tu naturaleza, y la naturaleza no se desmiente nunca. Tu madre no puede decirte nada más. Se opone á tu casamiento en la imposibilidad material y moral de consentirlo. No quieras saber la causa. Si pudieras aprenderla en un minuto y en otro minuto olvidarla para siempre, yo te la diria. Pero no; es imposible. Ricardo,

hijo mio, á tus piés me arrojo. Te pido perdon. Conozco cuánto lacero tus entrañas. Conozco que pierdo tu vida, todo lo conozco. Pero no, no puedo hacer otra cosa. Compadece á tu madre infelicísima, compadécela. No tratas de saber por qué se opone á tu dicha, como no tratas de saber por qué Dios te ha creado.

— Madre mia, perdóneme V., perdone á este hijo desdichado. Mi triste estrella quiere que en rebelion de mi madre me presente, mi estrella nefasta. Pero no puedo desasirme á una pasion que me domina; no puedo absolutamente separarme de su poderoso influjo, que ha convertido en nueva vida mi vida. Para mí se puede apagar el sol y no se pueden apagar los ojos de Elena. Tanto me da que falte á mi pecho el aire de la atmósfera, como el aire de sus suspiros. Su amor queda siendo ya la sangre de mi sangre, la vida de mi vida, el alma de mi alma. Arrancadme del pecho el corazon, y pisoteadlo, y mordedlo; no me causareis un dolor tan vivo

como si me arrancais esta pasion, á cuyo soplo respiro y vivo. Madre mia, me matais. Y yo no puedo responder de mí mismo en este trance supremo. El que en los abismos del mar, cae, al ahogarse, coge ciegamente el primer objeto capaz de salvarle y volverle á la vida. Yo, en mis angustias, me he acogido á la fuga. Adios, madre mia, adios. Dentro de una hora habremos partido como amantes desesperados los que vosotros no quereis unir en fiel y digno matrimonio. Adios, madre mia, bendecid á un hijo que no os maldecirá jamás.

Y Ricardo tomó la actitud resuelta de quien se despide y se marcha. Pero Carolina le asió fuertemente del brazo, le retuvo á su lado con verdadero imperio, y le impidió tomar por aquel minuto la suprema resolucion con que amenazaba.

—¡Hijo mio!

Le dijo con una expresion inesplicable de angustia.

—¡Madre, madre mia!

Le respondió Ricardo.

—Tu madre soy.

—Y como tal siempre la he amado.

—Ménos en este instante.

—No, ahora más que nunca, pues ni siquiera me atrevo á una resolucion como la de esa fuga, aconsejada por mi corazon, exigida por mi honor, sin decíroslo francamente.

—No puedes irte.

—Debo irme.

—Tu madre ruega.

—Dios me perdonará si por vez primera he desoido su voz.

—Corres á tu perdicion.

—Corro á mi amor.

—Amor imposible.

—Amor santo.

—Dios lo condena.

—Nó, porque Dios lo ha inspirado.

—Lo condena tu madre.

—En un momento de incomprensible exaltacion.

—Quédate aquí, á mi lado.

—Volveré cuando pueda volver trayendo á este hogar una hija.

—¡Horror cien veces!

Gritó Carolina.

—Madre, el impulso ciego de la naturaleza domina por completo la voluntad.

—Hijo, tu madre no puede revelarte el abismo á que te precipitas.

—Elena será mi mujer.

—Imposible.

—Elena será vuestra hija.

—¡Dios mio, Dios mio!

Gritó Carolina.

—Y cuando sea vuestra hija...

—Calla, calla; que me matas.

—Y cuando sea vuestra hija la bendecireis.

—Ricardo, compasion, compasion, compasion.

—Madre mia, téngala V. de su hijo.

—Si tú supieras...

—Solamente sé que amo.

—Ama tambien á tu madre.

—No se excluyen, no, las dos pasiones.

—Hijo mio, respeta un secreto.

—Madre mia, comprended mi pasion.

—Por Dios.

—Por Dios, digo yo tambien.

—Espera.

—No puedo esperar.

—Espera, te repito.

—Las palabras que me habeis dicho me han quitado toda esperanza.

—Te lo manda tu madre.

—No la obedezco, porque me manda lo que no puedo cumplir.

—Excusa una porfía.

—Madre, adios.

—Detente.

—Adios.

Y Ricardo salió de la habitacion.

—¿Dónde vas, infeliz?

—Voy donde me llama mi amor.

—Amor maldito.

—Que vos bendecireis cuando Dios lo haya bendecido.

—Ricardo, dijo Carolina, asiendo fuertemente á su hijo que se disponia á partir, Ricardo, Elena es tu hermana, Elena es mi hija, maldíceme ó mátame si quieres.

Y cayó desplomada en el suelo, como si la hubiera herido un rayo. A esta palabra Ricardo se llevó las manos á la frente, como si quisiera apartar de ella un pensamiento insufrible. Sus ojos saltaban de las órbitas. Su rostro se demudó en tales términos que nadie lo hubiera conocido. Erizáronse sus cabellos. Un temblor convulsivo le sacudió todo el cuerpo. Y poco despues de esta emocion de asombro, recapacitando lo que habia oido, viendo á sus plantas rígida y como muerta á su

madre, lanzó un sollozo tan largo, tan triste, tan terrible, tan desconsolador, que hubiera partido hasta las piedras, y que se parecia siniestramente al resuello que se llama el estertor de la muerte.

CAPÍTULO XII.

DESENLACES NECESARIOS.

El viejo marqués de la Tafalera y el jóven conde de la Floresta departian, paseándose por el jardin, sobre los sucesos, cuyos funestos golpes acababan de sobrecoger á la familia. Envuelta en misterios impenetrables su causa, perdíanse ambos á dos en conjeturas, á cual más descabelladas. La venida de Carolina á pedir la mano de Elena; la interminable entrevista con Antonio; los trasportes de amor al tropezar con la futura nuera; el resultado tristísimo de la negativa incontrastable á todo enlace; la extraña enfermedad de Antonio, que ya

tenía accesos cuasi epilépticos, ya una paz rayana con la indiferencia, enfermedad á veces agravada por un delirio contínuo, en el cual decia palabras incoherentes, indescifrables, pero verdaderamente siniestras y trágicas; todos estos sucesos eran propios á romper la cabeza más bien organizada si trataba de elevarse hasta el claro conocimiento de sus causas. ¿Por qué Antonio repugnaba un marido americano para su hija? ¿Por qué, á pesar de esta repugnancia, dió el consentimiento al matrimonio con Ricardo? ¿Por que aseguró Ricardo que por parte de su madre no habria ningun inconveniente en demandar la mano de Elena y consentir la boda? ¿Por qué, al presentarse Carolina en aquel palacio, todo se descompuso? ¿Por qué en el momento mismo de descomponerse todo, Carolina mostró aquel amor exaltadísimo, digno de una madre apasionada, á la herida Elena? ¿Por qué despues de esta manifestacion de sus afectos se encerró en una completa ne-

gativa al deseado enlace? ¿Por qué Antonio se negó tambien, con verdadero furor, despues de haber convenido con verdadera complacencia? ¿Por qué de resultas de su negativa cayó en cama con ataques de nervios, asaltos de fiebre y violencias de verdadero delirio? Imposible dar con la causa de todos estos extraños incidentes.

Pero sobrevino despues de tantas rarezas el caso más raro y más inesperado. Movidos por los consejos y las excitaciones del conde de la Tafalera, gran amigo de ultimar matrimonios felices; arrastrados por sus propios corazones, presa de grande exaltacion; los dos jóvenes acababan de convenir en una fuga pedida á gritos por su pasion y necesaria para arrancar á la necesidad el negado consentimiento. Todo estaba dispuesto á este trance, último recurso de la desesperacion. Ricardo se apartó momentáneamente de su amada con ánimo de volver á llevársela consigo. Para dar al acto la gravedad posible, el

viejo marqués se comprometia á acompañar á los novios, escudándolos de esa suerte con su autoridad, si no á los ojos del mundo, á los ojos de la familia. Señalada la hora, Elena esperaba sin detenerse siquiera ante la enfermedad de su padre, reconocida por los médicos como consecuencia de su estado moral, y que, por lo mismo, pasaba del delirio á la paz, de la fiebre al frio, de la mayor gravedad á la completa salud, á medida que se condensaban ó se desvanecian sus varias emociones. Los dos jóvenes, discurriendo con el extravío propio de todas las pasiones y pensando que toda duda se acabaria en cuanto ellos mostrasen verdadera resolucion, imaginaban vencer fácilmente la resistencia de sus padres con supremas é irrevocables determinaciones, como la de huir á su tutela y juntarse bajo un mismo techo, como juntos y confundidos estaban en el seno de un exaltado amor. Ignorantes de la causa real que los separaba, atribuian á empeño del capricho lo que era imposicion de la necesidad. Elena

aguardaba con impaciencia la llegada de Ricardo á la hora convenida. El marqués se rejuvenecia al calor de la aventura, que le devolvió todo el júbilo de sus primeros años. Pero ¡cuál no sería el asombro de ambos al recibir una carta solemne, triste, desgarradora, de Ricardo, diciendo como revocaba, no solamente su proyectada fuga, sino toda esperanza de enlace, convencido como Carolina y como Antonio de su completa imposibilidad! Ya puede todo el mundo figurarse qué comentarios saldrian de los labios de Tafalera, qué reflexiones tan extrañas, qué ideas tan originales sobre la pacata juventud de su tiempo, la cual, fingiendo amores, en cuya virtud parecia librar lo porvenir, segun tantas frases bellísimas y tantos actos de exaltacion y de apasionamiento, al llegar el trance de una resolucion definitiva y suprema, léjos de correr al goce como la mariposa á la luz ó como la piedra al centro de gravedad, se detenia, se retiraba por escrúpulos, ni siquiera

explicables y comprensibles, aceptando con tristeza, pero tambien con resignacion, la pérdida de toda una esperanza cuyo calor aparecia en otro tiempo como el mismo calor de la existencia.

—Se va V. á volver loco, mi querido tio, le decia su sobrino el conde de la Floresta.

—Calla, hombre, si no puedo creer á mis propios ojos. Estoy tan rabioso, que si mordiera, mi mordedura daria rabia como la del perro hidrófobo.

—Serénese V., que le va á costar el dichoso asunto una enfermedad.

—Aquí todos nos pondremos enfermos; es verdad. Pero la enfermedad más general resultará la ménos sentida y proclamada, la locura. Nos sucede con tal estado de nuestra alma lo mismo que le sucede al tísico con la enfermedad que aqueja á su cuerpo; no la conoce, y toma la fiebre de su sangre por un exceso de vida, como nosotros tomamos ahora el estado de nuestro

entendimiento por una vislumbre de razon. Pero ni hay tal vislumbre ni tal niño muerto. Todos estamos locos; porque cuanto sucede aquí es antinatural, antiracional, absurdo é imposible.

—Serénese V., repito, y tenga un poco más de calma. Es verdad que hay para volverse locos por tanta rara coincidencia; pero tambien es verdad que no se alcanza cosa alguna de provecho rompiéndose la mollera en reflexiones y comentarios embrollados, en cuyas sinuosidades puede perderse y extraviarse el más sólido y más grave cerebro.

—No puedo comprender cómo es la presente generacion; no puedo, ni nadie sería capaz de comprenderlo. En mi tiempo para acercarse á una niña se necesitaba burlar el cuidado de los padres del aya que habia sustituido á la antigua dueña, del paje, del lacayo; del cura que decia misa en el oratorio de la casa y tomaba el chocolate y rezaba el rosario con la mamá, de

tantos cancerberos como circuian y guardaban en inexpugnable fortaleza á una verdadera hermosura. Y sin embargo, lo burlábamos todo. Ahora sucede lo contrario: las niñas están casi, casi, á la mano; y esos bergantes, indignos de sus gloriosos antecesores, ni fuerza tienen para coger el fruto que les toca en los labios. Un matrimonio ya hecho, arreglado, convenido, se deshace por una genialidad de los dichosos padres, genialidad inexplicable; y ese mandria de Ricardo, en vez de apelar á un rapto, á una fuga, á lo que haría el último de los hombres ¡ay! escribe, como pobre cuitado, una carta, en la cual, ¡estúpido! lo da todo por concluido, por roto, y aconseja á la mujer querida nada ménos que el amor á otro novio. Nada queda ya en el mundo, ni amor, ni celos, ni odios, ni venganzas, ni virtudes. Lo bueno y lo malo se acaban juntamente á causa de una vida vulgar, monótona, uniforme, en cuyo fondo gris no sucede cosa alguna. Esta pasion debia concluir por el rapto ó

por el suicidio. Y concluye de la más prosáica manera, adhiriéndose el muchacho de la noche á la mañana al insensato parecer de sus desatentados padres, y aconsejando nada ménos que otro novio á su amada, extincto completamente su amor, puesto que se han extinguido las llamas visibles del amor, los celos. Y luégo querreis que yo, pobre viejo, en cuya gastada osamenta, próxima á descomponerse en la muerte, aún se conserva el rescoldo de las antiguas pasiones, animando mi voluntad y encendiendo mi sangre, transija de ninguna manera con esta juventud, atea en religion, excéptica en filosofía, egoista en moral, utilitaria en politica, juventud que calcula así la felicidad como el amor matemáticamente, que aconseja con frialdad un nuevo amador á la mujer á quien acaba de abandonar; que ni siente ni padece, como si en vez de alentarse al fuego de las pasiones, naturales en sus años, recibiera ya el hielo de la vejez, confundiéndose por lo fria,

por lo inerte, por lo rígida, con esos fósiles perdidos en las entrañas del planeta y dotados de todas las apariencias y todas las formas del organismo, pero sin un solo soplo de animacion, ni una sola centella de vida.

—No maldigais, dijo el conde de la Floresta á su tio, no maldigais por un sólo jóven á toda la juventud española. El defecto de la generalizacion, tan frecuente en las naturalezas meridionales, esa tendencia incontrastable á deducir de lo particular lo general, nos lleva por necesidad á mil errores. De lo hecho por Ricardo no deduzca V. en manera alguna que pudiesen proceder así todos los jóvenes de nuestro tiempo.

—Ricardo es el mejor de los jóvenes que he conocido; y cuando el mejor procede así, ¿cómo procederán los demás?

—La vida humana aparece como un misterio contínuo. No podemos juzgar las acciones humanas, porque no podemos conocer sus móvi-

les. Donde creemos que hay una falta, resulta por el motivo determinante una virtud. Donde nos parece que hay una virtud, resulta por los móviles una falta. Solamente Dios conoce las acciones humanas, porque solamente Dios escudriña sus móviles, misterios muchas veces insondables para nosotros, los míseros mortales.

—No hay móvil ninguno que pueda justificar ese cambio tan brusco, ese tránsito tan rápido desde el amor más exaltado al desvío más triste. Ricardo se ha gozado en subir tan alto, como á las cimas del cielo, á nuestra Elena para lanzarla desde allí á los más hondos abismos. Este amor reproduce la fábula del águila y la tortuga.

—Caso extraño, cuya razon no se alcanza á nuestra débil inteligencia, la cual penetra más fácilmente en el fondo de los abismos del cielo que en el fondo de los abismos del alma.

—Y es necesario casar á toda costa y á toda prisa la pobre Elena, sea con quien quiera.

—Imposible en estos momentos, con el corazon despedazado por completo, con la amargura de los desengaños en los labios, con el sentimiento todavía vivo, sin que el tiempo haya ejercido su virtud ni en los ojos se hayan secado las lágrimas.

—Pero ¿no comprendes que este rompimiento súbito ha de engendrar hablillas innumerables?

—Lo comprendo.

—¿No comprendes que el único medio de conjurar esas hablillas se encuentra en constituir pronto una familia para Elena, y en procurarle un buen matrimonio?

—Tambien es verdad.

—Pues apresurémonos. Ahí está el bueno de Jaime, jóven tan generoso, tan valiente, tan liberal, tan desprendido como el mismo Ricardo, y á quien tarde ó temprano amaria Elena.

—Difícil me parece.

—Mas, imposible el matrimonio con Ricar-

do, no ha de quedarse nuestra Elena para vestir santos, ni ha de ser con el tiempo una de esas cotorronas que padecen de los nervios, y fastidian á cuantos las tratan con sus desmayos, sus histéricos, sus aprensiones, sus patatuses. Líbrenos el cielo. Hay que darle marido, y pronto, muy pronto. Y de darle marido, ninguno como Jaime, que mil veces me ha hablado de su pasion exaltada con las lágrimas en los ojos; corazon de oro, inteligencia de fuego, voluntad de hierro; valiente como un Cid; entusiasta como un jóven de mi tiempo; sin escrúpulos de monja ni repulgos de empanada, cual ese adamado Ricardo; y tan capaz de tomar una fortaleza como de rendir un alma; resuelto en sus decisiones, tenaz en sus propósitos, constante en sus afectos, consecuentísimo con sus ideas, modesto en sus virtudes, y á quien creo bastante elevado para dar la felicidad á toda una nacion, y con mayor motivo á la delicada alma de una tierna niña, que sólo quiere lo

más fácil y más hacedero en este bajo mundo: amar y ser amada.

—Miradla, ahí viene, pálida y triste.

—Respetemos su dolor, dijo Tafalera, en estos primeros y supremos instantes de su natural explosion. Nada más difícil que contrariarlo cuando en esplayarse encuentra su único alivio.

En verdad, así que se emboscaron por el jardin los dos interlocutores, apareció Elena. El peinador blanco que la cubria, el cabello en desórden que le flotaba sobre la espalda, dábanle aspecto de trágica aparicion. Aquella frente, en otro tiempo tan tersa, tenía arrugas, como si en concebir pensamiento extraño se esforzase; aquellos ojos tan brillantes, que despedian chispas de vida, alzábanse ahora al cielo, cual si nada les llamase ya la atencion, ni pudiera fijarlos en la tierra, semejándose su mirada dulce y triste á la mirada de esas almas místicas ó en pena que suspiran por la redencion, ó que se esfuerzan por subir á otro mundo

mejor desde este bajo mundo. Palabras incoherentes salian de sus labios, palabras parecidas á los tristísimos gorjeos del ave cuando se encuentra abandonada de su querida pareja ó separada del nido donde pían sus idolatrados polluelos. En sus manos crispadas tenía una carta, y si alguna vez bajaba sus ojos era para fijarlos en aquellos renglones sobre los cuales caian, despues de la lectura, hilo á hilo sus lágrimas.

CAPÍTULO XIII.

ADIOS PARA SIEMPRE.

Elena: hemos acusado injustamente á nuestros padres. Cuando me apercibia con toda resolucion á la fuga proyectada he sabido por inexperadas revelaciones la irremediable imposibilidad de nuestro matrimonio. La naturaleza, el mundo, la sangre que corre por nuestras venas, todo cuanto creíamos que nos llamaba á la misma suerte y nos requeria á confundirnos en el mismo amor, todo nos separa y nos aparta con invencible separacion y apartamiento. Sabe el hecho, Elena mia, no sepas la causa. Resígnate á la voluntad de Dios, y no acuses ni á tu

padre, ni á mi madre; sobre todo, no acuses á tu infeliz Ricardo, que acaba de recibir en mitad del corazon una herida de muerte, á la cual no sobrevirá mucho tiempo su débil naturaleza. A pesar de la aparente tranquilidad que reina en mis expresiones; á pesar del trazo segurísimo de estas líneas y de estas letras; si oyeras al través de la distancia los suspiros que me cuestan, si presenciaras los extremecimientos que me obligan á separar la pluma del papel, y las lágrimas que inundan mis mejillas y ciegan mis ojos, acaso me perdonarias en este trance, comprendiendo que tan sólo te doy un sorbo de la hiel con que destrozo ahora mis entrañas y acabo mi existencia.

Me separé de tí con ánimo de volver á unirme contigo para siempre. Caí á los piés de mi desolada madre pidiéndola una bendicion sobre nuestras frentes que debia ser la bendicion del cielo. Sentí, pensé, desde el momento que tuve la dicha de verte, ligar mi vida con tu vida, ha-

cer de nuestras dos almas una misma y sola alma allá en los cielos, donde las almas se juntan y se confunden, allá en los cielos del amor. Comprende que la tierra donde pensaba vivir se ha desquiciado bajo mis plantas; que el horizonte á que creí deber aire y luz se ha venido en cenizas sobre mi cabeza; que la estrella única de mi vida se ha extinguido como un fuego fátuo; y que ando á tientas, entre ruinas, desconociéndome ya á mí mismo, como si fuera una sombra disipada en los abismos de la muerte.

¿Qué dirás de mí cuando recibas esta carta? ¿Qué idea te formarás del jóven á quien acabas de ver rendido á tus plantas, ofreciéndote una mano, que retira de pronto, sin razon y sin motivo plausibles? Amar á un sér, confundirle con el sér propio; no aspirar á otra luz que la luz de sus ojos; no vivir en otra atmósfera que sus blandos suspiros; unir á sus ilusiones nuestras ilusiones y á sus esperanzas nuestras esperanzas; ver al través de su existencia así la vida

como la muerte, así el tiempo como la eternidad; preferir su voz á todas las melodías del Universo y del arte, su proteccion á las fuerzas de la Naturaleza y su amparo al amparo mismo de la Providencia; y luégo, en un solo dia, perderlo para siempre, y perder con él todo cuanto nos ataba á la tierra, ¡oh! es una pena tal, que á su acerbidad no puede, no, resistir por mucho tiempo nuestra vida.

¡Cuán preferible contemplar el sér amado exánime y muerto! No respira, es verdad; no vive; dolor acerbísimo. Mas saber que respira y no respira en nuestra misma atmósfera; saber que vive y no vive en nuestra misma vida; saber que habla y no habla para halagar nuestros oidos, ¡oh! es un tormento tan cruel, que descoyunta nuestra alma. Mucho más felices que ahora seríamos reducidos á cenizas y encerrados en la misma sepultura, donde confundidos nuestros átomos, no pudiesen unos de otros separarse. El frio de la muerte habia de convertirse

en calor más fecundante que el calor del sol á la llama de nuestros amores.

Pero, ¿á dónde voy? ¿Qué pensamientos pasan por mi cerebro destrozado? ¿Qué locuras me atrevo á escribir, injuriando á Dios, injuriándote á tí, injuriándome á mí mismo? Perdona este momento de extravío, en el cual no volveré á caer. Nuestro afecto debe quedar reducido á una sencilla amistad, porque así lo manda el deber. Y al cumplimiento del deber no podemos sustraernos sin subvertir esas eternas leyes morales por cuya virtud penden nuestras almas de Dios. Elena, he dejado para siempre de ser tu amante. No hay poder humano que tuviese ni fuerza ni autoridad para hacerme tu marido. Debemos renunciar por toda una eternidad al cariño exaltado que nos profesábamos. Debemos querernos tranquilamente como dos amigos, como si hubiéramos nacido del mismo seno y criádonos en el mismo regazo. A la exaltacion tiene que suceder precisamente una serenidad

bien distante de las antiguas tempestades. Hé ahí lo que exige de nosotros el deber; hé ahí lo que tu Ricardo está dispuesto á cumplir con todas sus fuerzas y á observar en toda la duracion de su vida. No hay remedio. Así lo requiere la fatalidad.

Cuando lo supe, no sabía qué decir, á quién acusar, de quién dolerme y quejarme. Instintivamente llevaba la mano al corazon y creia acabados sus latidos. Erré algunos minutos por mi casa, sin saber á dónde iba y de dónde venía, como si hubiera salido del tiempo y del espacio. Luégo entré en mi cuarto y caí de rodillas ante un crucifijo, hermoso objeto de arte, convertido por el estado de mi ánimo en santo objeto de religion. Yo no sabía, sin embargo, qué pedirle cuando estaba cierto de que no podia concederme lo único deseable, tu amor y tus caricias. Le pedí un cláustro ruinoso cubierto de zarzas y de yedras; una sepultura sobre la cual creciesen las ortigas y la cicuta; lágrimas, siquiera

fuesen del rocío; miradas, siquiera fuesen de la luna, para la tierra removida; los brazos de una cruz de piedra extendiendo su sombra sacrosanta y guardando la eterna rigidez de mi cadáver. Pero entónces recordé cómo no hay átomo que se pierda y se aniquile; entónces recordé cómo el aliento que se escapa de mi pecho vuela á depositarse en el cáliz de las flores y á pintar sus hojas; cómo las moléculas que circulan por mi cuerpo, venidas quizás de un astro lejano por virtud del calor y de la luz universal, van á juntarse en nuevos séres sin que ninguno de ellos se pierda ó se aniquile; y creí y proclamé la inmortalidad, tan sólo para esperar encontrarte en otro mundo mejor cuando desceñidos de la manchada materia y en toda su pureza la esencia de nuestro sér, podamos amarnos en la eternidad como las almas aman á Dios en la bienaventuranza.

Y todos estos pensamientos, extraños en mi desesperacion, se condensaron sobre una sola

idea fija, sobre la idea de mi muerte. Matarme parecíame tanto como dudar de la eficacia de mi dolor y de su crueldad. Para acabar pronto no hé menester más arma que esta pena mia, clavándose y hundiéndose en lo profundo de mi corazon y de mis entrañas. Yo estoy seguro, segurísimo, de que pronto, muy pronto, habrá de dar estrecha cuenta de mí esta idea: no somos hoy lo que éramos ayer. Hora maldita en que supe tamaña desventura, ¿por qué ántes de revelármela no me aniquilaste? Feliz hubiera muerto sin conocer este dolor, el más cruel sin duda alguna de todos los dolores humanos. He querido borrar de mi pensamiento el triste suceso; volver á mi anterior estado, siquiera por un minuto; departir con las flores de mis macetas y las avecillas de mis pajareras, á las cuales contaba yo con la muda elocuencia de los suspiros tu amor y mi felicidad. Pero ¿son las mismas? No deben ser, porque me han parecido las unas marchitas y tristísimas las otras.

No deben ser, porque no han sonreido las flores ni han gorjeado las aves como ántes sonreian y gorjeaban. En mi pena me he arrojado sobre el lecho como si me extendiera en el sepulcro. He llorado mucho y no he conseguido descargarme de mi afliccion. Desesperado, he corrido á la calle para huir de mi hogar á ver si huia de mí mismo. Las gentes me miraban con extrañeza, sin duda por lo desceñido de mi traje, por lo demudado de mi rostro, por lo descompuesto de mi cabello en desórden. Afortunadamente era ya de noche, y no podia notarse mi pena como de dia, á cuya luz hubiera con seguridad hecho exactamente lo mismo. Ignoro si fué mi instinto ó si fué la Providencia quien me condujo hasta las puertas de un cementerio. Pero recuerdo que entré, que pisé los huesos, que removí la tierra, que palpé las sepulcrales lápidas, que ví el reflejo siniestro de los fuegos fátuos y el siniestro mirar del buho y de la lechuza, que me revolqué sobre aquellas plantas, agarrándome á las ramas de los cipreses

como á un último asidero en mi naufragio. Mis brazos volvieron á levantarse al cielo; mis labios volvieron á invocar á Dios. No le pedia cosa alguna; pedíale tan solo el aniquilamiento perpétuo, el sueño eterno. Las estrellas que tantas veces habíamos mirado juntos en las noches de estío, cuando embebecidos uno en otro buscábamos con nuestros ojos lo infinito, me parecian lámparas funerarias, tristes como esta misma tierra en que hemos sido tú y yo tan desgraciados. Y ¿cómo habian de parecerme otra cosa, cuando estaba seguro de que la esencia de tu aliento no subiria hasta mis labios entreabiertos; de que el rayo de tu mirada no penetraria como una idea hasta mi cerebro; de que el crugir de tus vestiduras no halagaria mis oidos; de que la música de tu palabra no trasportaria á mundos desconocidos mis pensamientos; de que tus sedosos cabellos no rozarian mi frente; de que jamás el aire volveria á repetir esta palabra anhelada, te amo como cuando respirabas, Ele-

na, sólo para mí, para tu amante? Entónces la tierra se hermoseaba, los cielos resplandecian con nuevos resplandores, las estrellas nos mandaban ecos de sus himnos al Creador, el Universo entero se trasparentaba como para revelarnos las santas verdades ocultas en sus senos. ¡Cuán felices éramos uno y otro! ¡Cómo nos parecia la vida inacabable! ¡Cómo el placer purísimo nos trasformaba á nuestros mismos ojos haciéndonos creer que éramos inmortales! Vivir tú para mí; vivir yo para tí: hé ahí el secreto de todo nuestro sér, la aspiracion necesaria de nuestros dos corazones.

Mas ¿por qué amontono todas estas cosas, ya sin ningun sentido? ¿Por qué evoco todos estos recuerdos, ya deshojados y marchitos á mis plantas? Te anuncio que la naturaleza de nuestra pasion ha cambiado, y escribo como si nada absolutamente nos hubiera sucedido á nosotros; como si estuviéramos todavía en tu jardin, á orillas de la fuente, donde se retrataban los faro-

les venecianos, acariciados por las auras del cielo y por las armonías de la orquesta, lanzándonos uno en brazos de otro á los vértigos del baile, no por bailar, sino por estrecharnos fuertemente y confundir las dos amorosas almas en la luz de nuestras miradas y en el aroma de nuestros alientos. No, no pensemos en eso, porque con sólo pensar perpetramos el mayor de los crímenes. Pensemos en nuestra única esperanza, en la playa serena donde arribaremos un dia, en la muerte. Mi sepultura estará aquí, en España, donde te he conocido y te he amado. Escogeré la aldea meridional de cuya rada mis antepasados, los fundadores de la familia de mi madre, salieron para pelear é imperar en América. Aunque mis ojos estén huecos y vacíos, yo necesito aquella luz para calentar mis cenizas; aunque mis oidos estén sordos, yo necesito como una eterna plegaria el rumor de las ondas mediterráneas penetrando entre las tablas de mi ataud, y resonando en la

cavidad de mi sepultura. Allí viene más pronto la golondrina y se calla más tarde el ruiseñor. Allí florece, en los secos torrentes, el verde laurel con que yo habia soñado tantas veces y que habia creido, en las ilusiones de la juventud, propio para mis sienes. ¡Cómo te agradeceré que alguna vez recuerdes que allí están mis restos, y vayas á depositar desde cualquier punto de la tierra donde te encuentres, algunas flores regadas con tus lágrimas! Mis huesos saltarán de gozo en su soledad. Nadie deberá saber cuál ha sido mi desgracia, ni tú misma. No se la digas á ningun sér humano, porque en el mundo castíganse las desdichas fatales como si fueran culpas propias. Sin embargo, cuando veas dos flores que se mecen sobre el mismo tallo; cuando dos cansadas alondras vuelvan de su vuelo á lo infinito y por casualidad descansen un momento en las ramas de los sáuces plantados sobre mi sepulcro; cuando la brisa del mar arranque su polen á una palmera para de-

positarlo en el cogollo de otra palmera extremecida; cuando la luna bese con sus amorosísimos rayos á su esposo, á nuestro planeta, cuéntales, á fin de que me compadezcan y lloren contigo sobre mis restos frios, cómo yo he sido el sér malaventurado y maldito para quien el amor se convirtió, al brotar dentro de su pecho, en imposibilidad incontrastable, en verdadero crímen.

¿De qué ha servido el venir á la tierra, si en la tierra no he acertado á conocer la pasion de las pasiones, no he acertado á conocer el amor? Nadie me ama. Nadie une su existencia á la mia. No hay un pensamiento fijo siempre en mi nombre; no hay una memoria que guarde perpétuamente mi recuerdo. Al acercarme á mi casa no tengo quién me espere. Al habitarla no encuentro quién comparta ni mis alegrías ni mis penas. El dia de ayer completamente falto de recuerdos; el dia de mañana completamente falto de esperanzas; por toda vida un desierto. Dentro de poco, cuando mueran los seres, na-

turales predecesores mios en las sendas de este mundo, ni tendré á quien llorar, ni tendré quién me llore. No veré en mi casa abandonada las próvidas manos que todo lo arreglan; la dulce sonrisa que todo lo embellece; la tierna mirada que todo lo ilumina; la melodiosa palabra que todo lo armoniza; el sentimiento, que todo lo vivifica; es decir, el cuidado, la sonrisa, la mirada, la palabra, el sentimiento de una mujer unida á mí por la eleccion de la voluntad y consagrada por el óleo de la virtud, cuyo amor, sin dejar de ser un goce delirante, es al mismo tiempo en la conciencia paz, y título de consideracion y de estima á los ojos del mundo. ¡Ah! Al salir de mi casa no me contarán el tiempo que estoy fuera ni me preguntarán cuándo vuelvo. Desierta y fria como la tumba misma, no se oirán las sonoras carcajadas, los ruidosos juegos, las precipitadas carreras, los dichos entrecortados, las palabras sin sentido de los sonrosados niños que vuelan como las mariposas,

que pían como los nidos, que encantan como el alba, que perpetúan con su inocencia nuestra inocencia, y renuevan con su infancia en la vida nuestra propia infancia. Ningun estímulo para el trabajo; ningun incentivo para la gloria; ningun deseo de ilustrar un nombre que nadie ha de llevar; ninguna compañía grata en las largas veladas de invierno al amor de la lumbre y al borde de la chimenea; ninguna esperanza de mezclar mis huesos con otros huesos queridos en el frio seno de la muerte. Soledad, soledad, eterna soledad por todas partes; hé ahí cuánto descubro en torno mio desde este momento al momento supremo de mi muerte.

Pero ¡ah! tal estado es mucho más horrible cuando se trata de una mujer; mucho más horrible cuando de tí se trata, Elena mia. Por consiguiente, siendo imposible nuestro matrimonio (perdona las manchas de esta hoja, ¡he llorado tanto!) siendo imposible nuestro matrimonio, ruégote que no cierres tu corazon á la

esperanza de ser feliz al lado de otro hombre á quien ames al cabo como seguramente me hubieras amado á mí. No te exalte, no te extrañe esta proposicion presentada por aquél, que ayer mismo hubiera inmolado con rabia á quien le disputase tu corazon ó se hubiera muerto de pena al saber la existencia de un rival afortunado. Entre los muchos deberes que la fatalidad me impone, el primero quizá es tambien el más penoso; procurar por los medios imaginables tu ventura doméstica junto á un marido á quien ames con todo tu corazon y que con todo su corazon te ame. Pero no lo dudes; cumpliré este deber con el rigor extremo con que he cumplido todos mis deberes. Podrá costarme la vida, es verdad, pero la vida será eternamente el primero entre todos los holocaustos exigibles por la conciencia y por el deber. Escoge un marido en quien se unan las prendas corporales con las prendas morales. No te enamores de hermosas apariencias; que la

hermosura externa pasa pronto, y pronto satisface, miéntras la hermosura del alma guarda para cada dia una sorpresa y en cada sorpresa un encanto. No te dejes llevar del instinto ciego, del primer impulso de la voluntad, sino de la reflexion unida al amor; porque las obras eternas, como un matrimonio feliz, se han de preparar y concluir maduramente. No atiendas á ninguna ventaja material; ni á la cuna, ni al nombre, ni á la riqueza, ni á la gloria: para amar, lo verdaderamente indispensable es el amor. Trata mucho y durante el mayor tiempo posible á la persona en cuya compañía vas á pasar toda tu existencia. Procura conocerla en todos los actos de su vida; estudiarla en todos los repliegues de su corazon, porque no sabes cómo la cosa más mínima decide del amor, y cómo el amor, súbitamente acabado, cuando no queda reparacion ni remedio, acibara el matrimonio y emponzoña la vida. Cerciórate de que la persona elegida es digna de tí, y ha de ele-

varte y ennoblecerte á tus propios ojos. La mujer que pierde la estimacion á su marido, cae en una degradacion moral, que si no hiere su honra, pervierte su alma. Despues de casada no tengas ni más teatro ni más baile que tu casa; ni más diversion que contemplar el rostro de tus hijos; ni más trabajo que la educacion de aquéllos destinados á sucederte y á honrar tu nombre con sus acciones. Para realizar esta obra de abnegacion solamente hás menester el amor, el amor, siempre el amor.

De mí no vuelvas á acordarte. Baja los grados de tu amor hasta convertirlo en el afecto sencillo que se profesa á un amigo, á un hermano. Para combatir la pasion que aún pudiera quedar en tu pecho, oponla esta idea, la idea de su completa imposibilidad. Yo soy como Satanás; me encuentro imposibilitado de amar. Y como me encuentro imposibilitado de amar, me encuentro tambien imposibilitado de vivir. Soñé un dia con la libertad; pero no puedo ya ser-

virla, puesto que no puedo tenerla para entregarla á una mujer adorada. Soñé con la ciencia; pero las otras verdades me son de todo en todo indiferentes, desde que sé á ciencia cierta esta verdad desconsoladora, que nunca seré feliz. Soñé con el arte; mas para subir á sus esferas celestes y trasformarse en su impalpable ether, hay que pedir luz á la mirada de una mujer que sea la Pitonisa de sus secretos, la Musa de sus apiraciones, la Diosa de su religion. Ni siquiera el trabajo me llama y me atrae, pues no tiene el trabajar para quién sea, ya que este pobre solitario vive sin posteridad y sin esperanza. Por eso te pido lo único que ya puedo pedirte; un recuerdo, un suspiro, una oracion, una lágrima en la hora próxima de mi muerte. Adios, Elena, adios para siempre.

CAPÍTULO XIV.

FINIS.

Han pasado dos años despues de todas las escenas que hemos en los anteriores capítulos descrito. Antonio se ha llevado su hija á París, y con su hija se ha ido toda la familia, sin excluir el viejo tio, empeñado en hacer á toda costa y á toda prisa la felicidad de Elena en el seno de bienaventurado matrimonio. Las exigencias de la política, una conspiracion descubierta como suelen descubrirse siempre todas las conspiraciones en España, ha llevado tambien á París al bueno de Jaime, cada dia más enamorado de la libertad y de Elena. Allí el marqués de la Tafa-

lera ha conseguido dos cosas: primera, que la jóven comprendiese toda la imposibilidad de sus amores con Ricardo; y segunda, que se resignara á nuevas relaciones. Nadie en la familia pudo penetrar la causa de la separacion entre Elena y Ricardo; pero todos la veian como irremisible é irremediable. Los dos amantes no volvieron á verse ni á escribirse. Entre tanto Jaime visitaba todos los dias el palacito de los condes de la Floresta en la Avenida de los Campos Elíseos. Y aunque lo visitaba, si bien decia á todos cuánta era su pena, jamás se lo decia á quien más necesitaba saberla, jamás se lo decia á Elena misma, despues de su última inapelable repulsa en el jardin de Madrid. Y la causa de este silencio estribaba en razon sencillísima que enaltecia su carácter: Jaime ignoraba la ruptura de las relaciones y no queria dañar á un amigo tan amado como Ricardo, aunque fuese á costa de su eterna felicidad. Mas no se necesitaba ir mucho tiempo á la casa para saber el triste caso.

Allí estaba la trompeta de la fama, el marqués de la Tafalera. Y áun despues de sabido insistió el pundonoroso jóven, por otras razones no ménos valederas, en retraerse de toda declaracion que pudiese parecer infidelidad, sino á su amigo, á la memoria de su amigo. En vano el marqués, á quien la ancianidad diera monomanía de casamentero, le demostraba la extraña naturaleza de los amores de Ricardo, el cual, en los dias mismos de su ruptura con Elena y en la carta última, le aconsejaba un matrimonio que fuese la felicidad de la vida para ella, la paz del alma para él. Jaime no osaba declararse, diciendo que solamente lo haría, aunque en pedazos el corazon se le partiese, autorizado por Ricardo, á quien no volvió á hablar del amor sentido por Elena desde el dia en que, á impulsos de irreflexivo sentimiento, se lo reveló con francas revelaciones dictadas por rapto de pasion.

Tales dificultades convirtiéranse en obstáculos insuperables para otro que no fuese nuestro

buen marqués. En seguida se le ocurrió el expediente que todo lo resolvia y el medio que todo lo allanaba. Imposible, dada la formalidad de Ricardo, imposible en él decir una frase por decirla, sin ánimo de encarnarla en la realidad, tal como la tenía en el pensamiento y en la pluma. Dijo que se creia el primer interesado en procurar á Elena un venturoso enlace; y precisaba que cumpliera lo dicho. Y la mejor manera de cumplirlo consistia en interceder con Jaime para que Jaime se casara. Y si Ricardo intercedia, Jaime indudablemente se casaba; pues no queria otra cosa. Tafalera, que en achaques de amor podia pasar, no ya por bachiller ó licenciado, sino por uno de los primeros doctores, comprendió bien el estado del ánimo de los dos jóvenes. Elena jamás se curó totalmente de su pasion por Ricardo. Pero el amor, como todo, se estrella cuando choca en lo imposible. Lloró, gimió; se puso pálida y ojerosa; sus dias se pasaron en ataques de nervios con-

tínuos; sus noches en contínuos insomnios; pero al cabo tuvo que rendirse á la realidad y que entregarse al impulso de la corriente, al impulso de la vida. El mandato categórico de su padre; el parecer unánime de la familia, que sin acertar con el misterio en sí, comprendia ó adivinaba la imposibilidad del matrimonio; la carta misma de Ricardo en el momento de aguardarlo para una fuga resuelta y frustrada; todas estas razones bastaron á persuadirla de que su amor no tenía esperanza alguna sobre la tierra. Y ya sabeis lo que significa la desesperacion. Ya sabeis cómo un amor que no se alimenta en las llamas de la vida, en las esperanzas ¡ay! ó mata ó muere sin remedio. De otra suerte imposible vivir en los celos y recelos sin término; en los delirios sin tregua; en los deseos sin satisfaccion; en los ensueños sin realidad; en los combates sin victoria; en las esperanzas que han de terminar forzosamente por una desesperacion muy parecida á la muerte. ¿La pasion no mató

á Elena? Pues la pasion murió en Elena. Las palabras misteriosas de su padre; la carta desgarradora de su amante; la separacion interpuesta tan á tiempo; la vida de París, y ¿por qué no decirlo de una vez? hasta la presencia de Jaime la consolaban de su perdido amor y la impulsaban á sentir otro nuevo, si ménos intenso, ménos ocasionado tambien á tempestades. Principios de olvidar á Ricardo, principios de inclinarse á Jaime; propicia ocasion para tejer nuevas relaciones, sobre todo, tratándose de jóvenes tan accesibles al amor, y entre los cuales se levantaba un tercero tan hábil en urdir matrimonios como el marqués de la Tafalera. ¿Qué muralla habia entre los dos jóvenes? En Elena el recuerdo de su amor á Ricardo, y en Jaime el escrúpulo de su amistad á Ricardo.

Pues todo lo resolvia Ricardo. De un tiro mataba dos pájaros. Precisaba acudir á él como á la solucion de todos estos problemas y como al Deus ex máquina de todos estos dramas. El

marqués comprendió bien pronto que una carta no valía cosa, y pretextando negocios urgentes en Madrid, tomó el tren y se encajó sin descansar desde la capital de Francia en la capital de España. No acabaríamos nunca si hubiéramos de relatar todas las reflexiones que en el camino se le ocurrieron. ¡En qué mal hora atacaron lòs románticos, decia, las unidades clásicas, á las cuales prestaba nuestro buen Moratin su fervoroso culto! En estos dias, con los ferro-carriles y los telégrafos eléctricos, las más embrolladas comedias, las más terribles trajedias, se desenlazan con facilidad en veinticuatro horas. Este drama terminará pronto, gracias á la celeridad del movimiento contínuo y á la rapidez de comunicaciones. Y ya veis cómo el romanticismo, pretextando culto á la verdad, resulta inverosímil. Un alumno de la escuela huguesca ya hubiera matado con puñal ó con veneno á Ricardo, á Elena, á Jaime, á cualquiera de los personajes. La realidad viviente es mucho más clásica.

La realidad viviente no tiene esas catástrofes tan grandes como inverosímiles. Elena, que no ha podido casarse con Ricardo, se casa con Jaime; y Laus Deo. Jaime, que no ha podido ser plato de primera mesa, se resigna á ser plato de segunda; y andando. En cuanto á Ricardo, nada mejor que procurarle de cualquier manera la tranquilidad de toda su vida. Anudó unas relaciones por pasion y las rompió sin motivo. Pues ahora se le presenta la gran coyuntura de escapar á todo remordimiento uniendo á dos amantes á quienes, quizás sin culpa, habia hecho infelices. Y Tafalera se frotaba las manos creyendo contentar á todo el mundo y contemplando las correcciones clásicas de nuestra vida, que desenlaza por plácidos matrimonios las mayores trajedias.

En cuanto hubo llegado á su casa y limpiádose el polvo del camino, tomó un baño para reparar sus fuerzas y un sueño para reparar su cerebro. Y en cuanto, lavado y dormido, pudo

ponerse de pié, mandó la correspondiente carta á Ricardo pidiéndole hora para una entrevista. Inútil decir que Ricardo le dió la hora más próxima á la recepcion de la carta y que Tafalera se presentó á la cita con su acostumbrada exactitud. Nunca se presentara si hubiera de saber la emocion que le aguardaba. El jóven, por quien tan grande amistad habia tenido en otro tiempo, se le aparecia, no tanto enfermo como triste; pero de una tristeza mortal. Notábasele en cada una de sus palabras el esfuerzo que debia hacer para hablar. El entrecejo fruncido, los ojos apagados, la frente surcada por esas arrugas que abren las ideas fijas, los labios contraidos por mortal sonrisa, decian bien á las claras cuánta era su desdicha y cuántos estragos y destrozos causara en su pecho. Y eso que, al entrar el marqués, con su aire de alegría, con sus bromas de rúbrica, con sus paralelos entre el viejo y el nuevo mundo, no pudo ménos de sonreirse con cierta alegría que pareció sobre sus dolores

como un nido ó una flor sobre las tumbas. ¡Ay! Reanimáronse todos sus recuerdos y creyó ver la vuelta dichosa de su pasada vida. Sus ojos brillaron con plácido brillo. Pero en cuanto le habló el marqués de la embajada que traia, volvió á caer en la tristeza más profunda, y en tal manera, que hasta la voz se le anudaba en la garganta y las lágrimas le venian á los ojos sin que pudiese en manera alguna reprimirlas. Mas accedió á todo cuanto creyó el marqués necesario al enlace de Elena y Jaime, cumpliendo su deber por el culto profesado eternamente al deber. Llegó á más; llegó á prometer su presencia en una boda tan satisfactoria para él y que le procuraba tres cosas igualmente deseables: el matrimonio de Elena, la felicidad de Jaime y la paz de su conciencia.

El marqués, que se entristeciera mucho al ver la tristeza de Ricardo, se alegró mucho más de lo que ántes se habia entristecido, al ver el completo éxito en la ideada empresa y la proxi-

midad del matrimonio. Estábamos por Agosto del sesenta y ocho, y harto luto, en su sentir, llevaba Elena en dos años al malogrado noviazgo de Ricardo, roto por Agosto ó Setiembre del sesenta y seis. Luégo la atmósfera de España olía á tormenta y el marqués necesitaba dejar arreglado su negocio ántes de que una oleada política se llevase de nuevo á Jaime por esos mundos, en pos de riesgos que habian de conjurar mucho los brazos de una jóven y amantísima esposa. No bien recogió las cartas que creyó necesarias, despues de reposar veinticuatro horas, partióse de Madrid á París, más contento que unas pascuas. A la melancolía de Ricardo, que tan desagradablemente le afectara en los comienzos de su visita, no le dió luégo importancia alguna, pues desde el dia en que le viera renunciar á su fuga, y por ende, á su matrimonio, túvolo ántes por destinado á un convento de cartujos que por destinado á los goces del mundo. Si lo hubiera visto despues que lo dejó;

si hubiera presenciado los sollozos que partian su pecho; los extremecimientos que doblaban todo su cuerpo; las lágrimas llovidas por sus ojos enrojecidos; las ideas de muerte acariciadas por su extraviada mente; el dolor, el inmenso dolor con que consumara el sacrificio pedido por la conciencia, compadeciera con profundísima compasion al desdichado mártir del deber.

Y lo cumplió Ricardo hasta el fin. Como su madre estaba pendiente de su voluntad, persuadióla á que le acompañase á París. Con la sabiduría innata en las madres, opúsose Carolina á este viaje que un secreto presentimiento le hacía odioso. Mas, como quiera que despues de sabidas su infamia y su deshonra, las atenciones de Ricardo para ella y sus muestras de cariño se redoblaron diariamente, en vez de disminuirse como recelaba y parecia natural, no osó oponerse á un deseo de su hijo, expresado con verdadera vehemencia. Luégo Carolina

era al cabo mujer, y tenía dos intereses propios en el viaje ideado; primero procurar una distraccion tal vez saludable á la melancolía de Ricardo, y segundo ver, siquiera fuese á hurtadillas y de léjos, á su idolatrada Elena. Se habian hecho tales encarecimientos de la boda, de su felicidad, de las prendas de su yerno, que todo esto llevaba alguna alegría á su corazon de madre y ponia alguna gota de miel en sus acerbas penas. Y en verdad era muy difícil que averiguase el secreto móvil de la accion de Ricardo, á saber, clavarse el puñal de sus celos y de sus penas hasta la empuñadura á ver si lograba lo que tanto apetecia; la muerte.

No hubo remedio. El marqués de la Tafalera, que cedia todos sus bienes al nuevo matrimonio en vida, con la condicion única de que lo cuidaran como á un padre ó á un abuelo, quiso celebrar aparatosamente en el aparatoso París la boda. Así es que hubo una procesion de carruajes desde los Campos Elíseos á la alcaldía

del distrito, y desde la alcaldía del distrito á la iglesia parroquial. Y el carruaje más lujoso fué el carruaje donde iban Ricardo Jura y su madre, acompañados de Arturo y Federico, los cuales aún disputaban sobre su tema favorito en pleno París y en plena ceremonia, sobre si este planeta nuestro es el mejor ó el peor de los mundos posibles. El optimista hubiera podido encontrar miles de argumentos para su optimismo en la felicidad de aquella boda y en la alegría de aquel París que, por una singular excepcion, lucía su cielo azul y su sol espléndido, en cuanto pueden ser para un meridional azules y espléndidos cielos y soles del Norte. El pesimista, al revés, hubiera podido encontrar otra clase de argumentos en la tristeza de Ricardo, si la tristeza de Ricardo no desapareciera aquel dia tras una especie de demencia tan gozosa, tan delirante, tan extraña á su carácter, que bien podia llamarse siniestra, muy siniestra alegría. ¿Habeis visto la última llamarada de

una lámpara que se apaga; la última mejoría de un enfermo que agoniza; la última hora de un tísico á quien da la fiebre todas las exaltaciones de la vida? Pues así era la alegría de Ricardo, una alegría mortal, con la que aceleraba su fin.

Sin embargo, al ver salir á Elena con su vestido blanco, su velo de desposada, su corona de azahar; al verla embellecida por el rubor, tuvo un ahogo que le obligó á sentarse y que concluyó por fuerte tos, á cuyos sacudimientos diríase que el pecho se le despedazaba. La concurrencia, embebida en contemplar la hermosura de Elena y la riqueza con que iban adornadas todas las damas concurrentes á la boda, no oyó los fúnebres sonidos, cuyos ecos acompañaban con su siniestra cadencia la general alegría. Bien es verdad que, deseoso Ricardo de no revelar sentimientos ahogados por la voz del deber, mandó á sus nervios con imperio, y sus nervios le obedecieron con sumision hasta el extremo de acallar la tos y perderse en la concurrencia,

como el más contento y satisfecho. Trasladados de la casa nupcial á la alcaldía, nuevas nubes oscurecieron la frente de Ricardo, nuevos ahogos asfixiaron su pecho, nuevos desmayos sobrecogieron sus fuerzas, cuando la feliz pareja pronunció el sí eterno que ya no podia revocarse en el mundo. Diríase que bajaba sobre los párpados del jóven la soñolencia de la muerte. Carolina, aunque seguia con verdadero éxtasis todo el ceremonial de la boda de su hija, en cuyas incidencias estaba como absorta, notó la pena de Ricardo y le preguntó si por acaso se sentia mal. Pero Ricardo volvió á sobreponerse á su naturaleza física con la energía de su naturaleza moral, respondiendo sencillamente como si sentia algun malestar lo achacaba al concurso inmenso rebosando en la alcaldía y al enrarecimiento del aire desvaneciendo la atmósfera. En efecto; cuando bajaron para tomar el coche, vieron cuantos le acompañaban que recobraba la energía de sus fuerzas y el buen hu-

mor de su ánimo. Así continuó departiendo sobre todo, armando cierta algazara, como si quisiera aturdirse, hasta la iglesia parroquial, donde el sí dado ante los hombres y repetido ante Dios, volvió á asestarle una puñalada tan fuerte, que se cayó al suelo como herido de un vértigo, sí, vértigo fugacísimo, y de consiguiente confundido por todos con una caida cualquiera. De esta suerte continuó todo el dia, pisándose las entrañas y haciendo como que estaba gozoso, hasta el punto de engañar á la concurrencia. En el banquete otro ataque de tos, prontamente reprimido, le impidió brindar. En el baile, que sucedió al banquete, los ahogos de su pecho le impidieron bailar. Y cuando perdió la luz de sus ojos y hubo de agarrarse al buen Arturo, que iba á su lado, para no caerse de nuevo, fué al enseñarle el marqués de la Tafalera la cama nupcial, verdadera joya de arte. Su pena crecia, crecia conforme la hora de separarse los novios y recluirse en su camarin de

bodas, adelantaba, adelantaba. Milagrosamente tenía consigo á su madre, por vez primera en una fiesta tras su viudez, trasformacion de todos notada y sólo debida al afan con que contemplaba á su hija, besándola en cuantas ocasiones lo podian pedir las conveniencias, con ardor tan extraño, que conmovian misteriosamente á Elena. Y el pobre Ricardo trataba de ocultar á su madre el horrible dolor que sufría; é iba ocultándose por los rincones como uno de esos buenos perros, los cuales diz que huyen la casa de sus amos, cuanto se sienten mal, para no acongojarles con su agonía y con su muerte. Mas allá, á la una de la madrugada, sentado en un sillon, su cabeza temblaba como si la sacudiera una apoplegía, sus ojos iban tomando el vidrioso brillo del ojo de los cadáveres y la lengua se le pegaba á las secas fáuces. Y nadie fijaba su atencion, nadie, en aquel extraño sér que se moria, miéntras los novios escuchaban toda suerte de plácemes y los jóvenes corrian

en vertiginosas vueltas de baile al són cadencioso de la música. Por fin llegó la hora mortal para Ricardo. Los dos seres felices iban á separarse, y cogidos del brazo, despedíanse de toda su comitiva. Por una extraña casualidad, Ricardo fué la primera persona á quien se dirigieron. Jaime le cogió una mano y Elena la otra, sin que de la silla se moviera. Pero, al contacto de aquellas dos manos, como un cadáver galvanizado por la corriente eléctrica, se levantó con prontitud, miró á Elena con arrobamiento, recogió todas sus fuerzas como para decir una palabra ahogada en sus labios, y cayó al suelo desplomado. Los concurrentes se lanzaron sobre el cuerpo, y ántes que todos Elena y Carolina. Ésta buscaba el corazon de su hijo dando suspiros ahogados, que parecian rugidos feroces, y no podia encontrarlo, por lo cual lanzaba de sus ojos un relampagueo horrible. Aquélla, con la rodilla izquierda en tierra, ponia la hermosa cabeza del que fué su amante sobre la rodilla

derecha, y como que lo envolvia con su velo de boda trocado, sin que lo adivinara, en verdadero sudario. Jaime, de rodillas tambien, buscaba el pulso de su amigo y sentia faltarle las fuerzas al sentir que no lo encontraba. Por fin, uno de los tres ó cuatro médicos asistentes á la boda, se dirigió al sitio donde todos se aglomeraban y dijo, despues de haber examinado al enfermo, con profesional franqueza, sin considerar los corazones á los cuales pudiera herir:—Se le ha roto una aneurisma que padecia y no hay cosa que hacer; esta muerto.

Al oir esta palabra, Carolina se levantó dejando su hijo en tierra sobre las rodillas de Elena y entre las manos de Jaime, se levantó como si buscara alguna persona. Y en efecto; buscaba á Antonio que, asistiendo como ella á la ceremonia, se esquivaba cuanto un padre puede esquivarse en la boda de su hija; y al saber la catástrofe se habia quedado hecho casi de piedra, rígido y frio, tanto más cuanto que

el marqués de la Tafalera, tomándolo por un simple desmayo, acababa de declamar á roso y belloso con bien verdes consideraciones contra los ataques de nervios de Ricardo, accidentes propios de una hembra, los cuales perturbaban la boda en el instante supremo. Así hubiera querido irse al oir la terrible palabra del médico y la voz más terrible todavía de «muerto, muerto,» repetida por los concurrentes en aquella atmósfera cargada con los vapores del sarao, los aromas de los ramilletes, los humos del vino, los acentos de la música, los rumores del baile. Y no pudo irse, porque una carcajada de Carolina le heló tristemente la sangre en las venas y le petrificó en su sitio. La infeliz mujer, que á la palabra del médico perdiera la razon, cogió por el brazo á Antonio con esa fuerza hercúlea que tienen los locos, y arrastrándole hasta donde estaba el cadáver, gózate, exclamó, en tu obra. Hé ahí cómo ha sido castigado nuestro crímen horrible en ese inocente. Ricardo, el

hijo de mi matrimonio, se enamoró de Elena, la hija de tu adulterio. Y hubo necesidad de revelarle nuestra falta y la imposibilidad de su amor, revelaciones que le han costado la vida. Un grito de horror salió del pecho de todos los concurrentes. Y tales palabras fueron ya las últimas que pronunció Carolina con alguna cordura, pues desde aquel momento hasta el fin de sus dias sólo supo decir incoherencias, ni más ni ménos que su marido el caballero Jura. La escena fué tan terrible, que el marqués de la Tafalera tuvo un acceso de apoplegía aquella misma noche, del cual quedó paralítico, sobreviviendo sólo un año, pues casi dia por dia sufrió el segundo acceso que le llevó á la muerte. Antonio, sin querer que la luz del nuevo amanecer le viera en París, se enterró en un convento de los Alpes, despues de haber encerrado á Carolina, cuya locura se volvió á las dos horas tan furiosa, que hubo necesidad de recluirla en un manicomio, á pesar de los alaridos dados por

Elena, cuya noche de boda se celebró de esta suerte, con la apóplegía del padrino, la despedida eterna del padre, la muerte fulminante del hermano, la locura furiosa de la madre. Así jamás volvieron á verse abiertas las ventanas del palacio de los condes de la Floresta en la Avenida de los Campos Elíseos. Jamás este matrimonio, ni mucho ménos el de sus ahijados, Elena y Jaime, volvieron al mundo, consagrados á emplear en obras misteriosas de caridad las inmensas fortunas dejadas por tantos infelices. El dia que depositamos los restos de Ricardo en el primer cementerio de París, prometí, ocultando los nombres por respeto á una gran desventura, escribir esta historia solamente para enseñar á las familias cuán terribles son las consecuencias de un matrimonio sin amor. La obra será mala, porque la emocion se ha sobrepuesto en ella al arte; pero es tan buena la intencion, que confio en el rescate de tantos errores y tantas faltas. Bien sabe Dios que no me ha guiado otro mó-

vil. Y concluyo, porque estos tristes recuerdos me apenan como el dia mismo en que presencié tan horrible tragedia, y me traen á la memoria nombres de amigos cariñosos cuyos corazones desgarró para siempre la implacable fatalidad con sus terribles desgracias, y cuyos huesos descansan hoy en sepulturas que regarán miéntras yo viva, mis lágrimas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.





